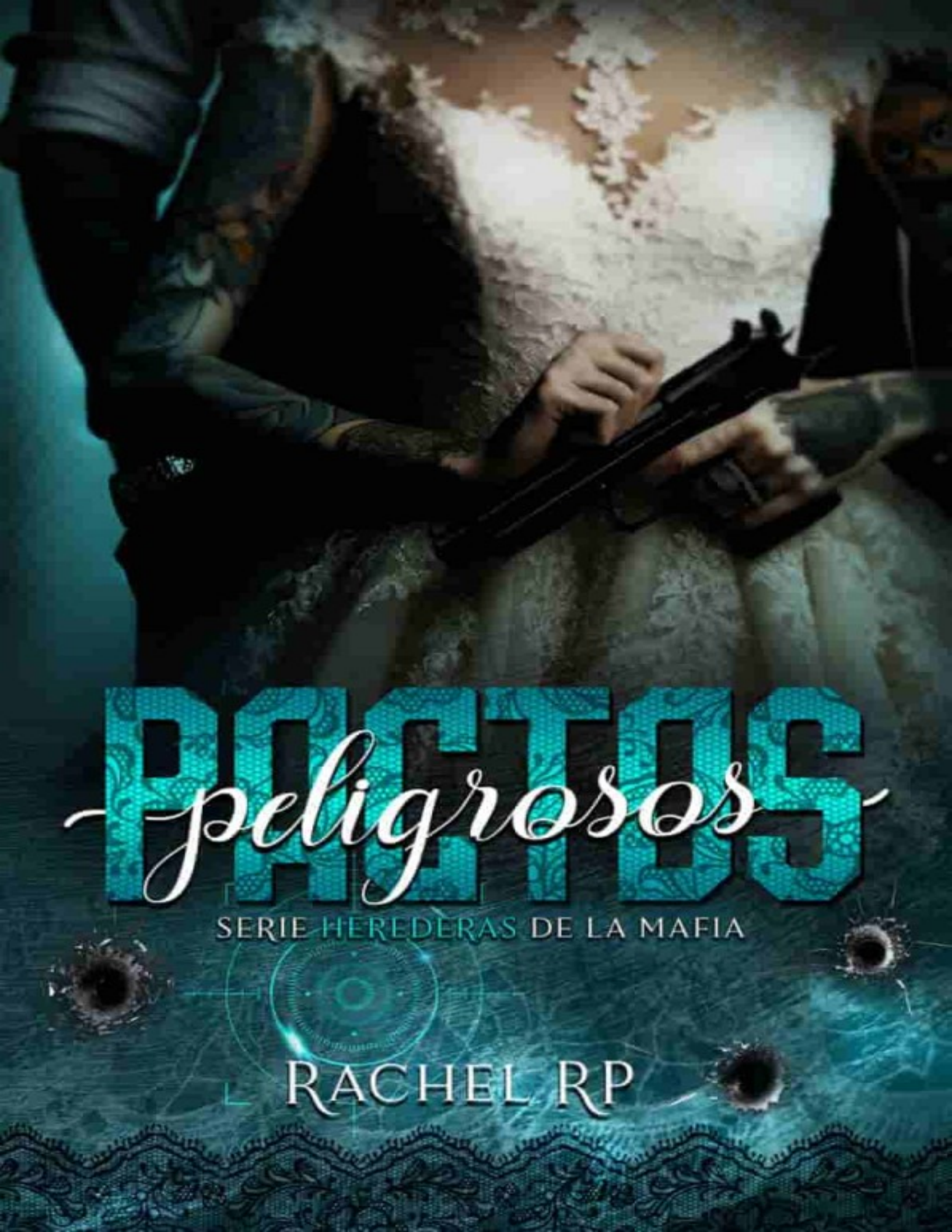

PACTOS
peligrosos
SERIE HEREDERAS DE LA MAFIA
RACHEL RP

Título: Pactos Peligrosos
©Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita del autor, la reproducción parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público. La infracción de los derechos mencionados puede ser constituida de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del código penal).
©RachelRP

Primera edición: 2025
Diseño de cubierta: Luce G. Monzant
Maquetación: RachelRP
Corrección: Nia Rincón

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.
Puedes encontrarme en WWW.RACHELRP.ES

Para todas a las que nos gustaría poder releer esos libros que nos cambiaron la vida de nuevo, por primera vez.


PACTOS
peligrosos

Capítulo 1

Máire

Me despierto de nuevo empapada en sudor. La pesadilla que me persigue desde hace más de un año no me deja descansar, al menos mamá tenía razón y volver a Irlanda fue la mejor decisión; ahora apenas la tengo una vez al mes.

Tras levantarme comienzo a prepararme para ir a trabajar mientras repaso el mal sueño de nuevo. Lo hago porque tengo la esperanza de que algo de lo que pasa me ayude a recordar y me devuelva la memoria.

Saco el uniforme y me lo pongo como si fuera un robot. Hasta que no me tomo el primer café voy en modo automático.

Antes de entrar en la cocina paso por el cuarto de mamá. Está dormida. Ayer fue un mal día. El médico nos ha dicho que no le queda mucho. Puto cáncer.

Le beso la frente y sonrío. No me parezco en nada a ella. Mientras que mamá es una irlandesa de manual, piel clara y pelo naranja, yo debo haber salido a mis abuelos paternos, tengo el pelo negro y la piel de un tono aceitunado que me hace resaltar bastante por aquí. En cualquier caso, no creo que lo llegue a saber, mi madre no quiere hablar de mi padre ni de nadie de su lado de la familia, dice que le arruinaron la vida y que me apartó de ellos cuando casi me matan. Tampoco es que lo haya necesitado jamás, así que por mí puede pudrirse donde quiera que esté.

Me preparo un café solo sin azúcar y me lo bebo de un trago. Me gusta la intensidad del sabor, después de eso me preparo otro con leche para acompañar las tostadas que cada mañana me como.

Una vez que me siento, me detengo a pensar en mi pesadilla. Siempre es igual. Voy en un coche, hay una mujer a mi lado a la que oigo hablar, pero nunca le veo la cara, tampoco entiendo sus palabras. Luego veo que un vagabundo con un lanzamisiles nos dispara, salto del coche y ruedo hasta golpearme contra una boca de incendios. Después se oyen gritos, gente desesperada, abro los ojos

y veo a una mujer quitándome mis anillos y pulseras, luego mi madre me ayuda a levantarme. Me duele la cabeza, tengo una herida. Quiero volver a por mis cosas, la mujer sigue robando a otras personas del suelo; entonces hay una segunda explosión justo al lado de donde estaba la ladrona y mi mundo se vuelve negro.

Mi madre me ha dicho que eso nunca ocurrió, que tuve un accidente de coche con un novio que por lo visto me maltrataba y ella me convenció para llevarme de vuelta a casa, a Dublín. Yo estaba viviendo en las afueras de Londres con este hombre cuando sucedió todo; por lo que deduje, hicimos un viaje a Italia y allí pasó todo. Gracias a que mi madre era mi contacto de emergencia es que se enteró. De eso hace más de un año y todavía no logro recordar nada antes de despertarme en aquel hospital.

Ella dice que todo ocurre por algo, y en esta ocasión voy a darle la razón. Llevábamos años sin hablarnos apenas, pero el destino quiso que regresara con ella cuando mi vida estaba yéndose a pique y la suya se estaba acabando. De no ser por ese accidente, no habría vuelto a casa para pasar con ella sus últimos meses de vida.

—¿Ya te vas? —me pregunta Nuala, que entra a la cocina buscando el café que ha debido de oler.

Comparte la casa con nosotras, de lo contrario, no la podríamos pagar, y de paso se encarga de mamá mientras yo trabajo para traer comida para todas.

—Sí, hoy tenemos un cliente importante y la jefa me ha pedido que vaya yo.

—¿Está cerca?

—En Killiney Hill.

Su respuesta es un silbido. Ambas sabemos la clase de personas que viven allí: asquerosamente ricas.

—¿Te queda cerca de la parada?

—Sí, la línea 7B me deja a una calle de donde tengo que ir.

Escucho un pequeño ruido de la habitación de mi madre y Nuala se acerca para comprobar que todo está bien. Es una bendición tenerla. Es amiga de mi madre desde niñas y la ayuda a contarme, cuando saca las fotos, todo lo que yo no puedo recordar.

—¿Todo bien? —pregunto, y ella asiente, aunque en sus ojos veo que no es verdad.

Respiro hondo y, como cada siempre, empiezo el día antes de que el sol lo haga. Para cuando llego a la parada, el autobús se aproxima y corro para no perderlo. Tengo unos veinte minutos hasta que me toque bajar y decido ponerme un audiolibro que me tiene muy enganchada.

Cuando llego a la dirección y me identifico con los guardias de seguridad, me dan paso y camino hasta la entrada. Me quedo maravillada ante la mansión que veo. No es por el lujo, estoy acostumbrada a limpiar casas cuyos retretes valen más que mi vida, sin embargo, esta es espectacular porque está totalmente cubierta de hiedra, es precioso el verde de las hojas que cubre la fachada.

—Señorita Doyle, supongo —escucho a una mujer en la puerta principal.

—Máiréad, por favor, aunque todos me llaman Máire.

—Señorita Doyle, no tenemos todo el día, el señor estará aquí al final de la tarde y hay mucho que hacer.

Genial, me ha tocado la simpática.

La sigo dentro y me fascina la decoración. Es una casa victoriana, pero tiene combinados muebles minimalistas y modernos sin dejar que la esencia de la historia se desvanezca por ello.

Me indica dónde está todo para comenzar a limpiar y no pierdo el tiempo. La mansión es grande, tiene unas seis habitaciones, tres baños y dos aseos. Sin contar con la biblioteca, la sala de estar y un salón comedor. Al menos la cocina no es demasiado grande. Lo que más me hipnotiza es la terraza acristalada desde la que se puede ver la bahía de Dublín. Tiene que ser maravilloso leer aquí, tapada con una buena manta mientras la lluvia cae a raudales.

Despejo mi cabeza porque no es momento de fantasear. Por lo visto, de pequeña lo hacía mucho, eso me ha dicho mi madre. Me pasaba horas diciendo que era Grace O´Malley, la reina pirata de Irlanda.

Entro en una de las habitaciones y veo que hay juguetes y todo es como muy rosa. Antes del accidente yo tenía el pelo del color de estas cortinas. Cuando la herida en mi cabeza se terminó de cerrar,

llevaba unas raíces negras de tres dedos y decidí comprar un tinte barato para volver a mi color natural.

Sonrío cuando veo las muñecas dormidas en unas cunitas de juguete, están arropadas a la perfección y se nota que se han tratado con mucho amor.

Limpio el resto de la casa y solo paro a descansar para comer, cuando «la simpática» me avisa de que tengo un plato de comida en la cocina. Al menos me ahorro hoy eso.

Para cuando termino la parte de dentro de la casa ya está oscureciendo. Miro mi móvil y compruebo que no tengo mensajes de Nuala, el último es de hace tres horas y me dice que mamá se ha tomado la medicación y parece estar mejor.

Salgo en busca del ama de llaves para decirle que ya he acabado y que mañana regresaré para hacer el invernadero y el jardín. Es lo que acordó el dueño de la casa con mi jefa. Por lo altas que están esas hierbas, mañana sé que me va a esperar un día duro de trabajo.

—Hola —escucho tras de mí, y si no llego a taparme la boca el grito que doy se hubiera escuchado en Greystones.

Me giro y veo una niña de unos seis años que me mira con una enorme sonrisa antes de salir corriendo hacia el invernadero.

La sigo por instinto, aunque no puedo evitar pensar que podría ser un espíritu y que me lleva a un lugar apartado para devorar mi alma.

Mierda, tengo de dejar de leer tanta novela de fantasía.

—No puedes estar ahí —le digo una vez que la encuentro subida a un banco junto a unas flores que no reconozco.

—Sí puedo, las planté yo, ¿quieres olerlas? —me pregunta, y asiento.

Supongo que será la hija del jardinero, aunque viste demasiado bien para eso.

Me acerco y huelo. No puedo evitar sonreír. Me encanta el olor a flores frescas y la vida que traen con ellas.

—Creo que podemos meternos en problemas si nos pillan aquí —le digo, tratando de cogerla de la mano para salir de ahí.

Voy a buscar al ama de llaves para avisarle de que me voy y de paso entregarle a esta niña. Los dueños no deben tardar en llegar y

sé que no les gustará que una niña merodee sola por mucho que en esta casa haya una.

—Conor sabe que estoy aquí, siempre me deja venir a ver cómo están mis flores —me asegura como si supiera quién demonios es ese tal Conor.

—Pues la señora Aoife no tengo tan claro que se emocionara por encontrarnos aquí —le rebato, y agarro a la niña de la mano, tirando de ella para que me siga.

—Es un poco gruñona, es el ama de llaves de este sitio desde hace millones de años —me asegura—, pero me deja ir donde quiero.

Escucho la puerta del invernadero abrirse y al girarme un enorme hombre me mira con cara de pocos amigos. Sus ojos van de mi cara a mis manos y un segundo después lo veo que saca un arma y me apunta.

Mi respuesta es poner a la pequeña tras de mí y él gruñe.

—Dame a la niña —me ordena.

He oído de secuestros en zonas ricas, pero nunca he estado cuando se ha producido uno. Solo sé que aprovechan las mudanzas para colarse entre el personal y luego piden un rescate, si es que es la intención; a veces, las personas solo desaparecen.

—No te la vas a llevar —le suelto como si pudiera hacer algo contra él.

En este momento veo que hace un movimiento, como en las pelis, y carga el arma que me está apuntando.

—Supongo entonces que quieres morir joven —sisea, y veo que su dedo comienza a moverse en el gatillo.

Hoy pensaba que me quedaba poco tiempo para estar con mi madre, lo que no sabía es que me quedaba poco tiempo en general.

Puta mala suerte.


PACTOS
peligrosos

Capítulo 2

Cathal

Mantengo mi arma apuntando directamente a la cabeza de la chica que tengo frente a mí. Estoy a un segundo de dispararle, lo hubiera hecho ya si sus ojos color caramelo no me hubiesen distraído.

—¡Papá! No asustes a mi amiga —se queja mi pequeña.

—¿Papá?

—¿Amiga?

Contestamos ambos a la vez, y veo como mi hija se suelta de la mujer, se coloca delante de ella y me mira con los brazos cruzados y el ceño fruncido.

—Así nunca voy a tener amigas —se queja en un tono que parece que me está echando la bronca.

—Entiende que si veo que alguien trata de hacerte daño voy a protegerte —intento explicarle.

—No soy yo la del arma —interviene la muchacha.

Guardo mi pistola en la funda que llevo siempre atada al pecho y decido que es demasiado pequeña como para suponer un peligro.

—Me llamo Ailis —se presenta mi hija—, y él es mi papá, se llama Cathal.

—Encantada —contesta la joven, agachándose para estar a la altura de Ailis—, me llamo Máiréad, pero todos me llaman Máire.

La sonrisa que le da a mi hija es sincera, al menos hasta que alza la vista y sus ojos se cruzan con los míos.

—¿No estás encantada de conocerme? —pregunto, sabiendo que es probable que haya atado cabos y sepa quién soy. La tendré con las bragas en los tobillos antes de la cena, y eso es como en veinte minutos.

—No mucho —suelta, y vuelve a prestarle atención a Ailis.

Frunzo el ceño y la observo, puede que esté tratando de llegar a mí a través de la niña. Aunque no hace ningún movimiento claramente ensayado para llamar mi atención, ni siquiera parece que

le importe que yo exista y esté aquí parado, ¿es posible que no sepa quién soy?

—¿Has venido para cuidarme? —pregunta mi hija, y la chica niega con la cabeza.

—Soy limpiadora, he dejado la casa en orden para que los dueños de este lugar estén a gusto.

—Entonces, ¿ya no te veo más? —insiste Ailis, y me parece curioso que lo haga, no es una niña que coja apego tan rápido.

—Mañana volveré para encargarme del jardín y del invernadero.

—¿Te puedo ayudar? —pregunta entusiasmada mi hija, y Máire me mira, haciendo que por un momento disfrute de ser solo yo, Cathal, y no el jefe de la mafia irlandesa.

—Voy a estar trabajando y no tengo claro que a los dueños les guste la idea.

—Yo me encargo de ellos —intervengo como si no fuera yo mismo de quien habla—. No les importará que te tomes algún día más si es necesario.

Frunce el ceño extrañada.

—¿Estás seguro de poder hacer esa afirmación?

—Totalmente.

—Muy bien, por mi parte no hay problema. Así que mañana —le dice a Ailis, volviéndose a agachar frente a ella— serás mi ayudante. Cena bien y descansa porque va a ser un día duro.

—No le temo al trabajo —suelta mi pequeña, haciéndome sentir orgulloso.

—Esa es la actitud correcta en la vida —le asegura Máire mientras le da con el dedo en su naricita, haciéndola reír.

Escuchamos a Aoife llamarnos para cenar y decido que de momento no quiero que esta mujer sepa quién soy. Si está mintiendo, mañana lo sabré y no le van a gustar las consecuencias.

—Creo que os tenéis que marchar ya, antes de que «la simpática» os arrastre de las orejas —se burla Máire—. Mañana estaré aquí a la salida del sol, pero no hace falta que madrugues tanto.

Abraza a mi hija y veo que esta tiene una sonrisa radiante en su cara.

Abro la puerta y espero para hablar a que la niña salga del invernadero mientras nosotros hacemos lo mismo.

—Gracias por dejarla estar contigo mañana, se aburre cuando no tiene escuela.

—Parece una niña maravillosa, a pesar de tener a un padre un poco idiota.

Alzo las cejas y sonrío, nadie se atreve a llamarme idiota, y menos a la cara. Es definitivo: no tiene idea de quién soy.

—Por tu acento y tu aspecto diría que no eres de aquí —le digo, tratando de averiguar más de ella mientras caminamos por el jardín.

Ailis se ha metido ya en la casa y mis hombres merodean observando, pero sin acercarse.

—Supongo que el haber vivido varios años en Londres ha cambiado algo mi pronunciación, pero soy de Dublín, a pesar de que en el físico no lo parezco según tú. Tendré que ir a la biblioteca a averiguar cómo son las buenas chicas irlandesas.

Sonrío y niego con la cabeza.

—Tu acento no me suena a inglés y, si quieres saber un secreto —contesto bajando la voz, haciendo que ella se acerque sutilmente—, no hay chicas buenas e irlandesas.

Me mira y rueda los ojos. Suelto una carcajada y ella me saca el dedo del medio. Mis hombres nos miran como si estuvieran viendo un *leprechaun* y yo niego con la cabeza para que no se acerquen.

—Me voy, que no llego a coger el autobús y paso de caminar hasta casa —se despide, y aprieta el paso hacia la salida sin aguardar mi respuesta.

Como si no le importara.

Esperaría que con esas palabras pretendiera que la acompañara, o le pusiera un coche o al menos le pagara un taxi, pero nada. Le importa una mierda quién soy y lo que puedo hacer por ella.

Interesante.

—Jefe, ¿todo bien? —pregunta Conor acercándose, y asiento.

—Envíame el informe de la chica que se acaba de ir y da aviso de que no quiero que nadie revele quién soy cuando vuelva mañana.

Conor alza una ceja y sonrío.

—Quiero comprobar algo —le explico a mi amigo, y él no hace más preguntas.

Nos dirigimos al comedor para cenar. Lo hago con todos mis hombres, al menos con los que no están de guardia vigilando la propiedad.

Tengo varios motivos para ello. Primero es por respecto, en la mafia irlandesa somos una familia y como tal nos juntamos; y segundo por mi hija, quiero que la vean crecer y sientan que deben protegerla con su vida y no solo porque yo se lo ordene.

Aoife nos sirve un maravilloso asado, aunque no lo ha preparado ella por falta de tiempo. Cuando venimos a esta casa, un *catering* se encarga de tener todo listo y ella solo se ocupa de servirlo.

—Keyran y Keanan se reunirán con nosotros en Galway —me confirma Conor mientras Ailis prueba el asado.

—Papá —me llama, y le presto toda la atención, como siempre—, ¿de mayor seré la jefa de nuestro clan?

—¿Te gustaría serlo?

—Podría ser divertido, siempre y cuando pueda seguir practicando *ballet*.

Lo dice con la inocencia propia de su edad y todos en la mesa sonreímos. Es una princesa de la mafia, pero no dudo de que en el futuro será una gran jefa.

—Conor, mañana voy a trabajar, ¿sabes? —prosigue mientras los siete hombres a la mesa comen prestándole atención.

—¿Y eso? ¿Necesitas dinero? —contesta mi amigo, siguiéndole el juego.

—No, de eso se encarga papá, es que he hecho una amiga y quiero pasar tiempo con ella.

—A propósito de eso —intervengo—, ¿por qué dices que es tu amiga si no sabías ni su nombre antes?

—¿No te has dado cuenta? ¡Somos iguales!

La emoción de sus palabras hace que comprenda lo que ocurre. Máire tiene el pelo negro como ella y la piel es de un tono similar. Ailis siempre se ha sentido diferente por ello. Yo tengo la piel clara y el pelo del tono más irlandés que pueda tener, sin embargo, ella salió a su madre, que era inglesa con ascendencia italiana.

—Bueno, pero tómatelo con calma, ella solo estará aquí mañana para limpiar, a lo sumo uno o dos días más, luego es probable que no la volvamos a ver jamás.

Mis palabras son duras, lo sé, pero no quiero que se cree falsas expectativas con una desconocida, y menos sin haber leído todavía el informe que tenemos de ella gracias a Aoife.

El resto de la velada es una tertulia sobre lo que podemos hacer mientras estamos en Dublín. Ailis tiene unos días antes de volver a la escuela y quiere que vayamos al zoo.

Cuando la dejo en su cama le doy un beso, se ha dormido en cuestión de segundos. Salgo despacio y me voy a mi habitación, justo a su lado.

Me meto bajo las sábanas y pienso en la suerte que he tenido de que ella sea mi hija. Con la madre la cagué, pero yo no elegí cómo sería ella en su maternidad, eso es solo responsabilidad de Bridget.

Me despierto poco después del amanecer y me visto con unos pantalones vaqueros y una camiseta de manga larga con cuello alto. Me coloco las pistoleras sobre mi pecho y bajo a por un café. No veo a Aoife, aunque la escucho en la sala encendiendo la chimenea.

Me acerco a la terraza acristalada para ver la bahía de Dublín y me sorprendo cuando no es eso lo que tengo ante mí.

Ailis se ha levantado ya, ni siquiera la he escuchado, y está ayudando a Máire a arrancar hierbas malas del jardín. No sé de qué hablan, desde aquí no se oye, lo que sí que veo es que de pronto Máire se pone seria, se quita los guantes y los tira a un lado, luego Ailis suelta un grito y me tenso, pero no es de miedo, se está riendo. Comienzan a correr ambas por el jardín como si estuvieran solas en el mundo y yo me quedo mirándolas, con el café en mi mano, deseando que todas mis mañanas fueran exactamente igual a esta.


PACTOS
peligrosos

Capítulo 3

Máire

Ailis es la definición de energía en estado puro. No esperaba encontrarla cuando he llegado, apenas el sol estaba saliendo y ella parecía llevar un rato despierta. Me ha ayudado sin protestar a arrancar las malas hierbas y me ha contado que no está muy contenta en su colegio. Por lo visto, las niñas de seis años ya pueden ser muy crueles.

—¿Quieres parar a almorzar? —le pregunto cuando terminamos de recoger las bolsas del jardín, antes de ponerme con el invernadero.

—¡Sí! —grita con entusiasmo, y le sonrío.

Entramos a la casa y Aoife nos sirve un plato con quesos, embutidos y pan. Vaya, debe querer a la pequeña porque todo esto parece bueno. Espero que no se meta en problemas por darnos comida de esta calidad.

Mi móvil suena y veo que es una videollamada de mi madre. Descuelgo sin pensármelo y respiro hondo cuando veo que está perfectamente, con Nuala a su lado sosteniendo el teléfono.

—Hola —saludo mientras me como un queso que debe ser pecado que esté tan bueno.

—Vaya, que aproveche. —Se ríen ambas.

—Hola —saluda Ailis a mi lado, y muevo la pantalla para que se nos vea a ambas.

—Mira qué niña tan preciosa, soy la mamá de Máire, ¿y tú?

—Ailis, la ayudante de su hija.

Mi madre y Nuala se ríen ante el desparpajo de la pequeña.

—¿Todo bien? —pregunto para quedarme tranquila.

—Sí, es solo que como ayer no te vi y hoy tampoco creo que esté despierta cuando llegues…

—Ya sabes que me encanta que me llames.

—¿Por qué tiene un pañuelo en la cabeza tu mamá? —pregunta la niña desde la inocencia.

—Porque está enferma y su pelo no ha aguantado demasiado bien —contesto con total sinceridad.

Mi madre se quita el pañuelo y trato de mantener mi sonrisa cuando ella misma hace una broma sobre que debería ir a la peluquería. Luego se coloca la tela de nuevo y seguimos como si el cáncer no estuviera a punto de dejarme huérfana.

—¿Crees que acabarás hoy en esa casa? —inquiere Nuala, y asiento.

—Sí, me quedaré hasta terminar.

Pensaba que me iba a costar más, pero lo de fuera no es tanto como parecía al principio.

—Pero yo no quiero que te vayas —hace un puchero Ailis.

Beso la cabeza de la niña y sonrío. La verdad es que me va a dar pena dejarla, después de toda la mañana juntas podría decir que es una niña maravillosa y que te carga las pilas.

—Hola, papá, mira, ven, es la mamá de Máire —dice la pequeña, y cuando alzo la vista veo a Cathal llenando la puerta de la cocina.

Ayer no me detuve demasiado a observarlo, en parte porque me apuntaba con un arma, pero ahora no puedo dejar de ver lo grande que es, y no solo alto, es como un jodido armario.

—¿Puedo? —me pregunta señalando, y asiento.

Se asoma y saluda, aunque creo que lo ha hecho para cerciorarse de quién estaba al otro lado más que por amabilidad.

—Su mamá está enferma, por eso lleva ese pañuelo, su pelo está horrible —le suelta, y me río.

—Ailis, no se dicen esas cosas —la reprende, y yo la defiendo.

—Tiene razón, ¿verdad, mamá?

Miro la pantalla y veo a Nuala y a mi madre asentir bastante serias. Frunzo el ceño porque creo que me he perdido algo. Él las mira y respira hondo, como si supiera algo que yo no.

—Cuando termines necesito que me busques, estaré en la biblioteca —dice Cathal antes de despedirse de todas y salir de la cocina.

El ambiente se queda raro y no dudo en preguntar.

—¿Me he perdido algo?

—No nos habías dicho que trabajabas para él —dice Nuala.

—¿Cathal? —Ambas asienten—. Sí, bueno, no es el jefe, es el de seguridad o algo así, creo, no lo tengo claro.

—No —interviene Ailis, mordiendo un trozo de chorizo—, mi papá sí es el jefe de todo esto.

—No me jodas —murmuro.

Le he llamado idiota a mi jefe y me ha pillado comiéndome su comida, que me han servido, pero al fin y al cabo es su comida, mientras estaba hablando con mi madre en vez de trabajar. Mierda, seguro que lo reporta a la empresa de limpieza.

—¿Sabes quién es? —pregunta mi madre, y miro en la dirección en la que el hombre ha desaparecido.

—No, ¿es alguien famoso?

Soy de las personas que no ven la telebasura. No tengo idea de los chismes de revistas ni de quién se está follando a quién. Así que, a menos que sea un actor que me guste o salga en la adaptación de algún libro, no suelo reconocer a nadie.

—En cierto modo, cuando vengas a casa lo hablamos —dice Nuela mirando a la niña, como si no quisiera hablar delante de ella.

—Mi papá es famoso porque es el jefe de todos —suelta la pequeña, dejando claro que está al tanto de lo que hablamos.

—¿Tiene alguna empresa?

—Tiene muchas —contesta, supongo que por eso tiene tanta seguridad en la casa y el jardín, debe ser un millonario—, pero la más importante es el *sicadato*, no, espera, así no es la palabra —duda un momento—. Sindicato, sí, esa es la palabra que usan.

Sigo sin entender muy bien de qué habla.

—La mafia irlandesa —aclara mi madre al ver mi cara—, el hombre que ha estado a tu lado hace un momento es el jefe de la mafia irlandesa.

—Ah —es lo único que logro decir.

—No lo hagas esperar —me sugiere Nuala, y asiento.

Me despido de ellas y les aseguro que todo está bien a pesar de que me encuentro en la casa de alguien peligroso.

Ahora entiendo por qué en todo momento había un tipo que nos vigilaba a Ailis y a mí. Pensaba que era para que trabajara y no liara

ninguna la niña, pero no, el motivo es que si me hubiera pasado de la raya con la pequeña tendría una bala en mi cerebro ahora mismo.

Convenzo a Ailis de que me espere en el invernadero mientras voy a hablar con su padre. Me dirijo hacia la biblioteca y lo encuentro revisando algunas estanterías. Llamo a la puerta a pesar de estar abierta.

—Acércate —me pide, y lo hago. Ahora soy muy consciente de las armas que lleva.

No es que no lo fuera antes, pero estoy acostumbrada a que los clientes de la empresa de limpieza sean gente rica con guardaespaldas o seguridad privada, así que un arma no es algo que me asuste.

Me sitúo a su lado y le doy un vistazo a los libros que hay ahí. Sí, soy una loca amante de la lectura y, cuando ayer limpié este sitio, me enamoré de los cuentos que tienen de los hermanos Grimm y también de la edición especial de *Alicia en el País de las Maravillas*.

—¿Te gustan? —pregunta, y asiento.

—Más que la mayoría de las personas —admito.

—Te entiendo.

Se aleja hasta sentarse en un butacón y se cruza de piernas. Incluso sentado es imponente.

—¿He hecho algo mal? —pregunto para saber si tengo que rezar.

—Imagino que ya sabes quién soy.

—Sí.

—Siento haber ocultado la verdad, es solo que me es difícil encontrar personas que no sepan quién soy más allá de…

—Lo entiendo, y espero que me disculpes por no haberte reconocido —le digo, sabiendo el ego tan frágil que suelen tener los hombres que ostentan este tipo de poder.

—¿No sientes haberme llamado idiota? —pregunta divertido.

—No, solo que seas un idiota con pistola —le suelto sin pensar, y me tapo la boca al darme cuenta de lo que le acabo de decir y a quién se lo acabo de decir.

Una carcajada llena la biblioteca y no tengo muy claro qué debo hacer en estos momentos.

—Solo te he llamado para que puedas entender que el hecho de que sepas que soy yo quien vive aquí es algo que no debes divulgar.

—No soy una cotilla —le corto ofendida.

—Me alegra saberlo.

Le doy una mala mirada y él parece estar muy divertido en su trono, disfrutando de mi incomodidad.

Se oyen unos tacones repicar en el suelo, por el sonido se dirigen hacia donde estamos. Unos segundos después una preciosa mujer de cabello castaño oscuro y ojos verdes aparece en la puerta y nos mira a ambos.

—¿Y esta quién es? —le pregunta a Cathal, ignorando totalmente el hecho de que estoy ahí mismo y que podría preguntarme a mí.

Cathal se levanta despacio, llega hasta donde estoy y se coloca tras de mí, pasa su brazo por mi cintura y me atrae hasta su pecho, luego baja su cara, rozándola con mi pelo, y le contesta.

—Ella es mi mujer.


PACTOS
peligrosos

Capítulo 4

Máire

La mujer se queda tan petrificada como yo, al menos unos segundos antes de que me libere de Cathal, lo empuje y salga de allí queriendo arrancarle los ojos con mis propias manos.

Escucho gritos de la mujer y al llegar al porche acristalado una mano agarra la mía y me detiene, al girarme y ver que es Cathal, doy un tirón y me suelto.

—Lo siento, no quería hacerte enfadar.

—No me gustan este tipo de bromas, no soy la mujer de nadie ni tengo intención de ser la tuya. Y si no fuera porque eres —y bajo la voz antes de decir lo siguiente— el jefe de la mafia, ya te habría dado un buen guantazo.

Cathal sonríe y yo gruño frustrada. Joder, quiero asesinarlo en este momento, pero no puedo, cosa que él sí, y también hacer desaparecer mi cadáver sin tener que mancharse las manos.

—Está bien, nada de bromas sexuales contigo, apuntado para la próxima vez.

—No habrá próxima vez, hoy termino aquí mi trabajo y me largo.

Sé que mi reacción puede ser exagerada, pero no es la primera vez que un tipo de su clase trata de toquetearme solo porque trabajo para él. No lo he permitido nunca, pero a veces eso no les importa, y hubo una ocasión en que si no llega a entrar una compañera mía…

—Te has quedado seria.

—Recuerdos que no me gusta tener.

Frunce el ceño porque no tiene idea de lo que le hablo, pero tampoco se lo voy a explicar.

La mujer aparece, y si las miradas matasen yo estaría ya con tres agujeros en la cabeza.

—Orlaith, ahora no, era una broma, es solo la chica de la limpieza —le explica cuando parece que va a arremeter contra mí.

La tal Orlaith respira aliviada y me vuelve a mirar.

—Bueno, la verdad es que no sé cómo he caído en tu broma, solo hay que verla para saber que no es tu tipo.

Perra.

—Si le gustan los caracoles como tú yo también podría ser su tipo, mirándote sé que tengo lo único que él parece necesitar de una mujer: una vagina.

Cathal se ríe y la mujer me mira indignada. No me quedo a escuchar el resto de la conversación porque sencillamente me da igual.

Voy al invernadero y veo a Ailis hablando con un hombre de unos treinta que la mira con adoración.

—Hola —saludo, y la niña sonríe cuando me ve.

—Este es Conor, es uno de los mejores amigos de papá. También es su primo, ¿verdad?

Conor asiente.

—Encantada.

—Lo mismo, veo que tienes a mi sobrina muy entretenida.

—Es una niña maravillosa.

—Lo es, la mayor parte del tiempo al menos —se burla mientras le revuelve el pelo con la mano—. Si necesitáis algo estaré por allí afuera.

Pasamos el resto de la tarde en el invernadero, incluso Conor nos trae allí la comida. No vuelvo a ver a Cathal, lo cual me alegra, supongo que se está follando al caracol.

Me sorprende cómo Ailis es capaz de decirme el nombre de todas las flores y plantas que hay aquí. No sé si se llaman así, no reconozco todas, pero por la seguridad con que las nombra dudo que se equivoque. Por lo visto, su abuelo paterno era aficionado a la jardinería y pasaba horas con él. Falleció el verano pasado y para ella este sitio es un lugar especial por eso.

Bueno, este y los que tiene en cualquiera de las casas que por lo visto posee su padre. Me ha hablado de al menos tres diferentes, aunque su favorita es la de Galway. Está en medio de la nada y pasa allí la mayor parte del tiempo cuando no tiene escuela.

Estamos arreglando el último parterre cuando me hace una pregunta que no sé de dónde viene, pero a la que parece haber

estado dando vueltas hace rato.

—¿Tienes hijos?

—No, creo que soy demasiado joven para ello. Apenas tengo veinticuatro años. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque si tuviera una mamá me gustaría que fuera como tú.

Se me encoge el corazón con esas palabras.

—Siento que tu mamá muriera.

—Oh, no, no está muerta, es solo que no era demasiado buena conmigo y yo ya no quiero verla.

Joder, ¿qué hizo esa mujer para que una niña tan adorable no la quiera cerca?

—Entonces es mejor que no esté en tu vida, las personas que tratan mal a los niños o los ancianos no son buenas.

—Estoy contigo —escucho la voz de Cathal tras nosotras y miro por encima de mi hombro.

No le he escuchado llegar, ¿desde cuándo lleva ahí plantado?

Ailis sonríe al verlo y corre hacia él con la ropa, la cara y las manos sucias, pero parece que a Cathal no le importa porque la recibe con los brazos abiertos y la aúpa con cariño.

Ahora soy yo la que sonríe.

—Papá, si te buscas una novia que sea tan bonita y divertida como Máire —le suelta sin ningún tipo de vergüenza.

—Trato hecho —contesta él divertido al ver mis mejillas ponerse rojas.

—Bueno, voy a recoger lo último que queda y por mi parte ya he terminado el trabajo —aviso—. Espero que todo esté a tu gusto y que si hay algo que quieras que repase me avises a través de la empresa, pero si mi trabajo te ha gustado, te agradecería que lo comunicaras cuando mi jefa te llame para preguntar.

—¿Y ya no te veo más? —pregunta Ailis, y la miro con ternura.

—Nunca se sabe, quizás el destino haga que nos crucemos de nuevo.

Escuchamos la voz de una mujer, y si no me equivoco es el caracol. Está llamando a Cathal y este pone cara aburrida.

—¿Ha venido Orlaith? —pregunta la niña, y su padre asiente—. Yo me encargo.

Se baja de los brazos de Cathal y la veo ir hasta la entrada. Su padre sonríe y yo miro expectante porque no tengo idea de lo que va a hacer a continuación.

—Hola, mi papá me ha dicho que se iba al centro de Dublín a una cita con una mujer, pensaba que eras tú —le suelta desde la puerta, y yo abro los ojos alucinada.

—¿Sabes dónde iba exactamente? Es que quiero darle una sorpresa —pregunta con una falsa alegría el caracol.

—Creo que al restaurante ese en el que celebró su cumpleaños el año pasado.

—Muchas gracias, te compraré algún bolso de marca como agradecimiento.

La niña cierra y vuelve con nosotros. Yo no tengo muy claro lo que acaba de pasar y me quedo callada con cara de circunstancias.

—Soy la guardaespaldas del amor de papá, ¿sabes? Es un puesto muy difícil porque hay muchas mujeres que quieren cazarlo.

—¿Cuántos años tienes? —pregunto porque sus palabras parecen de una vieja, no de una niña.

Ambos se ríen.

—Tengo seis —contesta, poniendo los dedos de sus manos delante de mí.

—¿Te puedo hacer una pregunta? —inquiero curiosa.

—Claro.

—¿Cómo sabes que ella no es la adecuada?

—Porque me regala bolsos de diseñador. Solo tengo seis años, ¿qué quiere que haga con eso?

Sus palabras acompañadas de un gesto y un tono serio hacen que rompa a reír y su padre conmigo.

—No hay nada que añadir a eso. Bueno, será mejor que me ponga manos a la obra, mi madre me espera en casa.

—Despídete de ella y dejemos que acabe —dice Cathal—. Y ten por seguro que la valoración de tu trabajo será positiva.

—Gracias.

—Dejaré una propina extra por lo bien que te has portado con Ailis.

—No es necesario, lo he hecho porque es una niña maravillosa.

Me observa un segundo antes de asentir. Me despido de Ailis y sigo recogiendo todo. Para cuando termino y llego a la parada del autobús ya es de noche. Sé que no voy a encontrar a mi madre despierta, así que decido parar antes y llegar hasta la librería, hoy salía un libro de Neva Altaj que quiero leer. Este es el único capricho que me doy, y no puedo evitar reírme al darme cuenta de que he conocido a un mafioso como los de los libros de esta autora. Voy a admitir que son como dice: guapo, misterioso y con un aire de peligro que atrae, sin embargo, dudo mucho que Cathal fuera tan romántico como cualquiera de los protas de estas novelas.

Cuando llego a casa, mi madre sí que está despierta, y eso me sorprende.

—No ha querido tomarse la medicación hasta verte sana y salva —explica Nuala cuando frunzo el ceño.

—Mamá —la reprendo.

—Hija, no sabes de lo que son capaces ese tipo de hombres.

Voy a concederle que tiene razón, aunque en ningún momento me he sentido como si estuviera en peligro, es más, ese ambiente me resultaba incluso familiar, lo cual es una locura. Creo que me meto demasiado en mis libros.

—¿Ya has terminado allí? —insiste, y asiento—. Mejor.

—Vamos —la insto a levantarse y la ayudo a llegar a la cama.

Se toma su medicación y no tarda en quedarse dormida. Ceno con Nuala, que quiere saber todo acerca de Cathal, pero lo que le dije a él no es mentira, no soy una cotilla. Así que no le digo más de lo que todo el mundo sabe.

Después de recoger, me meto en la cama para empezar el libro. Estaba esperándolo con muchas ganas, no sé la de veces que he releído los anteriores.

En algún momento me quedo dormida y sueño con italianos muy guapos que disparan armas con elegancia, que yo soy parte de su familia y que incluso tengo tres hermanas mayores.

Cuando me despierto, me doy cuenta de que son las diez. Necesitaba dormir, y hoy sábado no trabajo, así que remoloneo un poco en la cama hasta que escucho mi teléfono en la mesita. Miro y es el número de mi jefa.

—¿Tienes algo que hacer mañana? —pregunta al descolgar.

Es muy típico en ella no saludar cuando está tratando de salvar una crisis.

—Iba a limpiar el hotel del centro, es día de cambio de huéspedes y me asignaste esas horas extra.

—Mierda, no me acordaba —murmura—. Cambio de planes, tienes que acompañar al dueño de la empresa a un lugar.

—¿Qué dueño? ¿Qué dices?

—El jefe ha llamado y ha solicitado que tú lo acompañes al zoo con su hija. No sabía que lo conocías.

—No lo…

Oh, mierda.

—¿Cómo se llama el dueño de la empresa?

—Cathal Devlin.

Lo dicho: oh, mierda.


PACTOS
peligrosos

Capítulo 5

Cathal

El ronroneo del motor llena el silencio en el interior del coche mientras avanzamos por la carretera camino del zoo. Ailis, en su silla trasera, tararea una canción infantil con voz soñolienta. Sé que no tardará en dormirse, y eso me da un margen de tiempo para hablar con Conor sin filtros.

—Tenemos un problema —digo, sin apartar la vista de la carretera.

—¿Solo uno? —responde Conor con su ironía habitual. Se pasa una mano por el pelo y me mira de reojo—. Me alegra saber que el caos se ha reducido.

—No es momento para bromas.

—Contigo nunca lo es —responde, pero su tono es serio ahora—. ¿Qué pasa?

Aprieto el volante. Odio admitir que estamos en una situación en la que necesitamos ayuda externa. Pero lo estamos. Y lo que más odio es que la mejor opción es Callum O'Sullivan. Hace años dividimos territorios para poder tener una familia, en realidad lo hicieron nuestros padres, Dublín es suyo y la zona de Galway es mía. Hasta ahora ha funcionado bien, le aviso cuando vengo a su territorio por negocios y él hace lo mismo. El mes pasado estuvo con Luna, su mujer, comprando una casa en mi territorio en la cual descansar, sabe que estarán seguros como si fueran de los míos mientras estén en términos de paz.

—Los McKenna están moviéndose demasiado rápido. Ya no se conforman con las apuestas ilegales ni con los camellos de poca monta. Están metiéndose en nuestro negocio, en nuestras rutas, y eso significa que están buscando guerra.

Conor resopla y apoya el codo en la ventanilla. Pero no se engaña. Sabe que es grave.

—Entonces la pregunta es: ¿les damos la guerra que quieren o les cortamos las piernas antes de que den el primer golpe? —Su tono es casual, pero lo conozco demasiado bien. Él preferiría la segunda

opción. Yo también si no fuera porque la situación se ha complicado más de lo esperado.

—No podemos hacerlo solos.

Conor suelta una carcajada seca.

—Dime que no estás pensando en los de Dublín.

—Dame una mejor opción.

—Mierda, Cathal. —Me mira con incredulidad—. Callum O'Sullivan no da nada gratis. Ni siquiera por cortesía.

—No necesito que nos haga favores. Necesito que sepa que, si los McKenna nos joden a nosotros, lo siguiente que harán es ir a por Dublín. O'Sullivan tiene que entender que le conviene actuar antes de que el problema llegue a su puerta.

—Callum es un cabrón desconfiado. Nos va a pedir algo a cambio.

Lo sé. Pero también sé que es el tipo de trato que tengo que hacer si quiero proteger lo nuestro. Y, sobre todo, si quiero asegurarme de que Ailis crece sin tener que mirar por encima del hombro cada maldito día.

—Negociaremos lo que haya que negociar.

—Eso suena a que ya has tomado la decisión.

—Lo hice en cuanto vi que McKenna se estaba expandiendo hacia nuestros muelles.

Conor suelta un gruñido y niega con la cabeza, pero no discute más. Eso me dice que, por mucho que no le guste, sabe que tengo razón.

Un sonido suave nos interrumpe. Ailis, medio dormida, se revuelve en su silla y murmura algo antes de volver a acomodarse.

—¿Cuánto falta para el zoo, papá? —su vocecita adormilada me llega desde atrás.

—Unos diez minutos, cariño.

—Vale… —Bosteza—. ¿Van a venir los monos a vernos?

—Los monos están esperando que llegues para saludarte.

Eso la hace sonreír antes de que vuelva a cerrar los ojos. Me quedo viéndola por el espejo retrovisor unos segundos antes de volver mi atención a la carretera. Ailis es la única razón por la que me aguanto las ganas de hacer las cosas a mi manera. Si no estuviera ella, no necesitaría alianzas. Simplemente haría

desaparecer a los McKenna y se acabaría el problema. Pero un movimiento así nos pondría en la mira del resto de familias, y la estabilidad es lo único que puede garantizar su seguridad.

—Dios, odio a los de Dublín —gruñe Conor, como si leyera mi mente.

—No más de lo que nos odian a nosotros —respondo con calma—. Pero Callum es un hombre razonable cuando se refiere a la seguridad de su familia.

—Tú sí que confías en el diablo —se burla Conor—. Callum tiene más sangre en las manos que yo.

Sonrío, aunque la idea me incomoda. Callum no es alguien a quien pueda llamar amigo, pero es un hombre con el que se puede hablar. Y eso es suficiente, por ahora.

—Solo tenemos que hacerles ver que lo que nos conviene a nosotros les conviene a ellos.

—Dicho así, parece fácil.

—Nada en este negocio es fácil, Conor. Además, podemos recurrir a la Élite si lo necesitamos —le recuerdo.

—Ese nombre me parece ridículo, Nicola no debería haber dejado que su primo Roma se lo pusiera.

—Estoy de acuerdo.

Él resopla, pero no añade nada más. Ambos sabemos que no tenemos otra opción. Y yo, al menos, ya he tomado mi decisión.

Ailis se mueve de nuevo, y esta vez se incorpora un poco.

—Papá, ¿hay tigres en el zoo?

—Sí, cariño.

—¿Y los puedo ver de cerca?

—Solo si prometes no intentar llevarte uno a casa.

Ella sonríe y niega con la cabeza con una seriedad que me hace contener la risa. Conor, en cambio, suelta una carcajada.

—Te apuesto lo que quieras a que intenta subir a uno —bromea.

Ailis le saca la lengua y él le guiña un ojo. Llegamos al zoo y veo que en la puerta principal nos espera Máire. Por un momento, el peso de lo que tenemos que hacer desaparece. Pero solo por un momento. Porque sé que en cuanto terminemos en el zoo, tendré que hacer la primera llamada para decidir si vamos a la guerra.

—Mira, Máire ya ha llegado —anuncia Ailis entusiasmada en cuanto la ve, y la saluda feliz.

Máire mira a la niña con una sonrisa radiante, la cual desaparece en cuanto sus ojos se posan en mí. Creo que estoy en problemas.

—Gracias por venir —le digo mientras uno de los chicos se encarga de aparcar.

Un equipo de seguridad nos acompaña en todo momento. Puede que Callum esté de acuerdo en que estemos en su territorio, pero eso no va a hacer que baje las defensas y me acomode. No es así como se llega a viejo en esta profesión.

—Lo que ordenes, jefe —suelta Máire frunciendo el ceño, y no puedo evitar sonreír.

—Cuidado con cómo me llamas o puede que acabes gritando mi nombre —le sugiero en un tono bajo.

—Oh, no dudo que acabaré haciéndolo —contesta de forma *sexy*, y se me pone dura en un instante—. La duda es si lo haré antes o después de clavarte un cuchillo en el ojo.

Conor a mi lado suelta una carcajada mientras yo me quedo mirándola totalmente descolocado. No es que nunca me hayan amenazado, pero esta mujer lo hace como si lidiar con tipos como yo fuera su pan de cada día.

—¿No le tienes miedo? —le pregunta mi primo mientras pasamos al interior del recinto y ella niega con la cabeza.

—Supongo que hay algo mal aquí arriba —responde tocando su sien mientras se encoge de hombros.

—Entonces te sentirás como una más entre nosotros —se burla Conor.

La primera parada, por supuesto, es el baño. Y agradezco que Máire entre con Ailis sin tener que pedírselo. No es que no pudiera hacerlo yo, no sería la primera vez, pero entiendo que no es agradable ver a un hombre en el servicio de señoras y no pienso arriesgarme a que mi hija le vea la polla a cualquier desconocido que esté meando en los urinarios de pared.

Cuando salen lo hacen sonriendo y Ailis le coge la mano mientras la dirige hacia la zona donde hay un puesto de helados.

—No, Ailis, un helado no es desayuno —la oigo decirle, y mi hija no trata de persuadirla.

—Parece que la chica sabe tratar con ella —comenta Conor a mi lado mientras andamos tras ellas.

—Es como si se conocieran de antes.

—Y también sabe tratar contigo.

—Te aseguro que no nos conocíamos de antes.

—Lo sé, si no no tendrías ese brillo en los ojos cada vez que la miras.

Me giro hacia Conor frunciendo el ceño.

—¿Qué brillo?

—El de un depredador cuando ha visto su próxima comida.

Ruedo los ojos y le doy un puñetazo en el hombro. Lo curioso es que me doy cuenta de que no lo rebato y, entonces, comprendo que tiene razón. Me gustaría que Máire fuera mi próxima comida.


PACTOS
peligrosos

Capítulo 6

Máire

Mientras camino unos pasos detrás de Cathal y su hija, trato de recordar cómo demonios he acabado aquí. Soy una simple limpiadora en su empresa, y ahora estoy en un día de excursión improvisado con el jefe y su familia. Un jefe de la mafia.

—Máire, ¿qué animal quieres ver ahora? —pregunta Ailis, girándose hacia mí con su enorme sonrisa.

—Oh, eh… los pingüinos, creo. Me gustan los pingüinos —respondo, tratando de sonar natural.

—¡Bien! —exclama la niña, tirando de la mano de su padre—. Papá, después de los elefantes podemos ver los pingüinos, ¿vale?

Cathal asiente con una leve sonrisa. No habla mucho, pero su presencia es imposible de ignorar. Es alto, de hombros anchos y con esa aura de autoridad que hace que todos los demás le presten atención sin que tenga que alzar la voz. Su primo, Conor, camina a su lado con una actitud más relajada, metiendo las manos en los bolsillos de su chaqueta mientras observa a la gente con mirada calculadora.

Estoy muy fuera de lugar, y más teniendo en cuenta a los hombres que nos siguen y nos protegen. Soy la única que parece verlos, y si no fuera porque el resto de visitantes del zoo nos mira y señala, podría llegar a pensar que nadie más que yo los ve.

Saco el móvil del bolsillo de nuevo para comprobar que tengo cobertura. No es que espere que ocurra algo malo, hoy al despedirme mi madre estaba bien, mejor de lo que la he visto en muchos días, pero no sé, tengo un mal presentimiento que me aprieta el pecho.

—¿Esperas una llamada? —pregunta Conor en voz baja mientras nos quedamos unos pasos atrás de Cathal y Ailis.

—No… es solo… mi madre está enferma. No quiero perderme nada importante. —Levanto la vista y me encuentro con su mirada intensa.

—Cathal no te hubiera hecho venir si lo supiera —dice, casi como una advertencia.

—No es que me haya obligado —respondo en un susurro—. Me ofrecieron la oportunidad de ganar dinero visitando el zoo, la otra opción era limpiar un hotel, así que…

Conor sonríe de lado, pero no dice nada más. Solo me observa un momento antes de adelantar el paso y reunirse con su primo.

Ailis corre emocionada cuando llegamos al recinto de los elefantes. Se pega a la barrera y observa con fascinación cómo una cría de elefante se revuelca en el agua. Su risa es contagiosa y me sorprendo sonriendo al verla.

—¿Sabías que los elefantes pueden reconocer su reflejo en un espejo? Son uno de los pocos animales que pueden hacerlo, como los delfines y algunos primates —le digo a Ailis—. Eso significa que saben quiénes son y pueden identificar si tienen algo en la cara o si hay un cambio en su cuerpo. ¡Son muy inteligentes!

—¿Has oído eso, papá?

—Sí, y es fascinante, pero no vamos a llevarnos un elefante —contesta, y me río.

Ailis ha querido un ejemplar de cada animal que hemos visto hasta ahora.

—Sabes que alguno me llevaré —amenaza con dulzura la niña, y la carcajada de Conor oculta la mía.

Escucho a Cathal soltar un suspiro quedo y, cuando lo miro, lo veo observándome con el ceño apenas fruncido. Como si estuviera evaluando mis reacciones. No sé qué pensar de eso, así que desvío la mirada y reviso mi teléfono otra vez. Nada nuevo.

Seguimos el recorrido, visitando a los leones, los gorilas y finalmente los pingüinos. Ailis está radiante, emocionada con cada nuevo animal. Cathal la sigue de cerca, atento, asegurándose de que no se aleje demasiado. Su forma de cuidarla, de mantenerse siempre cerca sin sofocarla, me desconcierta. No es el tipo de hombre que imaginaba que sería. Hay algo en él, algo protector, algo... cálido, aunque trate de ocultarlo.

—¿Quieres un helado? —me pregunta de repente.

Levanto la vista, sorprendida, encontrándolo observándome con detenimiento.

—¿Yo? No, estoy bien, gracias —respondo con rapidez, incómoda por la atención.

—Todos vamos a tomar uno —interviene Conor con una sonrisa burlona—. No querrás hacer que Ailis se sienta mal comiendo sola, ¿verdad?

No tengo otra opción, así que acepto el helado de arándanos que Cathal compra y me siento con ellos en un banco a la sombra. La niña charla sin parar, contándonos historias sobre su escuela y su programa de televisión favorito. Me doy cuenta de que, en algún punto del día, mi ansiedad ha disminuido. Mi teléfono sigue en mi mano, pero ya no lo reviso cada dos minutos. Estoy aquí, en este momento, disfrutando de algo que no pensé que podría disfrutar.

Cathal sigue en silencio, pero de vez en cuando me lanza miradas que no logro descifrar. No sé qué piensa. No sé qué ve cuando me observa. Lo único que sé es que su presencia es imposible de ignorar, y que, por primera vez en mucho tiempo, siento que alguien realmente me está viendo.

Y eso, más que cualquier otra cosa, me asusta un poco.

—¿Qué nos queda por ver? —le pregunto a Ailis, que sostiene el mapa que nos han dado esta mañana en la entrada.

Está muy arrugado, pero la niña ha sabido guiarnos a través de todo el zoo sin ningún problema.

—Creo que solo el que se parece a una mezcla de elefante y cerdo —contesta, y me quedo con cara de confusión hasta que Cathal me lo aclara.

—Se llama tapir, Ailis.

—Eso.

No es que sepa muy bien lo que son, pero cuando los vemos entiendo totalmente la descripción que ha dado la niña.

Una vez que terminamos la vuelta completa al zoo deciden que es hora de volver a casa, aunque apenas es media tarde.

—Yo quiero quedarme más —se queja la pequeña, que ya ha pedido a su padre que la lleve en hombros.

Ha aguantado a la perfección, pero el descanso para el helado ha hecho que su cuerpo entienda lo cansada que está y no dudo en que se quedará sopa en el coche.

—Yo tengo que irme ya —le aseguro para que no piense que es cosa de su padre.

—Te llevamos —confirma Cathal.

—No es necesario.

—No era una pregunta.

Me negaría, por orgullo, pero estoy cansada y la verdad es que la combinación hasta casa es horrible. Además, apenas tienen diez minutos en coche de su casa a la mía, así que no es en realidad una molestia.

Ni cinco minutos después de subir al coche, Ailis se queda dormida en su asiento, su pequeña cabeza apoyada hacia la ventana, con la respiración tranquila y profunda. Me esfuerzo en mantener la vista al frente, aunque mi mente sigue atrapada en el día que acabamos de vivir en el zoológico. Pese a la presencia constante de los guardaespaldas y la tensión sutil en los hombros de Cathal, ha sido un día normal, casi feliz.

Conor está sentado de copiloto, su postura relajada, pero sus ojos no dejan de vigilar los espejos. Me he dado cuenta de que es un hábito de su trabajo, de su vida. Cathal conduce, su expresión impasible, una mano en el volante y la otra descansando en su pierna, pero puedo notar la tensión en sus nudillos. Los dos coches de seguridad, uno delante y otro detrás, refuerzan la sensación de que estamos dentro de una burbuja controlada. Una que explota mientras estamos entrando en una calle.

En un segundo todo se desmorona.

El sonido de los neumáticos derrapando sobre el asfalto es lo primero que me saca del ensueño. Luego, el chirrido del coche de delante deteniéndose en seco y el golpe de puertas al abrirse. Todo se vuelve borroso y acelerado. Sigo sin comprender lo que ocurre cuando los primeros disparos rompen la tarde.

El estruendo de las balas impactando contra el metal del coche me paraliza. La respiración se me corta en el pecho y el miedo me recorre la columna como un golpe helado. Ailis se sobresalta y su

grito agudo me perfora los oídos. Intento girarme para alcanzarla, pero un empujón repentino me hunde en el asiento. Cathal ya ha girado el volante con violencia, tratando de sacarnos de la emboscada.

Las balas siguen golpeando el coche, algunas perforando los cristales traseros. Fragmentos de vidrio caen sobre mi regazo y noto un escozor en la mejilla. El coche de atrás se detiene de golpe, los hombres armados salen a responder el ataque. Escucho los disparos desde todas direcciones, el caos reinando alrededor de nosotros.

El coche de delante intenta abrir paso, pero el bloqueo es total. Gritos, motores rugiendo, más disparos. Cathal pisa el acelerador y siento el impacto en mi espalda cuando el coche embiste uno de los vehículos que nos cortan el paso. Ailis llora, sus pequeñas manos cubriéndose los oídos, encogida en su asiento. La desesperación me consume. Necesito llegar a ella, protegerla, pero mis manos tiemblan y mis músculos están congelados por el terror.

El coche da un giro brusco y mi cuerpo se sacude con la fuerza del movimiento. El sonido de metal crujiendo me avisa de que hemos golpeado algo, pero seguimos en marcha. Conor dispara por la ventanilla, su mandíbula tensa, su mirada salvaje. El retrovisor muestra a los hombres de seguridad devolviendo el fuego, algunos cayendo en el proceso. Mi estómago se revuelve ante la visión de cuerpos desplomándose en el asfalto.

Cathal no frena. No puede. Acelera más, buscando una salida, mientras el coche de seguridad de atrás cubre nuestra retirada.

Dos todoterrenos se plantan frente a nosotros y Cathal frena de golpe. Siento como si todo fuera a cámara lenta. El miedo desaparece y por extraño que parezca me siento yo misma. No entiendo qué me pasa, solo actúo.

Desabrocho a Ailis y la saco de su asiento, la coloco en el suelo y yo encima, protegiéndola con mi cuerpo. Se escucha la puerta del piloto abrirse y la otra, sé que nos hemos quedado solas aquí dentro. No me atrevo a mirar, solo se oyen gritos y disparos.

La puerta de atrás se abre, la del otro lado al que estamos, y veo a un hombre con pasamontañas que nos apunta.

—Vais a morir, perras *westies* —sisea con rabia antes de que algo haga clic.


PACTOS
peligrosos

Capítulo 7

Máire

Escucho ese clic en mi cabeza, ¿ha sido real? No me paro demasiado a pensarlo.

Le doy una patada a la mano que sostiene el arma y la cojo con mi derecha, apunto y disparo. Ailis grita. Un agujero en su ojo izquierdo me dice que he acertado antes de que caiga hacia atrás. Me quedo paralizada por lo que acabo de hacer. He matado a alguien. Mierda.

Decido que no estamos seguras aquí, abro la puerta del lado en el que encontramos y me deslizo fuera. La silla se me clava en el costado. Cuando estoy en el exterior me atrevo a mirar a mi alrededor y veo a un grupo de personas escondidas detrás de unos cubos. Nos hacen señas para que vayamos.

—Agárrate a mí y no mires —le ordeno a la niña, y hace lo que le pido. Se cuelga de mi cuello y corro hasta donde creo que puede ser un lugar seguro.

La dejo entre esas personas y me siento delante, con las piernas abiertas y el arma apuntando hacia donde podrían venir.

Unos minutos después parece que todo termina y oigo a Cathal rugir el nombre de su hija.

—¡Ailis!

—¡Aquí! —logro gritar sin dejar de apuntar hasta que veo a Conor aparecer y me relajo.

—Están ambas aquí —vocifera.

Un segundo después, Cathal aparece con la desesperación pintada en su cara y Ailis corre a sus brazos.

—Lo has hecho genial, preciosa —le murmura su padre sin dejar de abrazarla. Alza la vista y me clava sus ojos, son de color verde, nada fuera de lo común, solo que ahora la intensidad los hace brillar de una forma diferente—. Gracias por cuidar de ella.

Asiento y Conor me tiende la mano para ayudarme a levantar. En cuanto lo hago, me quita el arma y se la guarda. De pronto

aparecen unos coches y me asusto.

—Son amigos —me asegura Conor, y me relajo.

Unos tipos bajan y comienzan a limpiar el destrozo.

—¿Quiénes han sido? —pregunta uno de ellos, y Cathal, con su hija aún en brazos, le contesta.

—No lo sabemos, pero tenemos nuestras sospechas.

—Nos llamaron *westies* —intervengo—, no sé si sirve de algo, pero uno…

Me callo porque me viene a la cabeza el momento en el que he matado a un hombre. Y me siento rara porque lo estoy asumiendo demasiado bien, creo que de verdad hay algo mal en mi cabeza.

—Dile a Callum que lo llamaré —avisa Cathal al tipo antes de dirigirse hacia unos coches que parecen esperarnos.

Entro y esta vez es Conor el que conduce. Cathal se sienta detrás con Ailis en su regazo.

—¿Qué ha pasado? —pregunto temblando un poco.

—Te lo explico cuando lleguemos —asegura Cathal, y aprieta a su hija contra sí.

Entendido, no es el momento de hablar de esto con ella delante.

Vamos a su casa, voy a protestar porque quiero ir a la mía, pero ahora mismo no me veo con fuerzas de enfrentarme a mi madre y a Nuala sin tener un ataque de nervios.

Al llegar, Cathal desaparece escaleras arriba con la niña y a mí me acompaña Conor a la biblioteca. Me alegro de que me traiga aquí, el olor a libros hace que me relaje.

—¿Quieres? —pregunta mientras se sirve un trago de una bebida de color ámbar.

—No, gracias.

Sigo de pie mientras él se toma un trago, se sirve otro, lo vacía y de nuevo sirve un tercero en otro vaso que deja a un lado.

No sé el tiempo que pasa hasta que Cathal aparece solo.

—¿Está bien? —pregunto, preocupada por la pequeña.

—Sí, se ha quedado dormida, es una niña fuerte.

Supongo que ser hija del jefe de la mafia irlandesa te da un entrenamiento para afrontar estas situaciones, ¿cómo de normal es que esto pase?

—Déjanos solos —le ordena a Conor, que asiente y le entrega el vaso que ha preparado antes de salir de allí.

—¿Me vas a matar? —pregunto de la nada.

—¿Por qué piensas eso?

Me encojo de hombros.

—No, no te voy a matar.

—Gracias.

Me da una sonrisa perezosa mientras se acerca. Alza su mano y me encojo levemente.

—No te voy a hacer daño —asegura mientras coge mi barbilla y me gira la cara—. Es un corte superficial, no debería dejar marca.

Me toco con los dedos la mejilla y noto el escozor. Recuerdo los cristales impactar en mi cara y un escalofrío me recorre el cuerpo. Cathal me mira un instante y después me abraza, me envuelve como si fuera alguien importante y dejo que lo haga porque no sabía lo mucho que necesitaba esto hasta que lo ha hecho.

—Gracias, de verdad, gracias por mantenerla a salvo.

El susurro de esas palabras me eriza la piel y aspiro hondo, sintiendo como el olor a cedro de Cathal me rodea.

Cuando se separa siento el vacío que deja y necesito sentarme para recuperar el torbellino emocional que estoy sintiendo.

—Necesito hacerte una pregunta y que seas totalmente sincera conmigo —me dice, y frunzo el ceño porque se ha puesto serio.

—Ok.

—¿Sabes manejar armas?

—No.

—¿Estás segura?

—Sí.

—Te vi, estaba detrás del tipo peleando con otro tratando de llegar a vosotras. No dudaste, diste una patada exacta y luego un tiro certero.

Lo describe como si no lo hubiera vivido.

—Que yo sepa no sé disparar armas.

—¿Que tú sepas?

Respiro hondo y trato de explicarlo.

—Hace como un año, un poco más, tuve un accidente de coche que hizo que perdiera la memoria. Iba con mi novio. Él murió y yo regresé a casa con mi madre —resumo—. Hacía mucho que no nos hablábamos, pero algo así hace que todo pierda importancia. Esos años en los que no tuve contacto con mi madre no sé qué pasó en mi vida. Por lo visto mi novio me tenía muy aislada, por lo que no hubo visitas de amigas en el hospital y no sé si aprendí a disparar.

—Joder —murmura.

—Sí, lo sé.

Ahora es él quien respira hondo.

—Solo queda algo por aclarar —me dice, mirándome a los ojos.

—Esto nunca ha pasado —le corto, dejándole saber que no voy a hablar.

—¿Seguro?

—Seguro, si me dejas vivir no tendrás que volver a saber de mí.

—Máire, le has salvado la vida a mi hija y por ello te has ganado el derecho a vivir, sin embargo, quiero que tengas claro que si en algún momento te vas de la lengua y pones en riesgo a mí o a cualquiera de mi familia…

—Lo entiendo.

—Bien, ahora levanta y ven aquí.

Hago lo que me ordena y vuelve a abrazarme, pero esta vez de una forma diferente, como más íntima. Noto como huele mi pelo y me estrecha contra su cuerpo.

—Máire —escucho a Conor tras de mí y Cathal me suelta—, es tu madre, necesitas volver a casa.

Miro su mano y mi teléfono está en ella. Ni siquiera me había dado cuenta de que no lo tenía.

—¿Qué ocurre? —pregunto asustada.

—No paraba de sonar y lo he cogido, una tal Nuala dice que está mal. Hay un coche esperándote en la puerta, si a mi primo le parece bien.

Miro a Cathal y este asiente.

No le doy las gracias, ni siquiera cojo el móvil, solo salgo corriendo hacia la salida y me meto en el coche que veo con el motor en marcha.

Un nudo se me forma en la garganta. Me obligo a respirar, a no perder el control. Pero mi corazón late con violencia, cada latido un golpe seco en mi pecho. No puedo perderla. No así. No todavía.

El hombre de seguridad que conduce no dice nada. Su mirada está fija en la carretera, su postura rígida. No sé su nombre, apenas lo he visto un par de veces, pero ahora mismo es la única conexión que tengo con la realidad. Aprieto las manos sobre mi regazo, intentando frenar el temblor que me recorre el cuerpo.

Cierro los ojos un instante y pienso en mamá. En la última vez que la vi sonreír, en su risa suave cuando le conté sobre el desastre que hice en la cocina al intentar hacer galletas de jengibre el mes pasado. Me aferro a esos recuerdos como un salvavidas porque el miedo a perderla es demasiado grande.

El coche da un giro brusco y abro los ojos de golpe. Estamos en mi calle. Ya casi llegamos. La casa aparece ante mí, las luces encendidas como un faro en la noche. Nuala nos espera en la puerta, sus ojos rojos e hinchados, su expresión quebrada. Mi estómago se revuelve. Algo está mal. Algo está terriblemente mal.

Antes de que el coche se detenga por completo, abro la puerta y salgo corriendo, sintiendo el suelo temblar bajo mis pies. No sé qué me espera al cruzar esa puerta. Solo sé que no estoy lista para lo que viene.

—Mamá —murmuro cuando entro en su habitación y me mira.

Rompo a llorar por encontrarla viva, pero su aspecto me dice que no será por mucho tiempo.

—Oh, cariño, gracias a Dios que has llegado. Necesito decirte algo —susurra, y me siento a su lado mientras cojo su mano.

—Te quiero —la corto.

—Y yo a ti, me has dado unos meses de vida increíbles, te quiero con mi alma, pero es momento de partir.

—No.

—Sí, lo es, y siento no tener más tiempo juntas, pero antes de irme necesito ser sincera contigo, necesito que me perdones.

—No hay nada que hayas hecho que te tenga que perdonar.

—Sí, lo hay, Máire, mi niña, te quiero, pero yo no soy tu madre, te secuestré el día del accidente y no me arrepiento de haberlo hecho,

pero es momento de que vuelvas con tu verdadera familia.


PACTOS
peligrosos

Capítulo 8

Máire

Miro a mi madre perpleja, no sé qué demonios está diciendo, debe ser fruto de la enfermedad, el cáncer está provocándole algún tipo de daño cerebral.

—Muy bien, mamá, descansa y lo hablamos cuando te encuentres mejor.

—No es mentira, Nuala te lo va a confirmar —insiste, agarrando mis manos—, por favor, perdóname, necesito que lo hagas antes de morir.

Miro a Nuala y esta asiente. La confusión de todo esto hace que me entre un dolor de cabeza terrible. No puedo pensar ahora mismo en nada más allá del aquí y el ahora.

—Te perdono —le digo, bajando mis labios a su frente y besándola.

Ella se aferra a mí y me abraza con fuerza, al menos un segundo antes de que haga unos ruidos extraños y sus manos caigan de mi cuello.

Cuando me separo veo que tiene los ojos cerrados y Nuala rompe a llorar.

Mi madre se ha ido.

∞∞∞

Hace tres días que mi madre murió, hoy la hemos enterrado. Todavía siento que todo esto es algún tipo de broma. No me he visto capaz de preguntarle a Nuala por lo que me dijo. En el fondo sé que es cierto, pero también sé que no quiero creerlo.

Salimos del cementerio y veo un coche negro con los cristales tintados aparcado. La puerta trasera se abre y Cathal sale de él. Nuala se tensa a mi lado.

—Dame un momento.

—¿Estarás bien? —me pregunta como si pudiera hacer algo en caso contrario.

Asiento y ella se aleja caminando con algunas vecinas de mi madre que nos han acompañado en su entierro.

Camino hacia Cathal, hoy está guapo. Lleva un traje negro y su porte denota poder. Lo he visto relajado, en su casa, con su hija, pero ante mí tengo al jefe de la mafia irlandesa, al menos la de Galway. Nuala me contó que aquí el que manda es Callum O´Sullivan.

Cuando estoy justo frente a él, y sin decir nada, da un paso y me abraza. Huele a cedro. Nunca me había parado a pensar que reconocería un olor así y menos en un hombre, pero es justo a lo que huele.

—Mi más sentido pésame.

Sus palabras susurradas contra mi pelo provocan en mí un mundo de sensaciones. Lloraría si me quedara alguna lágrima, pero he pasado tres días sin parar y ahora estoy seca.

—¿Ha pasado algo? —le pregunto, separándome de él.

No lo quiero hacer, y es por eso mismo que lo hago.

—Venía a despedirme, nos vamos a Galway. Ailis se fue con Conor al día siguiente del ataque, por seguridad, por eso no está aquí.

Asiento.

—Gracias por hacerme llegar mi teléfono —le digo.

Me lo entregaron mientras esperábamos a que levantaran el cadáver de mi madre. No creo que Conor olvide eso jamás, fue horrible.

—Sé que apenas nos conocemos, pero te debo una muy grande por haber estado cuando mi hija te necesitó. Si te hace falta dinero, trabajo o cualquier cosa, no dudes en pedirlo. Estoy en deuda contigo.

Asiento.

Me tiende una tarjeta con un número.

—Es de alguien de los míos, pídele lo que necesites.

Me siento un poco decepcionada porque no es su teléfono privado, sin embargo, lo entiendo. Esto no es una novela de Neva.

—Gracias. Espero que Ailis no sufra por lo que ocurrió.

—Gracias.

Se acerca una vez más y me besa la mejilla. Me quedo parada mientras lo veo subirse e irse de mi vida, una que está a punto de irse a la mierda porque lo primero que voy a hacer al llegar a casa es pedirle a Nuala que me cuente toda la verdad.

Entrar en este lugar sin que mi madre esté me resulta difícil, es como si ya no tuviera nada que hacer aquí y, si es verdad lo que ella dijo antes de morir, así es.

En la cocina, Nuala me espera con un café y algunas fotos sobre la mesa. Me siento y la dejo que comience a hablar.

—Tu madre y yo nos conocimos de pequeñas, vivíamos en el mismo barrio y nos enamoramos del mismo hombre. Solo que ella siempre ha sido mucho más guapa que yo y él acabó siendo su marido. Todo esto no pasó aquí, en Ballybrack, sino en Knocknaheeny.

—¿Eso dónde está?

—Al noroeste de la ciudad de Cork. A unas horas de distancia de aquí. Ella y yo vivíamos en el mismo bloque de viviendas sociales.

—¿Eráis amigas?

—Sí, en parte, siempre le tuve envidia y cuando se llevó al que pensaba que era el amor de mi vida pues…

—La odiaste.

—Sí, aunque solo hasta que conocí a mi Ronan. Él sí que fue el amor de mi vida, hasta que un borracho volviendo a casa lo mató.

—Lo siento —murmuro sin saber muy bien qué más decir. No tenía idea de que había estado casada.

—Nunca te lo dije porque era dar detalles de una vida que no debía haber existido. Así lo acordé con tu madre.

—No lo entiendo.

—Ahora lo harás.

Asiento y veo como coge algunas fotos antiguas donde aparecen ellas de pequeñas. Sonrío. Ahora entiendo el gran cambio, se supone que esas imágenes eran de Dublín, pero nunca pude descubrir de dónde con exactitud.

—Tu madre se casó y tuvo una hija, una niña preciosa de pelo negro y ojos marrones, se llamaba Máire. Ella la adoraba y por eso

no le importaba aguantar las palizas de su marido.

Joder. Respiro hondo para tratar de seguir la historia.

—Mi padre, su marido —me corrijo—, ¿la maltrataba?

—A diario. Todos en el barrio lo sabíamos, pero él era un tipo peligroso, mafiosos del clan de los McKenna. Como te dije, Dublín es de los O´Sullivan, Galway del hombre que ya conoces y Cork pertenecía a este clan del que ese hombre era parte.

—¿Qué pasó con él?

—Un ajuste de cuentas hizo que mataran a la hija de tu madre, y eso la volvió loca. Le robó todo el dinero que había en su casa de la mafia y desapareció. Creí que nunca la volvería a ver, sin embargo, hace poco más de un año la vi por casualidad cuando vine a visitar a unas tías lejanas de mi marido.

—¿Te reconoció?

—Sí, y yo a ella. Tú apareciste de la nada.

—Lo recuerdo, fue aquella vez que estábamos en el mercado.

—Sí. Y cuando ella te llamó por el nombre de su hija… Supe que algo pasaba y esperé a que te fueras para que me diera una explicación.

—Ella me mandó a comprar algo —trato de recordar.

—Te quitó del medio para poder quedar conmigo ese mismo día en otro lugar. Y así es como me contó tu historia.

—Dame un momento, necesito otro café para afrontar esto.

Me levanto y hago otra taza, esta vez con leche y mucho azúcar, lo preparo con calma porque necesito tiempo para asimilar que todo lo que sé de mí y de mi madre, no, de Roisin, es mentira.

—Bien, prosigue —le pido una vez que reúno las fuerzas para volver a sentarme.

—Roisin se mudó a Italia con el dinero robado, quería conseguir encontrar a los ejecutores de su hija, le dijeron que estaban allí haciendo un trabajo. Paseando por la calle fue testigo de un accidente, un hombre disparó un lanzamisiles contra un coche. Ella siempre ha sido buena, así que fue a socorrer a todo el que pudo y entonces te vio. Eras el vivo retrato de su hija, o como ella cree que hubiera sido de haber tenido la oportunidad de crecer.

Mi pesadilla…, ¿es un recuerdo?

—¿A qué edad murió la verdadera Máire?

—Con unos catorce. Te ayudó a levantarte y hubo una segunda explosión de gas o algo así. La cuestión es que, cuando tú despertaste, no recordabas nada y ella pensó que era un regalo de Dios.

—Así que inventó todo y me trajo de vuelta a la que se supone era mi casa.

—Sí.

Joder.

—¿Por qué viniste a vivir aquí? Se supone que…

—Tu madre sabía que necesitaba el dinero para mi hija, ella tiene una enfermedad rara, la feocromocitoma.

—¿Qué es?

—Un tumor raro que se desarrolla en las glándulas suprarrenales. Provoca hipertensión grave, taquicardia, sudoración excesiva, ansiedad extrema y dolores de cabeza debido a la liberación excesiva de adrenalina y noradrenalina. Puede ser mortal si no se trata, ya que puede causar crisis hipertensivas incontrolables, insuficiencia cardíaca o accidentes cerebrovasculares.

Lo recita como si ella fuera médico.

—Joder, lo siento mucho. ¿Tiene cura?

—Se cura con cirugía para extirpar el tumor.

—Y mi madre te iba a dar el dinero.

—Sí, de momento estaba pagando toda la medicación necesaria para controlarlo y disminuirlo, hasta que el médico diga que es momento de operarla.

—Con el dinero de la mafia que robó.

—Sí.

Repito: joder.

Por eso viajaba, decía que era para ver a su madre que era demasiado mayor para venir ella. En realidad, visitaba a su hija.

—Es por ella, por tu hija, que aceptaste todo esto, ¿no?

—En parte para ayudarla, por supuesto, pero también porque no imagino el dolor que debió sentir Roisin al perder a la suya. Sé que no te lo mereces, eres una buena chica, pero no vi nada de malo en que ella pasara sus últimos meses de vida feliz junto a su pequeña.

—Sin importar si alguien me buscaba o si estaba sufriendo por mi pérdida —le digo enfadada.

—Lo siento, no puedo decir nada más. Solo que desde el principio acordamos que lo sabrías. Se supone que tenía solo seis meses de vida, ha durado más del doble.

Mierda, mierda, mierda.

Respiro hondo y ahora me doy cuenta de que un segundo café no ha sido buena idea.

—¿Qué sabes de mí?

—Nada, no sabemos tu nombre ni de dónde vienes, solo lo del accidente, y que lo había provocado alguien de la mafia italiana. Así que, por favor, Máire, sé que vas a querer saber quién eres, pero ten cuidado, por experiencia sé que incluso buscar en el ordenador algo relacionado con ellos puede conducirte a la muerte.

—Entonces ¿qué? ¿Me quedo toda la vida sin saber si tengo familia?

—No, solo que tengas cuidado. No sabes si quien trataba de matarte aún quiere hacerlo.

Asiento y respiro hondo. No tengo ni idea de quién soy ni de dónde vengo, pero algo tengo claro, voy a descubrirlo e intentaré no morir en el proceso.


PACTOS
peligrosos

Capítulo 9

Cathal

Los cristales emiten un suave golpeteo de la lluvia de verano que está cayendo ahora mismo. Me gusta este tiempo, no lo cambiaría por uno en el que siempre hiciera sol, detesto el calor.

Mi primo entra, tenemos una reunión importante, una que va a dictaminar cómo van a ser las cosas en el futuro, pero los McKenna han cruzado la línea y ya no puedo ignorarlo. Hace un mes que me atacaron mientras Ailis iba conmigo y ese detalle es el que va a hacer que su apellido muera.

—Nos tomaron por sorpresa en Dublín —dice Conor, dándole una calada profunda al cigarro. No suele fumar, solo cuando la cosa está muy jodida y nunca delante de las niñas—. No esperaba que se movieran con tanta rapidez.

Aprieto la mandíbula. Yo tampoco. Y ese es el problema.

—Lo tenían planeado —respondo, deslizando el vaso de *whisky* entre mis dedos—. No fue un ataque impulsivo. Sabían que estaríamos ahí.

Conor asiente, sus ojos azules brillando de rabia. La pequeña cicatriz en su pómulo se tensa cuando sonríe de lado, una mueca más que una expresión de diversión.

—¿Crees que alguien nos vendió? —pregunta, su tono es ligero, pero sus palabras están cargadas de veneno.

No quiero pensarlo. No quiero considerar que haya una rata entre los nuestros. Pero los McKenna no son lo bastante inteligentes como para habernos encontrado por sí solos. Alguien les dio información.

—De momento, no lo descarto. —Bebo un sorbo, dejando que el ardor del *whisky* me ayude a ordenar mis ideas—. Pero lo primero es contenerlos. Si dejamos que piensen que pueden atacarnos sin consecuencias, lo volverán a hacer.

Conor se ríe, pero es un sonido seco y sin humor.

—Tienen demasiado terreno en el este. No podemos simplemente pisotearlos sin que eso nos cueste hombres.

—No necesitamos matarlos a todos. Solo a los suficientes para que recuerden su lugar. —Me giro hacia él, mirándolo fijamente—. Necesitamos dar un mensaje claro.

Conor se estira, exhalando el humo con lentitud.

—Ya tengo a algunos hombres vigilándolos. Puedo hacer que desaparezca uno o dos de sus cabecillas en las próximas noches.

Sacudo la cabeza.

—No quiero un juego de números. Quiero que sufran. Quiero que la próxima vez que piensen en cruzar nuestras fronteras se les revuelva el estómago del miedo. ¿Me entiendes?

Sus labios se curvan en una sonrisa perezosa. Me entiende. Siempre lo hace.

—Entonces, dime, primo —murmura, apagando el cigarro en el cenicero con un gesto calculado—, ¿cuál es el plan?

Lo miro fijamente, dejando que la furia en mi pecho encuentre su lugar.

—Vamos a devolverles la visita. Y esta vez nos aseguraremos de que ninguno de ellos olvide quiénes somos.

—Me encanta cuando te pones romántico —se burla, y ruedo los ojos.

—¿Las chicas?

—Llegarán en dos días.

—Bien, no haremos nada hasta que estén aquí las tres.

Conor asiente de acuerdo. Ailis es mi prioridad, pero también lo son Catriona y Fiona. Ellas son las hijas del hermano mayor de Conor. Cuando Patrick murió, juramos protegerlas como nuestras, y así ha sido.

—Ahora que tenemos claro el rumbo que vamos a tomar en cuanto a los McKenna, ¿podemos hablar de tu mal humor? —pregunta Conor, dejándose caer sobre el sofá después de apagar el cigarro.

—No sé a qué te refieres.

Alza las cejas y le saco el dedo del medio.

—Es posible que haya estado un poco insoportable desde Dublín, pero es normal, atacaron cuando Ailis estaba conmigo.

—Me parece bien que tú quieras creerte eso, pero ambos sabemos que hay algo más.

Lo miro entrecerrando los ojos, me jode mucho que me conozca tan bien.

—Si vas a decirme algo, hazlo ya —le gruño.

—Deberías haberle dado tu número si estabas interesado en ella —me suelta, y respiro hondo porque tiene razón.

No sé por qué no lo hice. Simplemente pensé que lo mejor era alejarse, pero el hecho de que Ailis no ha parado de hablar de ella y de que alguna noche me despierte duro por haber soñado con la escena de Máire disparando al tipo que quería llegar a mi hija, me dice que me equivoqué.

—¿Has sabido algo nuevo? —inquiero curioso.

Puede que no le diera mi teléfono, pero ordené que alguien estuviera pendiente por si necesitaba cualquier cosa. El hecho de que su madre muriera, la forma en la que me dejó abrazarla…

—Es posible.

Su respuesta hace que me enderece en mi asiento y Conor sonría divertido ante mi movimiento. El muy imbécil está disfrutando.

—¿Y bien?

—Al parecer necesita dinero, está buscando trabajo extra, ha dejado su casa y también la empresa de limpieza —explica, y frunzo el ceño.

—Eso no tiene sentido. ¿Se ha ido de la casa de su madre?

—Sí.

—¿Con la tal Nuala? —inquiero.

—No, esa mujer regresó a Cork con su hija. La chica va a someterse a una cara cirugía en los próximos días.

—¿Es por eso que necesita Máire dinero?

No tiene sentido entonces que haya dejado la empresa. Mi empresa.

—No, la operación ya está pagada. Por Máire.

Abro y cierro la boca como un pez buscando respirar fuera del agua. Lo que me dice es confuso y contradictorio a la vez.

—¿Me lo vas a explicar o voy a tener que pegarte un tiro para que empieces a hablar?

—Primito, te pones muy agresivo a veces —se burla, y le tiro el abrecartas que tengo a mano—. Está bien, está bien. No tengo explicación.

Su respuesta me descoloca. Si hay alguien que sabe todo de todos es Conor, siempre está un paso por delante de los demás, y el hecho de que ahora no sepa nada es muy desconcertante.

—En realidad tengo una, pero no sé cómo encaja en todo esto.

—Tú dirás.

—Máire en realidad está muerta.

—¿Cómo dices? ¿La han matado? —pregunto, notando como mi corazón se acelera ante el pensamiento de que eso sea cierto.

—No he dicho eso. Es que es confuso de cojones. Después del ataque investigué un poco más a Máire, no sé, la forma en la que la mirabas en el zoo hizo que sintiera curiosidad más allá de lo que ya sabíamos a través del informe inicial.

Y a esto me refiero con que va un paso siempre por delante. En caso de que pudiera interesarme la mujer, él ya la ha investigado para mantenernos a salvo. No reparo en lo que ha dicho de la forma en la que la miraba porque ahora mismo no quiero pararme a pensar en eso.

—¿Y qué descubriste?

—Indagué sobre su madre, no es de Dublín, sino de Cork, como Nuala, y sí que tenía una hija llamada Máiréad, pero esta murió con unos catorce años a causa de un ajuste de cuentas. Su padre es del clan de los McKenna.

—¿Quién es?

—Un don nadie. Soldado de poca monta que se cree alguien solo porque pertenece al clan. Lo investigué porque era demasiada casualidad.

—¿Y qué encontraste?

—Roisin, que así se llama la madre de Máire, lo abandonó después de la muerte de su hija y se llevó mucho dinero de la mafia. De hecho, el padre tiene dos dedos menos a causa de eso, pero de algún modo encontró la forma de que lo perdonaran.

—No estoy entendiendo nada.

—Normal, yo tampoco lo hago —aclara Conor, y sigo atento—. La cuestión es que hay varios años en los que no se sabe nada de Roisin, después, de pronto, aparece en Dublín, alquila la casa en la que estaban por un año, pagando por adelantado, y Máire, la que conocemos, llega a vivir con ella.

—¿Un año?

—Sí, supongo que es porque el médico le dio unos seis meses de vida, aunque ha durado mucho más. Por lo que he averiguado, Máire la cuidaba muchísimo.

Sonrío, no me extraña, se le notaba la dulzura al tratar con Ailis. Aunque a mí me hubiera sacado los ojos.

—Entonces, ¿Roisin tuvo dos hijas y las llamó igual?

Es lo único que se me ocurre.

—No, no hay registro de una segunda hija.

—Joder, ¿quién es Máire?

—Buena pregunta, estoy tratando de averiguarlo. La información que dio en la empresa de limpieza y lo que he podido sacarles a sus compañeras es todo mentira. He buscado el accidente en el que su novio murió y no hay nada en esa fecha allí.

Me quedo pensativo. Esto no tiene sentido. Soy muy bueno calando a las personas y ella no parecía mentir.

—¿Crees que se infiltró de alguna manera para llegar hasta mí? ¿Que ella fue la del chivatazo?

—Es una de las hipótesis que barajo.

—Si es así, yo mismo la mataré —aseguro, sintiendo un peso sobre mi pecho.

Me gusta la mujer, no lo voy a negar, pero el hecho de que me pueda haber engañado y que se haya acercado a mi hija tanto es algo que no voy a pasar por alto.

—Bien, me alegro de que digas eso porque en estos momentos está de camino hacia aquí.


PACTOS
peligrosos

Capítulo 10

Cathal

El motor de la camioneta ruge cuando giro el volante y salgo del camino de grava que lleva a la finca. El aire de Galway es húmedo, cargado del aroma salino del Atlántico, y las colinas verdes se extienden bajo el cielo gris como un manto infinito. Pero mi atención no está en el paisaje. La tensión en mi pecho se hace más densa con cada kilómetro que avanzo hacia la estación de autobuses.

Máire.

Ese no puede ser su verdadero nombre. No después de lo que Conor ha descubierto.

Acelero un poco más, ignorando el camino irregular que sacude la camioneta. Conor no suele equivocarse. Y si tiene razón, si el nombre de Máire no es más que una mentira cuidadosamente tejida, entonces significa que ella...

No. No quiero pensar en eso ahora.

Está a punto de llegar, ha llamado hace menos de una hora con esa voz que se desliza bajo mi piel como una brisa cálida en invierno. Sonaba cansada, como si hubiera estado huyendo. Como si el peso del mundo descansara sobre sus hombros. No sabe que yo estaba escuchando y que seré quien la recoja.

Y aquí estoy, sin saber si la estoy trayendo a un refugio o a un infierno peor.

El tráfico en el centro de Galway es lento y cada semáforo en rojo es una tortura. Mi rodilla salta con impaciencia, Ailis se ríe cuando lo hago. Ailis. Espero averiguar la verdad antes de que ella llegue porque si tengo que matar a Máire se va a poner triste.

Cuando por fin llego a la estación, aparco junto a la acera y apago el motor. Respiro hondo, intentando calmar la tormenta que se revuelve en mi interior. No puedo dejar que lo note. No ahora.

Veo a los pasajeros bajando del autobús, pero mi mirada solo busca a una persona. Entonces la encuentro. Su silueta es inconfundible incluso entre la multitud. El cabello recogido en una

trenza suelta, la chaqueta ajustada alrededor de su cuerpo delgado, la forma en que sus ojos recorren el lugar buscando a Conor; él debía venir. Cuando se encuentra con los míos, sonríe. Una sonrisa breve, casi tímida, pero que me atraviesa con más intensidad de la que debería.

Me bajo de la camioneta antes de que pueda cambiar de idea. Ella avanza hacia mí con paso ligero, pero en su mirada hay algo que no estaba la última vez que nos vimos.

—Hola —saluda, su voz más baja de lo habitual.

Asiento, incapaz de responder de inmediato. Sus ojos se fijan en los míos, como si intentara descifrar lo que no digo. No puedo permitirlo.

—Vamos —suelto al fin, tomando su maleta.

Porque, aunque tenga dudas, aunque mi pecho arda con preguntas sin respuesta, una cosa es segura: esta mujer no me es indiferente.

Máire entra en la camioneta y se abrocha el cinturón. Estamos en silencio mientras el paisaje pasa de ser urbano a verde. La finca se encuentra en medio de hectáreas de bosque y colinas que hacen que sea un lugar único.

—¿Me vas a matar? —pregunta de forma directa, y la miro con el ceño fruncido.

—¿Debería? —contesto, siguiéndole el juego.

—No lo sé, pero actúas raro.

—¿No tienes miedo?

Se encoge de hombros.

—Ya te dije que algo no funciona bien aquí adentro. —Señala su cabeza y me doy cuenta de que no es retorcida.

Ella solo dice lo que piensa y no da rodeos, así que le doy el mismo trato.

—¿Por qué estás aquí? —le pregunto mientras avanzamos por la carretera.

—Me dijiste que si necesitaba algo llamara al número de la tarjeta.

—¿Y qué necesitas?

—Dinero.

—¿Para?

—No es asunto tuyo.

Lo suelta con tanta naturalidad que me hace darme cuenta que en realidad no me tiene miedo. Es cierto que empiezo a pensar que sí hay algo mal en su cabeza.

Entro en mi propiedad y tomo un desvío que no llega a la casa, sino a un acantilado. No es demasiado alto, pero lo suficiente como para romperte el cuello. Aparco y me bajo.

—Acompáñame —le pido en un tono que no deja lugar a discusión.

Llego hasta el borde y contemplo la vista.

—Así que me vas a matar. —Suspira como si no estuviera a punto de morir.

—Depende de ti.

—Pues no quiero morir.

Sonrío.

—¿Quién eres? —pregunto sin rodeos, y ella me mira un instante.

Luego da dos pasos y se sienta sobre una enorme roca. Algo de pelo se le ha salido de la trenza y lo mete tras su oreja. Mira el horizonte. Sonríe.

—Al menos será un lugar bonito para pasar la eternidad.

—Entonces reconoces que estás aquí para algo malo —aclaro mientras camino hacia ella.

Me quedo a un par de pasos, aunque si alargara mi mano podría tocarla.

—Bien, supongo que es el momento de sincerarme y que decidas si me vas a matar.

Sus palabras, en un tono despreocupado, me desconciertan.

—No te he mentido, estoy aquí porque necesito dinero para poder ir a Italia.

No esperaba esa respuesta.

—Por lo que sé, le has pagado una operación muy cara a la hija de Nuala.

Alza una ceja y asiente.

—Supongo que sabes más de lo que pensaba. Y sí, la he pagado porque la vida de una persona es más importante que saber sobre mi pasado.

—¿A qué te refieres?

—Espero que seas de mente abierta porque lo que te voy a contar es como para haberlo leído en una novela.

—Adelante.

La escucho durante un rato. Me cuenta sobre su madre que no es su madre. Que la engañó y la llevó a su casa haciéndola creer que era su hija. Que sí que hubo un accidente en el que trataron de matarla a ella o a su acompañante, no lo sabe bien porque perdió la memoria y no tiene idea de nada antes de despertar ya en Dublín. Tiene retazos de su estancia en un hospital italiano, pero estaba muy sedada. También me cuenta acerca de la verdadera Máire y que el dinero que tenía su madre era de la mafia.

—Y eso es básicamente por lo que sé que me vas a matar. El dinero que le di a Nuala es de la mafia, solo te pido que por favor no se lo cobréis, ella no sabe nada de esto y creo que mi muerte es pago suficiente.

Desvía la mirada y una suave brisa desordena su pelo de nuevo. Me acerco y lo coloco tras su oreja otra vez. Ella no se encoge de miedo como cabría esperar, es más, se recuesta levemente en mi mano y eso provoca demasiadas cosas en mí.

—Mírame —le pido, y lo hace.

Sus ojos, de un color marrón similar al de la tierra húmeda, me miran con una expresión que denota que está lista para morir. Lo que no sabe es que yo no estoy listo para que lo haga.

—No te voy a matar, has sido sincera y, aunque lo que me cuentas es como una mala película, no es motivo para asesinarte.

—Pero el dinero…

—El clan al que le robó tu madre es el de los McKenna, el mismo que trató de asesinarme hace un mes en Dublín.

La comprensión llega a sus ojos y un brillo de esperanza los torna más impresionantes si es posible.

—Entonces, ¿qué va a pasar conmigo?

—Ailis está a punto de llegar a casa, la esperamos esta noche junto con Fiona y Catriona. Ellas son las hijas del hermano mayor de Conor. Son unas preadolescentes a las que amo como si fueran mías y necesito que alguien las vigile mientras trabajo.

—No entiendo.

—Te voy a ayudar, trabajarás para mí y ganarás dinero, te ayudaré a buscar todo sobre tu pasado.

—¿De verdad? —pregunta entusiasmada.

Asiento y ella, de pronto, se lanza a mis brazos. La aprieto contra mí y me doy cuenta de que podría convertirse en un problema, una debilidad. Y lo peor es que estoy deseando que así sea.


PACTOS
peligrosos

Capítulo 11

Máire

Me han asignado una habitación en la zona del servicio. No es muy grande, tiene una cama, un armario y una estantería encima de la mesita de noche. No necesito mucho más.

Se oyen dos golpes en la puerta y una chica joven aparece, va vestida como el servicio y sonríe.

—Hola, soy Lydia, el señor me ha mandado para que te acompañe a la galería de tiro —explica mientras abre la puerta del todo.

Mi maleta, una demasiado pequeña para llevar toda mi vida dentro de ella, descansa en el suelo abierta. No me ha dado tiempo a sacar nada más que mis libros.

—Bien, tú dirás por dónde es —contesto, y me pongo en marcha tras ella.

Es una muchacha de unos veinte años. Nieta de la cocinera, por lo que me cuenta. Trabaja aquí mientras decide qué quiere estudiar.

Llegamos a una zona de la casa en la que hay varios guardias, ella los saluda de forma coqueta y abre una puerta que da a un salón impresionante.

—Aquí te dejo, nos vemos —se despide la chica, y cierra tras de sí lo que parece una puerta pesada y que ahora veo que es probable que esté insonorizada. Como el resto del lugar.

Cathal camina hacia mí con la confianza de alguien que pertenece a este espacio, que lo conoce hasta en la oscuridad. No lo he visto desde que hemos llegado del acantilado en el que creí que me mataría. Estaba lista para ello, lo cual me desconcierta, aunque no tanto el hecho de que el olor a cedro cuando me abrazó me hizo sentirme segura.

Miro a mi alrededor, las luces blancas iluminan el lugar sin titubeos, revelando una larga mesa contra la pared con varios blancos dispuestos al fondo.

—Aquí nadie te escuchará —dice, girándose hacia mí con una media sonrisa—. Así que no te preocupes por el ruido.

—No entiendo nada, ¿qué hacemos aquí?

—Te he dicho antes que voy a ayudarte con tu pasado, y se me ha ocurrido que pruebes a disparar, algo me dice que lo de aquel tipo no fue suerte.

Se me revuelve un poco el estómago al pensar en el hombre al que maté.

—Te daré un par de consejos básicos por si acaso no sabes, no quiero que acabes matándote —se burla, y me relajo.

Parece que está de buen humor.

Se mueve con la precisión meticulosa de quien ha enseñado esto antes, seleccionando una pistola de la mesa y comprobando el cargador antes de pasármela. Su tacto es firme cuando coloca mi mano en la posición correcta, ajustando mis dedos sobre el arma con una paciencia sorprendente.

—Apunta con calma. No fuerces la respiración. Solo suelta el aire y aprieta el gatillo al final.

Asiento, alineando la mira con el blanco más cercano. El peso en mis manos es familiar, la tensión en mi brazo algo que mi cuerpo recuerda bien, aunque yo no lo hago. Exhalo y disparo.

El impacto es limpio. Justo en el centro. No me muevo, solo ajusto mi postura y vuelvo a disparar, variando el ángulo, sintiendo la vibración en mi brazo y el eco amortiguado del disparo.

—Vaya... —Cathal murmura tras de mí, y cuando me giro, su expresión es una mezcla de sorpresa y algo más intenso—. Está claro que no es la primera vez.

Mi respuesta es encogerme de hombros.

—Probemos con una ronda de tiro en movimiento —sugiere, y no tengo idea de a qué se refiere.

Se coloca detrás de mí, muy cerca, tanto que siento el calor de su cuerpo.

—¿Qué tengo que hacer? —pregunto, tratando de concentrarme.

—Solo intenta darles a los blancos móviles —susurra contra mi oído. Su boca ha rozado levemente mi oreja y eso me ha erizado la piel de la nuca.

Joder, ¿qué está pasando? ¿Cuándo hemos pasado de llevarme a un acantilado para matarme a susurrarme cosas al oído? Y, lo más

importante, ¿cuándo ha empezado a gustarme tenerlo tan cerca?

Bueno, eso puedo responderlo, desde que lo vi. Sí, un gilipollas de manual, es lo que pensé, pero *sexy* y con ese aura de chico malo que hace que se te mojen las bragas solo de verlo.

—¿Preparada?

Asiento en respuesta y él saca un mando del bolsillo y aprieta un botón.

Comienzan a moverse una serie de blancos, unos van más altos que otros, alguno gira y yo disparo a todo lo que se mueve sin pensar. Es como si me saliera de forma natural. Cuando acaba, se dirige hacia un lateral de la sala donde van llegando todos los blancos móviles y me doy cuenta de que no solo les he dado a todos, es que les he agujereado la cabeza en el mismo punto a cada uno de ellos.

Joder.

Su mirada se oscurece por un instante, pero no dice nada. En su lugar, se acerca a un armario grande de metal a un lado de la habitación y, con un giro de llave, lo abre con lentitud. El interior es un espectáculo de acero, un arsenal ordenado y reluciente. Hay armas pequeñas, rifles automáticos e incluso un par de fusiles de francotirador con sus ópticas reluciendo bajo la luz artificial.

—Escoge uno —me dice, observándome con detenimiento, como si mi elección fuera a revelar algo más profundo de mí—. No lo pienses, solo hazlo.

Me tomo mi tiempo, recorriendo cada pieza con la mirada. Son todas armas finas, bien cuidadas, pero hay una en particular que me llama la atención. Me acerco y deslizo los dedos sobre el cañón largo de un fusil de francotirador.

—Este —digo sin dudar.

Cathal entrecierra los ojos, evaluándome, pero luego asiente con algo parecido a una sonrisa.

—Interesante elección.

Toma el arma con cuidado y la coloca sobre la mesa. La acaricia con la devoción de alguien que comprende su verdadera utilidad, y con un gesto me indica que me acerque. Me inclino, sintiendo el frío metal contra mi piel mientras me acomodo con el ojo en la mira.

—Definitivamente, hay mucho que no sé de ti —murmura, acercándose apenas unos centímetros más.

Le sostengo la mirada, sin retroceder.

—Eso es parte de la diversión, ¿no?

—Sin duda —contesta, quitándome el arma y dejándola a un lado.

Luego me coge de la cintura, me levanta y me sienta en la mesa.

—Creo que sabes manejar un arma, bueno, no solo sabes manejarla, la sientes, eso no es solo por haber practicado un poco por diversión —asegura mientras se mete entre mis piernas.

—Supongo que debo creerte, antes de ti no recuerdo haber sujetado un arma.

—Y, sin embargo, te sientes cómoda con ella, ¿verdad?

—Sí, es extraño —murmuro mientras me aparta un mechón de pelo de la cara.

Baja sus labios sin apartar la mirada, pero cuando nuestras bocas están a punto de fundirse se escucha un golpe en la puerta. Apoya su frente en la mía, con los ojos cerrados, respira hondo y se aleja de mí.

Abre y su primo Conor está en la puerta, mirando divertido cómo me bajo de la mesa y Cathal le da un puñetazo en el hombro.

—¿He interrumpido algo? —pregunta, y ninguno de los dos contesta, lo que es una respuesta en sí.

—¿Qué quieres? —lo corta Cathal.

—Las chicas ya están aquí. He supuesto que Máire debería conocerlas, ¿la has hecho firmar algo para que no se escape?

—No he firmado nada —contesto sin saber si eso era una broma.

—Oh, bueno, entonces supongo que ha sido un placer tenerte aquí —se burla.

—No le hagas caso, Máire, las chicas pueden ser un poco difíciles, pero nada que no puedas manejar.

Asiento y no contesto porque en mi cabeza solo puedo dar espacio a dos cuestiones que quiero responder: ¿cómo es que sé disparar tan bien? Y ¿a qué saben los labios de Cathal?


PACTOS
peligrosos

Capítulo 12

Máire

El aire en el salón principal está cargado de tensión incluso antes de cruzar el umbral. Puedo sentirlo en cada fibra de mi cuerpo como una corriente eléctrica que eriza mi piel. Conor camina a mi lado con ese aire despreocupado que le es tan propio, las manos en los bolsillos y una sonrisa perezosa en los labios. A él todo esto le divierte, como si estuviera a punto de presenciar un espectáculo que solo él entiende.

Pero yo sé que esto no va a ser fácil. Ya me lo ha dejado claro, lo que no sé es qué pasará si las niñas no me aceptan, ¿me echarán de aquí?

Cuando entramos en la estancia, mis ojos se posan de inmediato en las dos chicas que ocupan el sofá como si fuera un trono. Ambas tienen el ceño fruncido, los brazos cruzados sobre el pecho y la actitud desafiante de quien ha sido obligado a hacer algo contra su voluntad. A su lado, en un sillón individual, Ailis juega con el dobladillo de su falda, los pies colgando del borde del asiento. Me dedica una sonrisa tímida al verme, pero la pierde en cuanto la mayor de las dos desconocidas resopla con hastío.

—Así que tú eres la niñera —dice, arrastrando las palabras con el desdén propio de alguien que cree estar por encima de la situación.

No sé si es la fatiga de un día largo o el hecho de que llevo demasiado tiempo en este mundo para que una preadolescente me intimide, pero no me molesto en corregirla. En cierto modo, tiene razón.

—Me llamo Máire —respondo con calma—. Y, por lo que sé, vosotras sois Catriona y Fiona.

Me he arriesgado a averiguar quién es quién y creo que he acertado porque no me corrigen.

Fiona ladea la cabeza, evaluándome con una mirada afilada. Se parecen, las dos. Cabello oscuro, ojos claros, la misma expresión

altiva y herida a partes iguales. No me hace falta que Cathal me lo diga para saber que han tenido que crecer demasiado rápido.

—No necesitamos que nadie nos cuide —dice Catriona, la menor, pero con el mismo tono cortante de su hermana—. Nos las apañamos solas.

Conor suelta una carcajada, como si le divirtiera la escena. Me gustaría fulminarlo con la mirada, pero sé que solo haría que se riera más.

—Eso está por verse —responde una voz grave desde la puerta.

Cathal.

La presencia de Cathal llena la habitación sin esfuerzo, imponiéndose incluso sobre la hostilidad de las niñas. Se detiene junto a mí, deslizando la mirada de una a otra, midiendo la situación. Catriona y Fiona se tensan apenas un segundo antes de recomponerse, pero Cathal lo nota. Y yo también.

—Os hemos sacado del internado por una razón —continúa él, cruzándose de brazos—. Sé que no os gusta, pero esto no es negociable.

—No me importa por qué lo has hecho —espeta Fiona—. No tenías derecho a decidir por nosotras.

Cathal suspira. No está enojado, no del todo, pero tampoco cederá. Lo poco que lo conozco me dice que no lo hará.

—Soy lo único que os queda junto con vuestro tío Conor —dice con simpleza—. Así que sí, tengo derecho.

Las palabras son un recordatorio, uno que las niñas no necesitan. La tensión en sus mandíbulas se endurece, pero ninguna replica. Solo se hunden más en el sofá, como si quisieran desaparecer en él. Ailis, en su sillón, se retuerce incómoda.

—Al menos podrías habernos dejado acabar la semana —murmura Catriona, sin mucha esperanza.

—No podía arriesgarme —es su única respuesta.

Silencio. La herida sigue abierta, fresca, y no va a sanar con un par de palabras. Lo único que puedo hacer es estar aquí.

Finalmente, Cathal se vuelve hacia mí.

—Máire estará con vosotras todo el tiempo. —Su tono es definitivo —. Os guste o no.

Fiona me lanza una mirada de puro desdén.

—¿Y qué va a hacer si no nos gusta? ¿Atarnos a la cama?

—Puedo considerarlo —digo con una sonrisa serena.

Conor se ríe abiertamente y, por primera vez, veo que a Cathal también se le mueve la comisura de los labios, aunque su expresión se mantiene seria. Las niñas no comparten el humor, pero tampoco replican. Todavía están calibrándome, decidiendo cuánto pueden desafiarme. No me molesta. Con el tiempo entenderán que estoy aquí para ellas, aunque no lo quieran ahora.

Ailis se levanta y se acerca a mí, rodeándome la pierna con sus pequeños brazos. Es un gesto silencioso, pero suficiente. No estoy sola en esto.

—Vamos a daros un margen —anuncia Cathal con la voz grave y decidida—. Pero mañana espero que os comportéis.

Fiona resopla, Catriona cruza aún más los brazos. No prometen nada, pero tampoco dicen que no.

Y, por ahora, eso es suficiente.

—¿Te enseño mi habitación? —pregunta Ailis, y la cojo en brazos.

—Claro, déjame adivinar, ¿es rosa?

Se amplían sus preciosos ojos y me rio.

—¿Cómo lo has sabido?

—Porque es una bruja —murmura una de las niñas.

—Fiona —la reprende Cathal.

—Has dicho que nos dabas de margen hasta mañana —sale en su defensa Catriona.

Conor se ríe, Cathal le da una mala mirada mientras suspira y yo las ignoro. Sí, tienen hasta mañana, que lo disfruten porque no voy a dejar que me toreen. Si mi estancia en esta casa depende de que mantenga mi puesto, pueden asegurarse de que atarlas a la cama es una opción más que viable para mí.

—¿Me contarás un cuento antes de dormir? —pregunta en un murmuro Ailis, como si no quisiera que las otras se enteraran.

—Por supuesto, me sé uno en el que la princesa se llama Ailis.

—¿De verdad?

—Claro, y es tan bonita como tú.

Por un momento levanto la vista y veo que Cathal nos observa con una mirada intensa que hace que se me erice la piel, no dice nada, pero sus ojos prometen mucho, y yo estoy deseando ver si es verdad.


PACTOS
peligrosos

Capítulo 13

Máire

Me despierto a las seis y voy a la cocina. Este lugar es enorme y por un momento me desoriento, pero Lydia me encuentra y me ayuda a llegar.

De camino vemos por las ventanas a los hombres entrenar, llueve un poco, pero eso no parece importarles, están trotando a un paso firme como una unidad militar.

Siento un pinchazo en mi cabeza, un destello de risas femeninas en mi mente. Pero se van tan rápido como ha llegado.

—¿Estás bien? —pregunta Lydia a mi lado.

—Sí, solo es que me sorprende lo coordinados que están —miento, señalando hacia fuera.

Ella sonríe y veo en sus ojos que le interesa algún soldado de los que vemos.

—El señor es muy estricto con eso, todos aquí saben defenderse en caso de necesitarlo. Incluso yo di un curso acelerado para aprender a disparar.

—¿Cathal te enseñó a usar un arma? —pregunto, tratando de ocultar la decepción de no ser especial.

—Qué raro se me hace que lo llames así, nadie lo llama por su nombre salvo su familia —suelta, y me doy cuenta de que nunca me ha corregido, ni siquiera cuando descubrí que él era el dueño de la mansión de Dublín y no un empleado más—. Y no, él nunca se encarga de eso, tiene a otros que nos instruyen y nos dan repasos de vez en cuando.

Me siento extrañamente feliz de sus palabras.

—¿Y has tenido que disparar a alguien?

—De momento no, y espero no tener que hacerlo, todos sabemos a lo que se dedican por aquí y no lo juzgo, pero yo quiero hacer otra cosa con mi vida.

—¿Ya sabes qué?

—Ni la más remota idea —suelta, y no reímos mientras emprendemos la marcha de nuevo hacia la cocina.

Miro una última vez por la ventana y me sorprende ver a Cathal entrenando con sus hombres. Es uno más, ni me había dado cuenta de que estaba ahí. De pronto, él se gira y nuestras miradas se cruzan. O no, ha debido de ser una coincidencia.

—Buenos días —exclamo al entrar en la cocina.

Ahí solo hay una mujer mayor que debe ser la abuela de Lydia.

—Es bueno ver que la juventud sabe lo que es madrugar. —Sonríe la anciana—. Bienvenida, soy Clairence, aunque aquí todos me llaman Nana.

Frunzo el ceño.

—Es la palabra que se usa por aquí para decir abuela —aclara Lydia, y le sonrío en agradecimiento.

—¿Y qué te trae por aquí? —pregunta Nana mientras me sirve una taza de café y pone un bol con azúcar a mi lado.

—Voy a estar cuidando de las niñas.

No me extiendo demasiado porque no sé qué más tendré que hacer. Anoche, después de que me las presentaran, fui con Ailis a su habitación, le leí un cuento y cuando se durmió me fui directa a la cama. Aunque estaba sola me sentía observada, he visto alguna cámara y creo que en la habitación de la niña hay. Espero que en la mía no.

—Son encantadoras cuando se dejan conocer —aclara la anciana.

—¿Y si no se dejan?

—Ha sido un placer haberte conocido —suelta, y me río.

Está claro que Conor pasa tiempo por aquí.

—Mi abuela crio al señor y a su primo, también al padre de las mellizas hasta que…

—Era un buen hombre y amaba a esas niñas —interviene la abuela.

Está hablando del hermano mayor de Conor. Por lo que me cuentan a continuación, los tres debieron de crecer unidos, como hermanos y no solo como primos. El padre y el hermano de Conor fallecieron en un accidente.

—Bríd, la madre de Conor, no volvió a ser la misma —explica Nana —. El año pasado una enfermedad se llevó al padre de Cathal, y su madre, Deirdre, decidió que no podía seguir aquí, así que convenció a su cuñada de ir a ver mundo.

Asiento porque lo entiendo. Yo tampoco sé si podría volver al lugar en el que fui feliz sabiendo que la persona que amaba ya no está. Eso me hace pensar en el pasado que no conozco, ¿hay alguien sintiéndose así por mí? ¿Todavía me recuerdan o no fui lo suficientemente importante para nadie?

Al final el dicho es cierto, vivimos hasta que alguien pronuncia nuestro nombre por última vez.

Pasamos el rato charlando mientras ayudamos a hacer el pan y a empezar a preparar la comida. El asado de hoy se cocina a fuego lento durante horas y lleva una cantidad de patatas enorme. Para cuando me quiero dar cuenta son las nueve.

—Vaya, todavía sigues aquí —se queja Catriona, entrando a la cocina con Fiona.

Pensaba que una era mayor que la otra, pero son mellizas. Se acercan a Nana y le besan la mejilla con ternura. Definitivamente no pueden ser malas, solo están protegiéndose.

Ailis entra en la cocina con una sonrisa radiante y besa a Nana justo antes de venir hasta mí y hacer lo mismo. Es una niña adorable a la que estoy cogiendo cariño con mucha rapidez.

—Bien, después de desayunar haremos algo fuera —les aviso, y las mellis ruedan los ojos mientras que Ailis aplaude feliz.

Espero a que se coman todo y sin decirles nada lo recogen y dejan el lugar como si nunca hubieran estado allí. Me impresiona de unas niñas tan pequeñas.

Nos despedimos de Nana después de que me indique dónde podemos ir para lo que tengo en mente y nos ponemos en marcha.

Me esfuerzo en mantener una sonrisa mientras camino por el sendero de grava con Ailis pegada a mi lado, aferrada a mi mano como si temiera que desapareciera en cualquier momento.

A unos metros de nosotras, Catriona y Fiona caminan a su propio ritmo, apenas disimulando su disgusto por estar aquí conmigo. No han dicho mucho desde que salimos, salvo las respuestas cortas y

frías a mis intentos de conversación. La tensión en sus hombros y la forma en que intercambian miradas de complicidad me dicen todo lo que necesito saber: no quieren estar aquí, y menos aún conmigo.

—¿Qué hacemos primero? —pregunto con optimismo, mirando a las mellizas.

—Lo que quiera Ailis —responde Fiona con desinterés, girando la cabeza hacia su hermana, como si ya estuviera cansada de todo esto.

Catriona asiente con la misma falta de entusiasmo y cruza los brazos. No me sorprende, pero duele de todos modos. Sus ojos oscuros me observan con una mezcla de desafío y resignación, como si estuviera esperando a que me rinda y deje de intentar acercarme a ellas.

Ailis, en cambio, no parece notar la tensión. Salta con entusiasmo y tira de mi mano, su carita iluminada con una sonrisa inocente.

—¡Vamos a los columpios! —exclama con la emoción desbordando en su voz.

Tenía pensado hacer algo de jardinería, pero como parece que no me van a dar tregua, me guardo esto para más adelante, asiento y la sigo, apreciando la mirada de las mellizas clavada en mi espalda. Me esfuerzo en ignorarlo mientras empujo con suavidad a Ailis en el columpio, su risa llenando el aire. Su felicidad es contagiosa, pero cuando miro de reojo a Catriona y Fiona, solo veo sus expresiones apáticas, sus miradas fijas en sus teléfonos.

No sabía que tenían uno y no me gusta que me ignoren por estar jugando con ellos. Tendré una conversación con Cathal al respecto, pero por hoy lo dejo pasar.

Decido darles su espacio. Quizás si dejo de presionar bajen la guardia. En cambio, me concentro en Ailis, quien sigue parloteando sobre los animales que vio en el zoológico en Dublín y cómo quiere un tigre de mascota.

No habla de lo que pasó a posteriori, es como si lo hubiera borrado de su mente.

Después de un rato, Ailis decide que quiere ir a regar las plantas. Mientras la ayudo a quitarse los zapatos, noto que Catriona y Fiona al fin han guardado sus teléfonos y están observando con atención.

—¿No queréis intentarlo? —pregunto con cautela, manteniendo mi voz casual.

Fiona resopla, pero hay un atisbo de duda en sus ojos. Catriona sigue mirando el agua, sus labios apretados.

—Es para niños pequeños —dice finalmente, aunque su tono no es tan firme como antes.

Y entonces recuerdo que Ailis me contó sobre su abuelo y cómo amaba las plantas.

—¿También os enseñó el abuelo de Ailis a amar las plantas? —pregunto, tratando de tener una conexión.

Ailis riega con una manguera, riendo a carcajadas, y veo cómo las mellizas la observan con una pizca de nostalgia, como si recordaran la época en que ellas también disfrutaban de cosas tan simples sin preocuparse por parecer infantiles.

Sin decir nada más, me quito los zapatos y camino hacia Ailis, dejando que el agua fría moje mis pies. Su risa se eleva aún más y me lanza un chorro con las manos, salpicándome. Pongo una expresión fingida de sorpresa y la persigo para quitarle el agua, provocando más carcajadas.

Miro de reojo y veo cómo Fiona y Catriona intercambian miradas. Es apenas un segundo, pero noto la pequeña grieta en su indiferencia. Y cuando, después de un minuto, Fiona se acerca con una sonrisa casi imperceptible y murmura «Supongo que un poco de agua no nos matará», sé que he dado un pequeño paso en la dirección correcta.

Para cuando Cathal y Conor nos encuentran, estamos mojadas de arriba abajo y llenas de barro.

—Es hora de comer, aunque supongo que antes deberíais ir a cambiaros —nos dice Cathal, mirándonos una a una tratando de contener una sonrisa.

Está relajado y me gusta verlo de esa manera.

—Creo que es el momento de un abrazo familiar —suelto, y las niñas, llenas de barro, corren hacia Cathal y Conor, los cuales las esquivan para evitar acabar igual de manchados que ellas.

—Si me ensucian serás la responsable —me advierte Cathal, y me pongo delante de él cuando las niñas tratan de acercarse.

—Tiene razón, no podemos mancharlos —les digo, dándole la espalda a Cathal, por lo que no ve la sonrisa traviesa que hay en mi cara.

Antes de que pueda darse cuenta, me giro y lo abrazo. Lo hago sin pensar. Las risas de las niñas y la de Conor llenan el aire, hasta que levanto la vista y mis ojos se cruzan con los de Cathal.

Voy a separarme, pero él se da cuenta y me retiene entre sus brazos. Mi respiración se acelera y mi boca se seca.

—¿Lo siento?

—Oh, *mo Stailcín*, lo vas a lamentar, eso te lo aseguro.


PACTOS
peligrosos

Capítulo 14

Cathal

Suelto a Máire en cuanto me doy cuenta de que se ha hecho el silencio a nuestro alrededor. Por un instante me he olvidado de que no estábamos solos, ¿cómo me ha podido pasar eso?

—Id a cambiaros, tenemos que comer ya, Conor y yo nos marchamos esta tarde —les aviso, y las tres saben que no deben preguntar más.

Máire me mira queriendo hacerlo, pero finalmente se va de la mano de mi hija y yo me quedo allí, duro como un puto adolescente y lleno de barro.

—¿Te la vas a machacar en la ducha pensando en ella? —pregunta mi primo, y en respuesta me agacho, cojo la manguera y lo mojo entero.

Una vez que las niñas, Conor y yo estamos en la mesa, me doy cuenta de que falta el cubierto para Máire.

—¿Dónde está? —pregunto a una de las chicas del servicio, que parece haber hecho buenas migas con ella. Es la nieta de Nana, pero no he tenido mucho trato con ella.

—Creo que en la cocina.

—¿Y qué hace allí? —Mi tono la pone claramente nerviosa.

—Eh... usted dijo que hoy… que no habría nadie más que la familia y…

—Dile que venga —la corto, y ella desaparece.

Conor me mira alzando las cejas y yo entrecierro los ojos para que no suelte ningún comentario. Sí, hemos decidido comer a solas con las chicas porque los hombres están preparando todo para el viaje, estaremos fuera varios días y no sabemos si volveremos con vida. Lo que tengo claro es que el clan de los McKenna va a entender que con nosotros no se juega.

Máire aparece por la puerta del servicio y la chica la sigue con un plato, cubierto y un vaso.

—¿Me has llamado? —pregunta algo confundida mientras preparan su sitio.

—Siéntate con nosotros, por favor —le pido, indicando con la mano el lugar que le han preparado en esta mesa redonda, justo al lado de Ailis.

Lo hace con cautela y no me pasa desapercibida la forma en la que las chicas la miran.

Nos sirven el asado y comienzo a comer esperando a ver quién es la primera en hablar. Como siempre, Catriona no me decepciona y comienza.

—¿De verdad os vais a ir y nos dejáis con esta?

Voy a replicar, pero Máire se adelanta.

—Esta tiene nombre, y supongo que si deben marcharse a trabajar la respuesta es sí, os quedáis conmigo.

—¿En serio crees que se van por negocios? —interviene Fiona—. No van a regresar, he oído que…

—Fiona —la reprendo al ver que Ailis coge con su manita la mía encima de la mesa.

—Papá, ¿vas a volver?

—Siempre, pequeña —le aseguro.

El resto de la comida es un torpe intento de crear un recuerdo bonito, por si es el último. Máire se da cuenta y no para de hacer payasadas que hacen que Ailis se ría a carcajada limpia. Cuando mi hija se levanta para ir al baño antes del postre, estoy a punto de echarles la bronca cuando Máire comienza a hablar.

—¿Se puede saber qué os pasa a vosotras dos? —pregunta observando a ambas, que la miran sorprendidas por el tono—. Sí, es una mierda que vuestro padre muriera, de eso no cabe duda, pero no es razón para hacer sufrir a la pequeña. Y también os digo una cosa: no estáis solas. Tenéis una familia que os quiere, una que se va a ir a la guerra para que podáis tener paz. Así que, por favor, dejad de ser niñas malcriadas y aprended a valorar lo que hacen por vosotras o lo lamentareis cuando falten y ya no podáis agradecer nada.

Ambas niñas la miran sin decir nada.

—Se tenía que decir y se dijo —suelta Conor justo cuando Ailis aparece de nuevo. El ambiente es tenso y mi hija no es tonta.

—¿Qué pasa? —pregunta mientras vuelve a subirse a la silla.

—Que el tío Conor insiste en que es mejor un Pegaso que un unicornio —dice Fiona, y Catriona asiente respaldándola.

Las miro y me doy cuenta de que están tratando de desviar el tema. Sonrío. Y con este debate acabamos la comida. Dejando claro que los unicornios siempre serán mejores que los pegasos.

Una vez que me he despedido de las chicas me dirijo hacia la entrada, los hombres nos esperan ahí para dirigirnos a un almacén que tenemos en las afueras, donde cambiaremos los coches y nos terminaremos de organizar. No sé los días que nos llevará esto, pero no podemos apresurarnos si queremos hacerlo bien.

Levanto la vista y veo a Máire apoyada en la puerta, esperándome. Sonrío.

—¿Ya os vais? —pregunta, y asiento.

—Gracias por lo de antes, las chicas necesitan de vez en cuando oír las cosas.

—Ha sido un placer —replica, y mira al suelo, nerviosa.

—¿Necesitabas algo?

—Yo… es solo que… Este trabajo, ¿es realmente tan peligroso?

—Sí, aunque no tengo intención de dejar que mi hija se crie sola —le aclaro.

Se muerde el labio y me encanta ver que está preocupada por mí.

—Entonces, ten cuidado, ¿vale?

Se aparta un mechón de pelo y decido que, si va a ser la última vez que la vea, va a merecer la pena.

Paso mi brazo por su cintura y la arrastro hacia mí. Bajo mi boca sobre la suya, sin dejar de mirar sus ojos del color de la tierra mojada, y la beso. Al principio despacio, disfrutando, pero después con ganas de querer fundirme con ella.

Joder, no sabía cuántas ganas tenía de saborearla hasta que lo he hecho.

Meto mi muslo entre las suyas y la muevo con ligereza, ella jadea y sé que le gusta porque noto cómo monta mi pierna. Joder, quiero meterme muy profundamente dentro de ella. Me clava las uñas en la

nuca y estoy a punto de mandar a la mierda la misión solo por llevarla a mi cama y follármela hasta que ninguno de los dos pueda caminar.

—Siento molestar, pero tenemos que irnos —suelta mi primo detrás de mí, y cuando miro a Máire el rojo cubre su bronceada piel.

Bajo mis labios a su cuello y lo recorro con la lengua hasta llegar a su oreja.

—Espérame —le susurro, y ella asiente.

Me aparto y la beso con rapidez una vez más antes de salir y subirme a uno de los todoterrenos que hay en la entrada. Miro una última vez y veo que Máire está en la puerta. Ailis aparece y la coge en brazos. Catriona y Fiona a cada lado. Joder, se me encoge el pecho. Quiero volver solo para poder disfrutar de mis chicas, de todas ellas, y el hecho de que incluya a Máire solo me confirma que no va a ser solo el polvo de una noche.

Aunque para eso tengo que volver vivo.

∞∞∞

Me gustaría decir que todo está bajo control, que tengo un plan perfecto, digno de un maldito genio del crimen. Pero la verdad es que estamos reunidos en este piso franco destartalado, rodeados de armas, mapas y cajas de munición mientras Conor come cereales directamente de la caja y Keyran y Keanan discuten sobre qué *whisky* deberíamos abrir primero.

—No podemos beber ahora —digo, cruzándome de brazos.

—Claro que sí, somos irlandeses —replica Keyran con su eterna sonrisa de cabrón encantador.

—¿Y? —Alzo una ceja.

—Que es científicamente imposible trazar un plan de ataque en Irlanda sin *whisky* de por medio. Es como cocinar sin sal —interviene Keanan, que ya está sirviendo tres vasos.

Conor asiente con la boca llena de cereales.

—¡Exacto! Tienen razón, Cathal. —Señala con la cuchara el mapa extendido sobre la mesa—. Mira eso, parece un maldito sudoku en llamas. Un trago nos aclarará las ideas.

—Nos aclarará una mierda —resoplo, pero cojo el vaso de todas formas. Lo que sea para evitar otro debate etílico.

La realidad es que necesito su ayuda, aunque admitirlo me duela en el orgullo. La guerra con los McKenna no puede esperar más y ellos son los únicos en los que confío para esto.

—Está bien —suspiro, bebiendo un poco—. ¿Cuántos hombres podéis conseguir?

—Depende de si los queremos vivos al final de la noche —dice Keanan con una sonrisa lobuna.

—No quiero una carnicería. —Lo miro fijamente—. Quiero una ejecución limpia.

Keyran da un golpecito en la mesa con el vaso.

—Tranquilo, estratega, lo haremos a tu manera. Aunque tengo que decir que me decepciona un poco que no nos dejes volar nada por los aires.

—No quiero huir de una explosión, Keyran. Esto no es una película de acción.

—¿Y si ponemos una explosión controlada? —sugiere Conor, que ya ha dejado la caja de cereales y está dibujando lo que parece ser un hombre de palitos con una granada en la mano.

—No hay explosiones —gruño—. Solo entramos, matamos a los cabrones necesarios y dejamos claro nuestro punto.

Keyran y Keanan intercambian una mirada.

—Nos estás quitando toda la diversión, Cathal.

—Y la dignidad, no olvides la dignidad —añade Conor.

Me paso la mano por la cara. No sé en qué momento me convertí en el niñero de este grupo de maníacos, sin embargo, aquí estamos.

Keyran y Keanan son familia, de esa loca que no ves a menudo, pero por la cual darías la vida. De hecho, deberíamos haberlos ido a visitar cuando estuvimos en Dublín, Keyran tiene unos viñedos por allí impresionantes, y su mujer, Texas, es el tipo de persona que quiero que admire Ailis.

—¿Estás pensando en tu chica? —suelta Conor de pronto, y gruño.

Keyran y Keanan se yerguen en sus sillas y me paso una mano por la cara, no van a dejar pasar el chisme.

—¿Qué chica?

—Nadie, Conor es un idiota —trato de desviar el tema, pero no me creen ni por asomo.

Sobre todo cuando mi primo se convierte en la vieja del visillo y empieza a contarles todo.

—¿Así que esta es la que nos dijiste que no tenía pasado? —murmura Keanan, y Conor asiente.

Una vez que terminan su charla de viejas, los tres me miran esperando que contribuya con algo que no sepan.

—¿Y bien? —inquiere Keanan.

—No hay mucho más que contar, mi primo ya os ha dicho todo. Está buena, me la quiero follar, hasta ahí llega todo.

Keanan alza las cejas.

—¿Qué? —pregunto para que deje de mirarme así.

—Nunca mezclas a las mujeres que te follas con tu hija o con tus sobrinas.

En eso tienen razón, sin embargo, con Máire ha sido algo natural.

—Es que no me la iba a follar, de hecho, no ha sucedido, Ailis le ha cogido cariño, eso es todo.

—Si hubierais visto como casi se lo montan en la entrada de casa… —se burla Conor—. Le he pedido a la de la limpieza que le dé con lejía a la puerta, no os digo más.

—Está bien, enfoquémonos en el plan. —Doy un golpe en el mapa —. Entramos por la parte trasera del almacén de los McKenna a las dos de la mañana. Habrá dos guardias en la puerta y al menos cuatro más patrullando.

Los tres me miran, pero deciden que esta conversación será para otro momento.

Cuando Keyran decidió que quería secuestrar a una mujer para enamorarla y luego resultó que no le gustaba tanto como él pensaba, yo fui un poco gilipollas. Y no tengo duda de que me la va a devolver con Máire.

—¿Sabes cuántos hombres habrá dentro? —pregunta Keanan, poniéndose más serio.

—No con exactitud. Pero según mis fuentes, los McKenna no esperan un ataque esta noche.

Keyran sonríe como un diablo.

—Eso nos da ventaja.

—Exacto. Necesitamos tres grupos: uno para entrar sigilosamente, otro para vigilar las salidas y un tercero para asegurarse de que ningún cabrón escapa con vida.

Conor levanta la mano como un niño en el colegio.

—Yo quiero estar en el grupo de la acción.

—No hay un grupo de la acción, todos vamos a la acción.

—Me gusta como suena eso. —Keanan se estira como si estuviera calentando para un partido de *rugby*—. Es bueno hacer ejercicio.

—¿Ejercicio? —resoplo—. No es ejercicio si le disparas a alguien en la cara, Keanan.

—Depende de la fuerza con la que aprietes el gatillo —dice, encogiéndose de hombros.

Miro a Keyran, esperando que al menos él se lo tome en serio. Pero me está mirando con una sonrisa de medio lado.

—¿Qué? —pregunto.

—Nada, nada. Solo estaba pensando en lo interesante que sería ver a los McKenna suplicando cuando aparezcamos de la nada. A Texas le hubiera encantado venir, pero mi hija ha decido liarla de nuevo.

—No vamos a torturarlos, Keyran.

—¿Y si los torturamos un poquito?

—No.

Él levanta las manos en señal de rendición.

—Está bien, está bien. Todo sea por tu pequeño y adorable código de honor.

—No tengo un código de honor.

—Pues podrías intentarlo, te haría parecer menos un cabrón estresado.

Conor se ríe, Keanan sonríe y yo me pregunto por qué demonios decidí contar con ellos. Aunque, en el fondo, lo sé. Son los mejores. Si alguien puede ayudarme a destrozar a los McKenna son ellos.

Miro el reloj.

—Queda una hora. Revisad las armas, los chalecos y aseguraos de que todos nuestros hombres saben qué hacer. Esta noche los McKenna van a aprender lo que es el miedo.

Y con eso, la reunión termina. Keyran se estira, Keanan revisa su pistola y Conor vuelve a meter la mano en la caja de cereales. Estos son los hombres que me van a ayudar a ganar esta guerra.

No sé si eso es alentador o aterrador.


PACTOS
peligrosos

Capítulo 15

Máire

Han pasado diez días desde que se fueron y no hemos tenido noticias de ellos más allá de lo que nos dicen los hombres que se han quedado cuidando del recinto.

Lydia me ha explicado que es habitual, no hay llamadas ni nada similar para evitar fugas de información; las niñas están acostumbradas, aunque no por ello es menos duro. Sobre todo para Ailis, que cada noche me pregunta si su padre volverá.

Respiro hondo, espero que lo haga, el beso que me dio removió demasiadas cosas dentro de mí como para quedarme con ellas dentro.

Hoy las chicas quieren ir a un centro comercial, no me hace demasiada gracia exponernos tanto, pero no han dicho que no podamos salir, así que Killian, el jefe de seguridad, prepara todo para un día de chicas en la ciudad.

—Molly nos está esperando allí ya —refunfuña Catriona mientras Fiona le pide al conductor que acelere.

Por suerte, Ailis ha decidido quedarse con Nana haciendo pasteles, así que puedo centrarme en estas dos.

No son malas chicas, un poco perras, pero las mejores lo son.

—Si queréis podemos darnos la vuelta y regresar a casa, así no llegareis tarde, simplemente no llegareis —suelto, cansada de escucharlas quejarse.

—Eres odiosa —sisea Catriona, y sonrío.

—Sí, y me encanta.

Killian sonríe tras el volante y yo me dedico a observar los maravillosos paisajes que me rodean.

Me gustaría saber si alguna vez estuve aquí antes, en Irlanda, y si no lo hice si quería venir. Está claro que esta tierra me trae una paz y una tranquilidad que no puede ser cosa de ahora.

En mi mente aparece la imagen de Cathal y me doy cuenta de que me empecé a sentir de esta manera desde que lo conocí.

Para cuando aparcamos en el centro comercial, ya he oído tantas veces que de mayores se tatuaran que reviso con mi móvil si hay algún tatuador en el lugar. Lo hay, en la zona donde están un par de dentistas, pero en su web aseguran que no se tatuarán a menores ni con consentimiento paterno o materno. Bien.

Sigo a las chicas con Killian a mi lado, ellas tratan de mantenerse unos pasos por delante y dejo que lo hagan. Una chica regordeta, que viste ropas anchas, las espera en la primera tienda de bolsos que hay y las tres entran sin pedir permiso o saludar.

—Supongo que esa es Molly —suspiro, y Killian sonríe.

Es un hombre que bien podría ser mi padre por la edad, y tiene una nieta de la misma edad que las chicas.

—Sí. Es hija de uno de los hombres del jefe, puedes relajarte.

Lo dice y lo hago. El sitio está cubierto. Killian va a mi lado, pero hay tres hombres más revisando la zona y asegurándose de que no hay peligro. Cathal no deja nada al azar.

Cathal. ¿Qué estará haciendo? ¿Irá todo bien?

Mierda, Máire, céntrate en el aquí y ahora.

Lo intento, pero al pasar por una perfumería una mujer nos entrega una muestra de colonia para hombre que huele a cedro, ¿en serio? El universo es un tocapelotas.

Para la hora de comer ya quiero volver a casa, pero por lo visto las chicas tienen otros planes. Le mando un mensaje a Lydia que me asegura que por la casa está todo bien. Una foto de Ailis y Nana riendo mientras se comen un trozo de tarta antes de la comida me indica que he elegido el plan perdedor.

Entramos a una hamburguesería que es, según las chicas, y cito textualmente, «el local en el que todo el mundo quieres que te vea». No sé, a mí me parece un sitio corriente, cutre si me apuras. Es como una maña versión de un pub irlandés un domingo a las doce de la mañana. Solo falta que sobre el serrín del suelo haya borrachos para clavarlo. Por supuesto, no nos sentamos juntas, ellas deciden tomar una mesa sola mientras Killian y yo nos ponemos en la barra y las vigilamos.

—Estás mirando demasiado. —Levanto una ceja mientras le doy un mordisco a mi hamburguesa.

—No estoy mirando, estoy evaluando. —Killian no aparta los ojos de la mesa dos filas más adelante.

Sigo su mirada y, efectivamente, ahí están Catriona, Fiona y Molly, cada una con una hamburguesa en la mano y una expresión que grita «estamos planeando algo». Lo noto en la forma en la que se inclinan hacia adelante cuando hablan, en cómo cuchichean con los ojos brillando de emoción, en la manera en que Fiona mira a su alrededor como si estuviera a punto de robar un banco.

—Dios mío, están tramando algo —murmuro, bebiendo de mi refresco.

—Obvio. —Killian suena entretenido—. Mira a Fiona, no puede disimular ni aunque su vida dependiera de ello.

Fiona es la peor mentirosa de Irlanda. Cada vez que intenta hacer algo sospechoso, parece que tiene un tic nervioso. Y ahora mismo, con su mirada esquiva y su pierna rebotando contra el suelo, podría llevar un cartel luminoso que diga «algo se cuece aquí».

—¿Crees que debería preocuparme?

—Probablemente.

Entonces, sucede.

—Voy al baño —anuncia Catriona con una voz exageradamente casual.

Nadie en la mesa le responde, solo asienten con la boca llena, y eso me pone aún más alerta.

Killian y yo la seguimos con la mirada mientras se levanta con su bandeja y se aleja en dirección a los baños.

No vuelve.

—Una menos —murmura Killian, entretenido.

Apenas pasa un minuto cuando Fiona deja su hamburguesa a la mitad y también se pone de pie.

—Yo también voy.

Molly se atraganta un poco con su refresco y asiente demasiado rápido. Todo es sospechoso.

—¿Quieres apostar cuánto tarda Molly en irse al baño? —le pregunto a Killian mientras Fiona desaparece en la misma dirección.

—Menos de dos minutos.

—Uno y medio.

Seguimos comiendo, observando a Molly. La pobre está visiblemente nerviosa, mordisqueando una patata frita sin ganas, moviendo el vaso de un lado a otro como si fuera un inquietante metrónomo.

Tic, tac.

En cuanto pasan noventa segundos, Molly se levanta tan rápido que casi tira la bandeja.

—Bueno, yo también… ya sabes.

Killian y yo nos miramos.

—Y se va la tercera.

Molly desaparece y ahora la mesa de las conspiradoras está completamente vacía. Me reclino en mi asiento con una sonrisa divertida.

—Esto ha sido divertido —comento—. Como ver a un grupo de patos intentando planear una fuga. ¿Dónde crees que van?

Killian asiente.

—Son adorables cuando creen que pueden engañarte. Hay una salida trasera. Mis hombres me han avisado de que Fiona y Catriona están allí —contesta, y recuerdo que lleva un pinganillo de esos en el oído por donde supongo que lo informan de todo.

Nos quedamos unos segundos en silencio, observando la mesa vacía y las hamburguesas a medio comer. Finalmente, suspiro.

—Voy a ver qué están tramando.

Killian ni siquiera intenta detenerme. Sabe que, si no voy ahora, lo haré en cinco minutos.

Me levanto con calma y camino en dirección a los baños, pero en cuanto llego a la esquina cambio de rumbo hacia la salida lateral del centro comercial. Porque no soy idiota.

Salgo y, ¿adivina qué?

Ahí están.

Las tres caminan aparentando normalidad y entran en uno de los dentistas. Frunzo el ceño confundida. Las sigo y veo a uno de los hombres de Cathal pasar, supongo que irá a cubrir cualquier puerta trasera.

Miro por la puerta, a cierta distancia, para ver qué hacen. Hablan con la recepcionista, le entregan algo, una tarjeta de presentación.

No entiendo nada. Sigo vigilando y entonces Fiona saca un fajo de billetes del bolso. Suspiro y me cruzo de brazos, ¿en qué demonios están estas tres metidas?

Mi teléfono vibra y lo miro. Es un mensaje de Nuala. Me dice que la operación ha salido bien y que ya están esperando a que despierte. Mierda, no me acordaba de que era hoy.

Para cuando levanto la vista, las chicas ya no están en la recepción, joder. Entro sin pensar y voy hacia donde escucho las voces de las chicas. La recepcionista trata de pararme, pero la ignoro. Abro la puerta y las encuentro a las tres con un hombre de mediana edad con bata de médico.

—Vale, genios criminales, ¿qué estáis haciendo?

El grito que pegan es casi cómico. Fiona se tropieza con sus propios pies, Catriona deja caer el móvil y Molly parece que se va a desmayar.

—¡Mierda, Máire! —Catriona se lleva una mano al pecho—. ¿Cómo demonios nos encontraste?

—No estoy ciega.

—Pensamos que no te darías cuenta tan pronto… —murmura Molly.

—Eso es adorable.

Las tres me miran con una mezcla de frustración y resignación. Al final, Catriona suspira.

—Esto no es asunto tuyo.

Alzo una ceja.

—Contadme lo que ocurre y yo lo decidiré.

Las tres se quedan calladas, el tipo me mira con cara de que no me quiere allí. Miro a mi alrededor y me doy cuenta de que la silla no es de dentista, tiene unos cacharros de esos donde se ponen los pies cuando vas al ginecólogo. Esto no me gusta. Miro el instrumental y me recorre un escalofrío.

—Habláis ya o llamo a Cathal —las amenazo.

—Sabes que no puedes.

—Créeme, una foto de este sitio y será él quien llame.

Saben que es cierto. No tenemos comunicación, lo que no quiere decir que no sepan lo que pasa con nosotras, y si quiero hacerle

llegar algo sé que Killian me ayudaría.

—¿Qué es todo esto? —Entra el hombre arma en mano, como si hubiera escuchado mis pensamientos—. Si ibas a hacerle algo a las chicas, eres un jodido hombre muerto.

Lo blanco que se queda el tipo me dice que se acaba de dar cuenta de con quién se mete.

—Lo siento, no sabía que ellas… Yo no… De verdad, toma el dinero e iros.

Saca el fajo que he visto antes y me lo entrega. Miro a las chicas y están abrazadas.

—¿Se puede saber para qué es este dinero? —les pregunto ya cabreada.

Entonces Fiona me mira y lo suelta.

—Para abortar.

Mierda, creo que voy a vomitar.


PACTOS
peligrosos

Capítulo 16

Cathal

Esta noche es la noche, nos lo jugamos todo, y no puedo estar mejor acompañado. Miro a Keanan, que habla con su rusa mientras Keyran lo hace con su mujer, Texas. Ellas también son una fuerza a tener en cuenta. Han pasado años desde que la conocí y cada día la admiro más. Aunque para estar en la vida de estos dos pirados hace falta una mujer con ese carácter. Todavía no sé cómo siguen vivos después de decidir que vivirían en Dublín a pesar de que ese no es mi territorio. Supongo que el trabajo que hacen para Callum O'Sullivan es lo bastante bueno como para que los deje vivir allí sabiendo que son parte de mi clan.

La brisa nocturna arrastra el olor a sal y pólvora mientras mis hombres se mueven con precisión en la oscuridad. La casa del cabecilla de los McKenna en Cork se alza en la distancia, una sombra recortada contra el cielo sin luna. No habrá un amanecer para ellos.

Keyran se apoya contra el coche con los brazos cruzados, observando la mansión como si estuviera eligiendo un vino en un restaurante caro.

—¿Seguro que no quieres volar algo? —pregunta sin apartar la vista del objetivo.

—No vamos a volar la puta casa, Keyran. —Respiro hondo, tratando de mantenerme centrado en la misión.

Keanan, que está revisando el cargador de su pistola, sonríe.

—¿Y si es una explosión controlada? Algo discreto… Un pequeño recordatorio de que los McKenna están jodidos.

Conor resopla por la radio desde el otro frente.

—Objetivo asegurado —dice en un susurro tenso—. Vamos a limpiar el resto. ¿Tú?

Miro a mis hombres. Keyran se encoge de hombros, Keanan revisa la hora en su reloj como si estuviera esperando la cena y Conor… bueno, Conor con toda probabilidad esté disfrutando demasiado esto.

—En posición.

La señal está dada. Es el momento.

Un gesto de mi mano y los francotiradores en las azoteas toman posición. Las luces de la mansión parpadean en el interior, pero el exterior está envuelto en sombras. Nos movemos como espectros. Sin ruido, sin dudas.

Algunos de los McKenna patrullan fuera, pero no esperan esto. Nadie espera un ataque de esta magnitud a estas horas de la madrugada. Uno de mis hombres elimina a un guardia con un disparo seco antes de que el tipo pueda alertar a los demás. Otro cae, su cuerpo desplomándose contra el suelo sin más sonido que un leve crujido de ramas.

—Me encanta este sigilo de ninja —murmura Keyran mientras nos deslizamos hacia la entrada trasera.

—Dispara y calla, Keyran —replico.

Avanzamos.

El primer equipo se desliza hasta la entrada trasera mientras yo llevo al segundo por un costado. La puerta se abre en cuanto recibo la señal y entramos en la mansión como un vendaval.

Dentro, los McKenna apenas tienen tiempo de reaccionar. Dos de ellos se levantan de sus sillas, pero antes de que puedan alcanzar un arma, Keanan y Keyran los derriban con disparos certeros. Precisión quirúrgica.

—¿Siempre sois así de eficientes o solo cuando os pago con *whisky*? —murmuro mientras seguimos avanzando.

—Depende de la calidad del *whisky*. —Keyran sonríe y patea el cuerpo de un McKenna que intentó hacerse el muerto.

Gritos resuenan en los pasillos. Se despiertan. Algunos intentan alcanzar armas, otros corren buscando una salida. Nadie saldrá de aquí con vida si está implicado en lo que le hicieron a mi hija.

Un ruido fuerte proviene del piso superior. Ordeno a tres hombres subir mientras yo me abro paso hacia la cocina con Keanan y Keyran cubriéndome.

Y es ahí donde lo veo.

Un soldado del clan McKenna con dos dedos menos en la mano derecha. Su mirada se encuentra con la mía y se congela. Pero no

saca un arma. No intenta pelear. En su lugar, agarra a una de las sirvientas, una muchacha menuda con expresión aterrada, y la usa como escudo.

—¡No me mates! —grita, su respiración agitada—. ¡No me mates, es inocente, ella no tiene nada que ver!

—Joder, qué original. —Keyran suspira, apoyando la espalda contra la pared—. ¿De verdad creen que ese truco funciona?

La chica forcejea, sus ojos suplicantes buscando los míos. Está temblando. Él no tiene ningún interés en protegerla. Solo quiere salvar su propio pellejo.

Me da asco.

Camino hacia él con calma. Dejo que el pánico lo invada. Miro a la chica y le hago un gesto sutil con la cabeza. No sé si entiende lo que quiero decirle, pero suelta un sollozo y cierra los ojos.

Aprieto el gatillo.

El disparo resuena en la cocina. El tipo cae de rodillas, con un agujero en la frente. La sangre se escurre en el suelo, oscura bajo la tenue luz. La chica chilla, pero está viva. No la he tocado.

—Cobarde de mierda.

Keyran se acerca al cadáver y le da una patada ligera en el costado.

—Ni siquiera sangraste lo suficiente, imbécil.

Keanan le hace un gesto a uno de los hombres para que saque a la chica de la casa y la deje ir. No me interesa hacerle daño a alguien que no tiene parte en esto.

Mis hombres avanzan por la casa, ejecutando cada objetivo con eficacia. En la radio, la voz de Conor regresa.

—El segundo cabecilla está muerto. Vamos a limpiar y salir. ¿Tú?

—Todo bajo control.

Solo queda uno.

Me abro paso hasta el despacho del líder. La puerta está cerrada con llave, pero eso no es un problema. Uno de mis hombres coloca un pequeño explosivo y en segundos la cerradura se rompe.

Entramos.

El jefe de los McKenna está allí, con una pistola en una mano y un cigarro aún encendido en la otra. Nos mira con una mezcla de ira y

resignación.

—Sabía que vendrías, Cathal. —Esboza una sonrisa torcida—. Pero dime algo…, ¿tu hija dormirá mejor después de esto?

Silencio.

No le contesto.

Solo le disparo.

El estruendo del arma es el último sonido que se escucha en la mansión de los McKenna, después dejo que el silencio lo cubra todo.

Salimos antes de que los primeros rayos de sol toquen la ciudad. Mis hombres trabajan con rapidez, limpiando lo necesario, dejando un mensaje claro: este no es un ataque cualquiera. Es una sentencia.

Mientras nos alejamos en los coches, me recuesto contra el asiento, dejando que la adrenalina se disipe. La voz de Conor vuelve por la radio, más relajada esta vez.

—¿Terminaste?

Miro mis manos, aún tensas sobre el arma, y luego a la carretera que se extiende ante nosotros. Pienso en Ailis. En cómo su pequeño cuerpo temblaba en mis brazos la noche en que nos atacaron. En cómo nunca más quiero verla con miedo.

—Sí —respondo—. Se acabó.

Pero sabemos que en este mundo nada termina en realidad.

Cierro los ojos por un segundo. Usualmente es mi hija la que invade mi mente. Pero esta vez no es ella a quien veo, sino a Máire.

Joder.

Creo que está más dentro de mí de lo que pensaba.

Respiro hondo y ordeno la vuelta a casa.

No, lo que quiero es volver a ella.

Mierda, estoy jodido.


PACTOS
peligrosos

Capítulo 17

Máire

Vale, creo que me estoy mareando, ¿ha dicho abortar?

—¿Ha dicho abortar? —pregunta Killian asombrado a mi lado, y yo asiento con lentitud.

—¿Alguien me puede explicar qué cojones pasa? —suelto ya sin contenerme porque sean niñas. Está claro que, si una está embarazada, tan crías no son.

Espera, solo una lo está, ¿no?

—¿Quién va a abortar? —pregunto mirando a las tres, que no hablan.

—Tú, ven conmigo, me vas a explicar esta mierda —le dice Killian al tipo que está a punto de mearse en los pantalones.

Antes de salir y cerrar la puerta, me da una mirada que entiendo a la perfección, está dejándonos espacio para que las chicas hablen.

Merodeo por la habitación y me siento en un taburete que hay junto a la silla siniestra y me cruzo de brazos.

—Hablad, alguna, la que sea.

—No, no diremos nada —alega Fiona.

Su hermana asiente a su lado. Molly tienen la cabeza baja y tiembla.

—Bueno, entonces hablaré con vuestros padres para que os hagan la prueba.

—No lo consentiremos —interviene Catriona.

—No tenéis edad para negaros a mucho —les aviso—, además, solo tenéis que mear y ya con eso conseguirán la muestra. Otra opción es simplemente vigilaros hasta que a una se le vea la tripita crecer… Aunque entonces puede que sea demasiado tarde para ponerle remedio.

Me encojo de hombros despreocupada, como si cualesquiera de las opciones fueran válidas. Las chicas me miran, tratando de averiguar si me estoy marcando un farol. No lo estoy, esas son sus

opciones, y conociendo a Cathal estoy seguro de que las va a sentar sobre un barreño hasta que meen en un palo y sepa lo que pasa.

—Soy yo —confiesa al final Molly, y yo respiro aliviada—, ellas solo me están ayudando.

—¿Qué edad tienes?

—Casi catorce.

—¿Quién es el padre? —pregunto, y ella comienza a temblar y a llorar.

Catriona y Fiona la abrazan y me doy cuenta de que esto puede ser más grave de lo que parece.

—Oye, mírame —le pido a la chica, y le cojo la mano—, estoy aquí para ayudarte, ¿vale? No estás sola.

Molly me mira y se lanza a mis brazos. Apenas hemos cruzado tres palabras en todo el día, ni siquiera me ha saludado al llegar, ahora entiendo el motivo, no quería derrumbarse. También tiene sentido todo el tema de las ropas anchas.

La dejo llorar en mis brazos mientras Catriona y Fiona me cuentan lo que ha sucedido.

—Hay un chico en la escuela, Max, es hijo de un diplomático —comienza Fiona—. Es guapo, tiene dieciséis y se cree el príncipe del lugar.

—Tú estabas enamorada de él —agrega Catriona.

—No, creía que lo estaba, pero cuando Molly dijo que estaban juntos ni siquiera me importó un segundo, eso no es amor.

—Estoy contigo, no es amor.

Las chicas me dan un asentimiento y siento que estoy entrando en su círculo.

—Bien, ese Max, ¿es el padre del bebé? —pregunto, y las tres asienten.

—Él me dijo que me quería, que yo era especial, me dijo que no le importaba que estuviera gorda —solloza.

—¿Gorda? Pero si eres preciosa —la corto.

—Eso le decimos nosotras.

Joder, qué mierda de sociedad es esta en la que una niña se siente así…

—¿Lo sabe tu madre? —inquiero, y ella niega enérgicamente.

—No, sería una decepción.

—¿Ella es buena contigo?

—Sí, es la mejor mamá del mundo, por eso no quiero hacerla sufrir.

Sus palabras se me clavan en el alma. Recuerdo a la que he llamado madre durante casi dos años y algo se me encoge en el pecho. Yo tenía una madre que me amaba y ya no está, y la echo de menos, pero estoy enfadada porque no sé si tenía otra antes que también lo hacía y a la que ya no reconozco.

—Tienes que contárselo —le digo, secando sus lágrimas—. Ella te va a querer por encima de todo, no importa lo que hagas, te lo aseguro.

Me miran las tres y me doy cuenta de que las mellizas no tienen madre, nadie habla de ella, ni siquiera las niñas.

—¿Fue consentido? —cuestiono, por saber hasta dónde llega todo esto.

—Sí, me engañó, pero yo quería.

—El muy imbécil se la llevó a la cama diciendo que después harían público su noviazgo. Al día siguiente apareció en la escuela de la mano de la princesa del colegio.

—Ashley Bradford —gruñe Fiona.

Vale, joder, qué difícil es ser adolescente.

—Bueno, te voy a ayudar, ¿ok?

—¿Vas a dejar que me hagan el aborto? No quiero tenerlo, no quiero ser madre tan joven.

—Eso es algo que tienes que hablar con tus padres, debes asumir las consecuencias de lo que has hecho. Si fuiste adulta para tener relaciones, lo eres para dar la cara. Además, un sitio como este no es la solución. Puede hacerte algo que te deje estéril o incluso provocarte la muerte.

Las tres se encogen de miedo.

—Lo dices para asustarnos —declara Catriona.

Saco mi teléfono y les enseño varias noticias recientes de casos como lo que les acabo de contar. Clínicas clandestinas que no tenían licencia o aparatos adecuados para hacer las cosas bien y acabaron jodiendo a la mujer que requirió sus servicios.

—No me quiero morir —susurra Molly acojonada.

—No lo harás —le aseguro—, solo es que tienes que ir al lugar adecuado para que todo salga bien.

—Sabía que no nos ibas a ayudar —se queja Fiona, y sonrío.

—No voy a colaborar en esto porque ella va a necesitar que alguien la ayude después. Un aborto no es ir a hacerse las uñas, es algo importante y su cuerpo va a sufrir cambios.

—Ya…

—Creo que es momento de ir a casa, te llevamos, Molly, y espero que se lo cuentes a tu madre y no hagas ninguna estupidez.

No soy nadie para ir delatándola, al menos de momento, le pediré a Killian que me avise si lo ha hecho o no para ir a contárselo yo misma a su madre si ella no lo hace.

—Así que Max puede mentirle y hacerle daño, follar y después irse de rositas, ¿no? Esta vida es una puta mierda —gruñe Catriona.

—Esa boca —la regaño—. Y no, él no se va a ir de rositas.

—No podemos ir a la Policía porque fue consensuado —me corta Fiona—. Además, tiene inmunidad diplomática gracias a su padre.

—Ya me imagino el tipo de chico que es y en el tipo de hombre en el que se convertirá. Pero hay dos cosas que debéis tener claro, él no es un príncipe.

Me callo y sonrío, esperando a que alguna pique y pregunte.

—¿Y la segunda? —Molly es la que interviene.

—Que la inmunidad diplomática no le libra del dolor que sufrirá cuando se le pegue la polla a los calzoncillos llenos de Super glue que le vamos a hacer llegar.


PACTOS
peligrosos

Capítulo 18

Máire

Las chicas me miran unos instantes asimilando mis palabras y de pronto rompen a reír, incluso Molly.

—¿De verdad nos ayudarás a hacer eso? —pregunta Catriona, y asiento.

—Sí, estoy segura de que Killian conoce a alguien que puede ayudarnos y que nadie sospeche de nosotras.

De pronto, Fiona y Catriona se me abalanzan y me abrazan. Molly también. Parece ser que definitivamente estoy dentro del círculo.

Salimos del lugar y veo que Killian tiene al tipo retenido en otra sala. Las chicas no lo ven y es mejor, tiene la cara hecha un mapa. Uno de los soldados de Cathal está sosteniéndolo para que no se caiga.

Llegamos hasta el coche escoltadas y llevamos a Molly a su casa. Me promete que hablará hoy mismo con su madre y le pido que si necesita algo que me llame. Le escribo mi teléfono y de pronto veo que tenemos un grupo las tres chicas y yo.

Me recuesto en el asiento una vez que ponemos rumbo a la casa, necesito paz mental y allí, con todo ese silencio y el paisaje tan armonioso, sé que lo voy a conseguir.

Las chicas no paran de hablar sobre cómo hacer lo de pegarle los huevos a ese tal Max y Killian les da buenas ideas y asegura que tiene a alguien perfecto para el trabajo. Tendré que contarle a Cathal todo esto, pero de momento creo que hemos salvado la crisis.

La mansión de Galway aparece entre los árboles y sonrío. Hay unos cuantos coches en la entrada que no reconozco y Killian tampoco. Les ordena a las chicas que se queden en el coche y a mí con ellas. Eso no va a pasar, Ailis está ahí dentro.

En cuanto bajo del coche y cruzo la puerta principal, me encuentro con un desastre de proporciones bíblicas.

Hombres armados apuntándose unos a otros, una rubia despampanante gritando, Orlaith con cara de estar masticando

clavos y en el centro de todo… Ailis escondida tras las faldas de Nana, que, por alguna razón, tiene una espátula en la mano como si fuera su única arma en este jodido enfrentamiento.

Mi cerebro tarda unos segundos en procesar todo.

—¿Me he perdido algo?

Orlaith se gira al oír mi voz, y su expresión es la misma que pone un gato cuando es atrapado en la encimera con la pata en la mantequilla.

—¿Qué hace aquí la limpia casas? —pregunta a todos y a nadie en general.

—*Breakdance* —le suelto, y su cara de confusión no tiene desperdicio.

La rubia, que por su manicura y su forma de mirar a todos con superioridad probablemente tenga un doctorado en hacerme perder la paciencia, decide que es el momento perfecto para subir el volumen de la histeria.

—¡Esta niña es mía! ¡Me pertenece!

Ailis se encoge más contra Nana, quien, sin inmutarse, levanta la espátula en una clara amenaza de homicidio.

Cathal tiene que pagarle más a esta mujer. En serio.

Los hombres de Cathal están apuntando a la rubia y a Orlaith, pero lo más divertido es que los hombres de Orlaith están apuntando a los hombres de Cathal. Esto no es un enfrentamiento, es un puto espejo de locura.

Suspiro y cruzo los brazos.

—Vale, ¿alguien me puede explicar qué demonios está pasando antes de que alguien dispare y tengamos que limpiar sangre del suelo de mármol?

—¡Esta mujer pretende secuestrar a mi Ailis! —exclama la rubia, señalando a Nana como si la estuviera denunciando por asesinato.

—¿Y tú quién eres? —pregunto, tratando de aclarar todo.

La rubia abre la boca en un grito indignado, como si el hecho de que no sepa quién es sea ya un insulto en sí.

—¡Soy Bridget, la madre de Ailis! ¡Tengo derecho a llevármela!

—Mmm, no —contesto, poniéndome delante de Nana—. Lo que tienes es una falsa sensación de autoridad y un gusto horrible para

el perfume.

¿A qué huele esta mujer? ¿A billetes y decisiones equivocadas?

Ailis tiembla detrás de Nana y la anciana le acaricia la cabeza con una mano mientras la otra sigue sosteniendo la espátula con una determinación que no se ve ni en los soldados de élite.

Decido intervenir.

—A ver, Barbie Maléfica. —Me acerco un par de pasos, ignorando las armas levantadas a mi alrededor—. Si Ailis no quiere irse contigo, no se va contigo. Fin de la historia. Puedes gritar, patalear y tirar de tus extensiones, pero aquí nadie te va a tomar en serio.

La rubia me fulmina con la mirada.

—¿¡Y quién demonios eres tú!?

—La persona con suficiente paciencia para no sacarte de aquí a patadas.

Orlaith suelta un insulto por lo bajo y yo le lanzo una mirada de advertencia. Que no me joda, que estoy en racha.

Los hombres de Cathal se tensan cuando la rubia da un paso adelante, y los de Orlaith hacen lo mismo. Esto es ridículo.

—Si alguien dispara sin mi permiso, le voy a hacer comer el maldito arma. —Mi tono es tranquilo, pero eso solo hace que las cosas sean más intimidantes.

No sé de dónde he sacado esta determinación. Estoy de manera literal en medio de hombres armados y no tengo ni un poco de miedo, al revés, estoy muy cabreada, ¿puede que fuera negociadora de la Policía o algo así antes de perder la memoria?

Killian aparece en la puerta en ese preciso momento, mirando la escena con un levantamiento de ceja que dice «mátenme ahora».

—¿Qué cojones está pasando aquí? ¿Qué hacen aquí las hermanas Brujilda y Brujera?

Joder, no sabía que eran hermanas. Entonces, Cathal se las ha tirado a las dos y con una tuvo una hija. Mierda.

—Un drama de telenovela con armas y espátulas.

Killian suspira y yo trato de contenerme porque ahora mismo no me gusta nada tener a estas dos mujeres aquí.

—Obviamente.

Nana, que ha estado en completo silencio, finalmente da un paso al frente y apunta a la rubia con la espátula como si fuera una maldita espada medieval.

—Vuelve a levantarle la voz a esta niña y te juro por los dioses que haré que te tragues los dientes.

Dios santo.

La rubia empalidece. Killian intenta disimular la carcajada.

Y yo sé que acabo de encontrar a mi nueva heroína.

La rubia abre y cierra la boca, está claro que dudando si seguir con su numerito o no. Finalmente, decide que no vale la pena arriesgar su precioso rostro y da un paso atrás con la dignidad destrozada.

—No he terminado con esto.

—No, cariño. —Le sonrío con todos los dientes—. Sí lo has hecho. Te vas a largar de aquí y ni se te ocurra volver a intentar llevarte a Ailis mientras su padre no esté.

—Tú no eres más que una limpia casas venida a más —interviene Orlaith—. ¿Te estás follando a Cathal? ¿Es por eso que te crees la reina de la casa? Pues déjame decirte que se aburrirá de ti, y pronto, eres tan poca cosa que no mereces la pena.

—Y aun así soy yo la que vive aquí y tú la que aparece sin invitación…

Se pone roja de la furia.

—Maldita perra —gruñe, y se lanza a por mí.

No sé cómo la esquivo y le doy un golpe que la hace caer de culo. Ella grita y se levanta, vuelve a intentar pegarme y mi cuerpo reacciona como si supiera qué hacer. Esto es raro, raro y divertido.

Por el rabillo del ojo veo que la rubia se acerca a Ailis en un descuido de Nana y antes de que la agarre la cojo por la muñeca, se la giro y aprieto. Orlaith viene a por mí, le doy una patada en el estómago sin soltar a la hermana y cuando está en el suelo la agarro del pelo.

Arrastro a ambas mujeres hasta la puerta de entrada mientras los hombres armados no saben qué hacer. Sus pistolas están abajo, claramente desconcertados por la situación. Dudo que supieran a qué venían.

—No tienes idea de quién soy —ladra la rubia mientras las lanzo al suelo fuera de la casa.

Un par de coches negros llegan y veo que Cathal se baja del primero. Joder, está demasiado guapo. Lleva una barba que le da un aspecto salvaje. Cuando nuestras miradas se encuentran, por un momento el mundo se detiene.

—¿Qué estás haciendo, Máire? —me pregunta, y de pronto siento celos.

Estas dos mujeres lo han tenido, es probable que lo tengan de nuevo, no parece del tipo de una para toda la vida.

—Sacar la basura —contesto cabreada.

—Cathal, haz algo, soy la madre de tu hija, dile a esta puta que si me vuelve a poner la mano encima… —se queja la rubia.

Orlaith no dice nada, creo que trata de pasar desapercibida. Suerte con eso.

—Solo eres la vagina que la engendró, ella no tiene madre —la corta Cathal—. Y vuelve a llamar a Máire puta y me olvidaré de que alguna vez te tuve cariño.

Dicho esto, Cathal llega hasta mí y me besa como si fuera lo último que puede hacer en su vida.

Y yo, yo simplemente lo disfruto.


PACTOS
peligrosos

Capítulo 19

Cathal

Cuando he visto cómo Máire ha sacado ella sola a Orlaith y a Bridget de mi casa he sentido todo en un instante. Ailis está protegida, nadie se la va a llevar de mi lado, pero aun así Máire se ha interpuesto y le ha importado una mierda que varios hombres la apuntaran. Eso y el hecho de que no he dejado de pensar en ella todos estos días han provocado que la haya tenido que besar para poder seguir respirando.

—Esta debe de ser Máire —escucho a Keanan tras de mí.

Apoyo mi frente en la suya y respiro hondo.

—Luego te daré las gracias —susurro, y ella se muerde el labio en respuesta.

¿Cómo de mal estaría mandar a todos a la mierda y llevármela a mi habitación?

—¿Es tu put…?

Me giro como un león y miro a Bridget, ella se calla y su cara muestra el asombro que debe sentir. Sí, le he permitido mucho debido a que es la madre de Ailis, pero Máire es un detonante.

—Killian, ¿te encargas? —le pido, y no hace falta que especifique nada más.

Hace una llamada y en segundos hay como cincuenta de mis hombres apuntando hacia las dos víboras y sus patéticos seguratas.

—¡Papá! —grita Ailis y la cojo en brazos.

Ailis se aferra a mí como si temiera que el suelo bajo sus pies fuera a desaparecer en cualquier momento. Su pequeño cuerpo tiembla contra mi pecho y su respiración es entrecortada, cargada de una angustia infantil que no debería conocer tan pronto.

—No quiero irme con ella.

Su voz es apenas un susurro contra mi camiseta, pero su desesperación es tan tangible que me parte en dos.

—Lo sé, pequeña. —Le acaricio el cabello con suavidad, enredando los dedos en sus rizos oscuros—. No vas a irte. Nadie

puede llevarte lejos de mí.

La rabia que me quema por dentro es inmensa, pero no es el momento de pensar en ella ni en las amenazas veladas de su madre, ni en los gritos que quedaron flotando en la mansión después de su salida.

Ahora solo importa Ailis.

Ella levanta la cabeza lo justo para mirarme con sus grandes ojos, los mismos que heredó de mí, llenos de lágrimas y miedo.

—Pero ella dijo que tenía derecho.

Aprieto la mandíbula. Maldita sea.

—Los derechos no significan nada si no se ganan, y ella no ha hecho nada para merecerte, Ailis.

Ella asiente, pero sé que todavía tiene miedo.

—¿Y si vuelve?

—Que lo intente. —Mi tono es bajo, casi un gruñido—. No va a volver a hacerte daño. No mientras yo viva.

Ailis se aferra a mi camiseta con más fuerza. Me doy cuenta de que está cansada, de que la discusión le ha drenado la energía.

—¿Quieres dormir un poco?

Sacude la cabeza con vehemencia.

—No quiero cerrar los ojos. Si lo hago, ella puede aparecer otra vez.

Joder.

No sé qué responderle. No sé cómo explicarle que nadie puede entrar aquí sin mi permiso, que la mansión es una fortaleza, que la protegeré con mi vida si es necesario. No sé cómo decirle que su madre no tiene ningún poder aquí.

Pero antes de que pueda intentar encontrar las palabras adecuadas, una voz resuena en la entrada.

—¡Muy bien, enana! Hora de jugar.

Ailis levanta la cabeza de golpe cuando Máire aparece a nuestro lado con su sonrisa de siempre, seguida de Fiona y Catriona, que la saludan con el entusiasmo de un huracán.

—Tenemos un plan, y no puedes decir que no. —Fiona cruza los brazos, fingiendo seriedad—. Venimos a secuestrarte.

—Pero es un secuestro divertido —aclara Catriona—. Con helado y cosas de chicas.

Por primera vez desde que la he visto, Ailis sonríe.

—¿Helado?

—Y mucho más. —Máire le guiña un ojo—. ¿Vienes o qué?

Ella mira hacia mí, como pidiéndome permiso. Le doy un suave apretón en los hombros.

—Ve con ellas, pequeña. Yo estaré aquí cuando vuelvas.

Ailis asiente y corre hacia Máire, quien la recibe con los brazos abiertos. La observo alejarse con ellas y, por primera vez en todo el día, respiro un poco más tranquilo.

Está claro que Máire no es solo una más, y no quiero que lo sea.

—Necesitaré un papel más grande para recoger la baba —dice Conor mientras me pasa un pañuelo por la barbilla.

Le doy un puñetazo en el hombro y se ríe.

Keyran y Keanan con él.

—Voy a reconocer que es impresionante la mujer —declara Keanan, y gruño.

—Ni te acerques —siseo.

—¿De dónde ha salido? —pregunta Keyran, interesado de una manera que si no supiera lo mucho que ama a su mujer me mosquearía.

Joder, nunca me ha importado compartir mujeres, ¿por qué ella es diferente?

—No la mires o mi primo te disparará en el culo —le asegura Conor mientras pasamos dentro.

Estábamos hablando del hambre que teníamos cuando hemos llegado y hemos visto toda la escena.

—No sé, me resulta familiar esa chica. Yo creo que la he visto antes.

—Vivía en Dublín, probablemente te la hayas cruzado y no es alguien que se olvide fácilmente —le aseguro, recordando como la primera vez que la vi protegiendo a Ailis de mí hizo que se grabara en mi mente.

—No, es de otro lado… Ya me saldrá —contesta, encogiéndose de hombros.

Nos dirigimos a la sala para comer con todos mis hombres. Solo ha habido dos heridos graves y no se teme por la vida de ninguno. Esta misión ha sido todo un éxito.

Una vez terminamos de comer, aunque ya casi es hora de cenar, nos dirigimos al despacho a beber un buen *whisky* y celebrar que hemos vuelto todos sanos y salvos.

—Tenemos que ver lo que ha pasado antes de que llegáramos —asegura Conor mientras se coloca detrás del ordenador y teclea.

Tengo cámaras en todas las estancias de la casa. He visto a Máire cada noche mientras le contaba un cuento a Ailis como un puto acosador.

—Lo pongo en la pantalla —avisa Conor, encendiendo la televisión de cincuenta pulgadas que tengo colgada en el lado derecho del despacho.

Pone el vídeo y veo la escena de cómo Máire llega cuando Ailis está asustada y Nana la defiende con una espátula como si fuera un cuchillo. Tengo que subirle el sueldo a esta mujer.

Máire se coloca en medio como si el hecho de que hubiera una enorme cantidad de hombres dispuestos a disparar no fuera relevante.

—Tiene una calma pasmosa —reconoce Keanan.

—También sabe disparar, ¿verdad? —agrega Conor.

—Sí, en la galería de tiro acertó en todos los blancos en el mismo sitio. Es una puta pasada —digo con orgullo.

La verdad es que el hecho de que sepa disparar me hizo buscar entre tiradores deportistas profesionales, pero no encontré nada.

—¿Y dices que no recuerda nada anterior a unos dos años? —insiste Keyran.

—Eso parece.

Mi amigo entrecierra los ojos y de pronto se queda pálido. Saca su teléfono y teclea. Keanan y Conor no se han dado cuenta porque siguen divertidos ante el vídeo que sigue reproduciéndose, pero yo no le quito ojo.

—No me jodas —murmura Keyran—. Sabía que me sonaba, solo que más joven y con el pelo diferente.

—¿De quién hablas? —pregunta Conor.

—De Máire.

—¿Sabes quién es? Eso es genial —se alegra mi primo, y yo no siento lo mismo.

—¿Estás seguro? —inquiero, y este asiente.

Teclea en su teléfono y luego lo gira para enseñarme una foto de Máire, no hay duda, es ella, solo que parece mucho más joven y con el pelo rosa.

—Esta es Fiorella Farnese.

—¿La pequeña de las Farnese? —pregunta Keanan sorprendido—. Joder, los italianos van a estar muy contentos cuando sepan que hemos recuperado a su chica, su prometido todavía le guarda luto si no me equivoco.

Gruño y tiro mi vaso de *whisky* contra la pared.

—No es su chica —les aseguro.

¿Prometido? Y una mierda.

—Cálmate, Cathal —me pide mi primo.

Los miro a los tres y tomo una determinación.

—Esto no va a salir de aquí —les ordeno.

—¿A qué te refieres? —pregunta Keanan.

—A que nadie va a decirle a los italianos que ella está aquí.

—Máire tiene derecho a saber la verdad —suelta mi primo, y casi le doy un puñetazo en la cara.

Tienen razón, lo sé, pero no puedo pensar con calma. Si Máire descubre quién es en realidad se largará de aquí, y no puedo permitirlo, al menos, no de momento.

—Vas a provocar una guerra —me advierte Keyran.

Lo miro y sonrío.

—Máire es una mujer por la que merece la pena una guerra.

Y me doy cuenta de algo, no es una mujer cualquiera, no lo siento así, sé que es una puta locura y que apenas la conozco, joder, ni hemos follado, pero tengo algo claro. No merece la pena ir a la guerra por una mujer, pero sí lo haré por MI mujer.


PACTOS
peligrosos

Capítulo 20

Cathal

Sé que no estoy siendo razonable, pero me importa una mierda. Acabo de descubrir que necesito a Máire cerca y no la voy a perder ahora.

—Cathal, necesitas pensarte esto bien, Nicola no es alguien con quien joder —me avisa Keyran.

—Y su mujer menos. En serio, las Farnese dan miedo.

—¿En qué sentido? —pregunta Conor.

—Ellas son como princesas de la mafia, parecen solo adornos bonitos del brazo de sus maridos, pero los que estamos más cerca sabemos la verdad: están entrenadas para matar.

—¿Cómo? ¿Por qué no sabíamos esto? —inquiero, algo enfadado por no estar al tanto de esta información.

—No es un secreto, pero tampoco lo proclaman a los cuatro vientos —aclara Keyran—. La mayor, por lo visto, sabe manejar los cuchillos; la segunda es buena con los venenos; la tercera, que se ha casado con un tarado ruso…

—¿Zakrone? —pregunto, y niega con la cabeza.

—No, Lev Makarov.

Mi primo silba.

—Ese es el de los tronos, está como una jodida cabra.

—Pues es cuñado de Fiorella.

—Máire —corrijo a Kenan.

—Máire —dice, aceptando mi corrección— es una de las mejores francotiradoras que conozcas. Supera a los militares de élite europeos y está a nivel de los mejores del mundo. Al menos hasta que supuestamente murió.

—Dijeron que fue por una explosión por algo de gas o no sé qué —trato de recordar

—Sí, aunque en realidad fue su padre el que disparó con un lanzamisiles a ella y a su hermana Nella mientras iban camino de una misión.

Joder.

—Nos pidieron ayuda en su momento —dice Conor, y lo miro confundido—. No te dije nada porque fue cuando Catriona y Fiona llegaron. Keyran y Keanan les ayudaron en nuestro nombre.

—Sí, nos reunimos con ellos y buscamos a Fiore… Máire, pero no hubo nada más allá de un cuerpo calcinado con sus cosas. Así que las hermanas finalmente aceptaron que murió, que no se la llevaron como a Nella, y la enterraron.

—Joder —es lo único que acierto a decir.

—Cathal —me llama mi primo y me giro para mirarlo—. Entiendo que tengas sentimientos por ella, pero no puedo dejar que le ocultes esto, ella se merece saber la verdad y, lo más importante, tiene una familia que piensa que está muerta.

Entiendo el dolor en los ojos de mi primo, recuerda a su hermano y me doy cuenta de que tiene razón, aunque no me guste.

—Bien, se lo contaré, ahora que todo está resuelto con los McKenna las niñas pueden volver al colegio. Dadme diez días y yo mismo le diré todo —les aseguro.

—Supongo que diez días no suponen nada frente a los casi tres años que lleva supuestamente muerta.

Hablamos un rato más sobre negocios pendientes y cenamos en el despacho. Keyran y Keanan se marchan mañana temprano para casa, ninguno de los dos puede estar demasiado tiempo alejado de su mujer, y por primera vez los entiendo.

Mañana les dedicaré el día a las niñas, saben que cuando vuelvo de una misión necesito una noche para alejar mis demonios y ellas lo aceptan. Además, sé que con Máire están en buenas manos.

Killian me mandó un audio contándome que, por lo visto, Catriona y Fiona la han aceptado, no ha querido explicarme cómo lo ha hecho, solo ha dicho que es una mujer increíble y que más de uno de nuestros hombres, después de lo de hoy con la madre de Ailis, la ha mirado con orgullo. Y otros tantos con deseo. Más vale que se guarden sus pollas si no quieren que se las corte a rodajas.

El cursor parpadea en la barra de búsqueda mientras mis dedos dudan sobre el teclado.

Fiorella Farnese.

Es ridículo. No debería estar haciendo esto. Pero aquí estoy, sentado en la penumbra de mi despacho con la única luz proveniente de la pantalla de mi portátil.

Presiono *Enter*.

El perfil aparece ante mis ojos, y el primer golpe lo da la foto de perfil. Es ella.

Máire.

O quien solía ser Máire.

La última publicación es de hace más de dos años. Una pausa en el tiempo. Un vacío que ahora entiendo demasiado bien.

Deslizo hacia abajo, explorando su vida antes de la amnesia. La vida que alguien le robó.

Fotos de libros, cafés humeantes, instantáneas borrosas de estanterías repletas. Le gusta leer. Mucho.

Me detengo en una publicación. Una imagen de su vigésimo cumpleaños. Ella, sonriendo con una pila de libros pintados a mano en sus cantos.

Mi familia sabe que soy predecible, así que aquí está mi regalo: la edición especial de mi saga favorita. ¡Elfos, magia y una historia increíble!

Abro la imagen. Su cabello es más largo y rosa, sus ojos reflejan una felicidad genuina que ahora me cuesta imaginar en ella. No hay sombras en su mirada. No hay cicatrices en su alma.

Me inclino hacia la pantalla, observando los detalles. El título de los libros me suena.

Cierro los ojos y apoyo la espalda en la silla.

Máire… no, Fiorella.

Ella nunca fue Máire. Nunca perteneció a mi mundo.

No, no es así, puede que antes fuera Fiorella, pero ahora es Máire, mi Máire, y tengo diez días para hacer que me necesite tanto como yo a ella.

Enciendo mis cámaras y veo que está en la habitación de Catriona y de Fiona. Ailis veo que ya está dormida con una enorme sonrisa. Hay un cuento en su mesilla, hoy han leído la Princesa y el guisante.

Las chicas parecen estar contándole algo divertido porque se ríen, luego se ponen serias y finalmente se abrazan, ¿qué demonios ha

pasado en mi ausencia?

Decido apagar todo e ir a la habitación de Máire a esperarla. Me deslizo despacio en su interior y enciendo la luz para observar todo.

No había entrado aquí nunca, y ahora me doy cuenta de quizás la chica de Instagram y ella sí que son muy parecidas.

Tiene una colección de libros de una tal Neva Altaj. Algunos muy sobados. Reviso de qué van y sonrío. Parece que le gusta leer sobre mafiosos; mejor, tiene a uno solito para ella.

Cuando escucho la puerta, me giro y aparece la cabeza de Máire con el ceño fruncido.

—Ah, hola, pensaba que me había dejado la luz encendida —murmura entrando mientras cierra la puerta tras de sí—. ¿Ocurre algo?

—Solo quería verte —le declaro abiertamente, y ella se ruboriza.

—Eso es genial porque tenía que hablar contigo sobre algo que ha pasado hoy con las chicas —comienza a decir, y me acerco a ella.

—Bien, pero primero hay una cosa que hacer —la corto y bajo mis labios sobre los suyos.

Comienzo a besarla y un aroma a dulce me envuelve. Como si hubiera estado horneando pasteles. Mi polla se endurece. Ella hace un pequeño ruidito cuando la aprieto contra mí y decido caminar unos pasos hasta la cama y tumbarme sobre ella. Sostengo mi peso, pero quiero tenerla debajo de mí.

Aunque no voy a follármela, no puedo sabiendo que tiene un prometido, no le voy a hacer eso porque la amo y sé que le haría daño descubrir la traición, incluso si ha sido sin ella saberlo.

Espera, mierda, ¿amor?

Ella mete una mano en mis pantalones y me la agarra.

—Oh, joder —gimo, y aprieta mi polla.

Mi mente se nubla y toma todo de mí ser una buena persona, pero lo hago porque, por lo visto, por primera vez en mi vida me he enamorado y ha sido de una mujer comprometida con otro hombre… de momento.

Bajo mi boca a su cuello y ella se arquea. Me levanto lo justo para quitarle la camiseta y bajar su sujetador. No le doy tregua, muerdo y pellizco sus pezones mientras ella jadea y se retuerce debajo de mí.

Voy a correrme solo por esto. Me tumbo a su lado y bajo mi mano hasta sus bragas. Meto mis dedos y juego con sus pliegues. Ella se arquea, está empapada.

—Cathal —suspira, y meto un dedo.

Su interior se contrae, joder, está muy a punto.

Muerdo su pezón y froto mi palma en su centro mientras meto dos dedos tan profundamente que me clava las uñas en el brazo.

Se arquea cuando repito mis movimientos y un momento después grita mi nombre mientras se corre sobre mi mano y yo hago lo mismo en mis pantalones.

Sigo jugando con su coño húmedo mientras noto que su placer sigue ahí y la miro. Está sonrojada, expuesta y sonriendo. Sí, una imagen que no se me va a borrar. La imagen de mi mujer, una a la que no voy a renunciar, aunque me cueste ir a la guerra con el maldito demonio por mantenerla a mi lado.


PACTOS
peligrosos

Capítulo 21

Máire

Trato de recuperar la respiración mientras Cathal me da suaves besos por mi cuerpo. Me coloca bien la ropa y se levanta. Es entonces cuando veo una mancha en su pantalón y sonrío.

—No te rías, esto no me había pasado nunca —gruñe divertido.

—Eso dicen todos.

En un instante lo tengo sobre mí, con sus labios rozando los míos y su mano sobre mi cuello.

—No hables de los hombres con los que has estado si no quieres que haga una lista negra con ellos.

Lo empujo, alzando las cejas, y me levanto también.

—Que me hayas dado un buen orgasmo no te da derecho a decir esas gilipolleces en plan macho alfa.

—¿Solo bueno? —pregunta cruzándose de brazos, y ruedo los ojos.

—El mejor que recuerdo —contesto, y frunce el ceño un instante antes de entender mis palabras.

—¿No ha habido nadie desde el accidente?

—No, estaba demasiado ocupada con mi madre y a los poco que conocí interesantes perdían las ganas de intentarlo cuando se daban cuenta de que traía la carga de la enfermedad de mi madre, además de que no me iba a acostar con ellos sin estar enamorada.

—¿Puedo preguntar el motivo? —inquiere curioso.

—Al principio era por guardarle el luto al supuesto novio que murió, supuse que lo tuve que querer mucho si aguantaba toda la mierda que mi madre me contó. Amor tóxico sin duda, pero amor. Luego pensé en que quizás me quedaba porque había conocido a alguien y ese hombre vendría a buscarme y retomaríamos nuestro amor prohibido. Y al final simplemente es que no encontré a nadie que mereciera la pena.

—Ya veo, así que soy el primero al que dejas llevarte al orgasmo —dice con total descaro, y asiento—. Bien, aunque toma nota de

esto: mi intención es ser el último.

Sus palabras me confunden y creo que son demasiado intensas. Supongo que correrse te amplifica las emociones y todo eso. Decido ignorarlo y voy al armario. Saco unos pantalones de chándal de algodón de color azul marino de hombre y se los tiro.

—¿De quién es esto? —pregunta en tono cavernícola.

—De un *stripper* que contraté mientras estabas fuera, es que me aburría —le suelto, y él me rodea con sus brazos y me muerde el cuello mientras me río.

—No me gusta que tengas ropa de otro hombre en el armario —gruñe.

—Sería peor tener a un hombre sin ropa en el armario —contesto, y me gano otro mordisco a la vez que me hace cosquillas.

Una vez que para no me suelta, me retiene entre sus brazos y me mira con intensidad.

—Dime de quién son.

—De Killian, me los dejó un día en el que estaba haciendo la colada y tenía todo lavando salvo lo que llevaba puesto, lo cual se me manchó porque me vino la regla.

Se lo digo sin ningún tipo de problema, es algo natural y pasa cada mes, si las mujeres podemos asumir eso desde niñas que ellos lo escuchen no debería causar demasiado problema.

—Bien, pero de ahora en adelante si necesitas ropa de hombre vas a mi habitación y la coges, ¿de acuerdo?

—No sé cuál es tu habitación —le miento.

Claro que lo sé. He estado tentada a entrar para ver si huele a él, a cedro, pero es un comportamiento de psicópata que no voy a reconocer en voz alta.

Sin mediar palabra, me coge de la mano y salimos de mi habitación. Caminamos en silencio y rezo por que no nos encontremos a nadie. Es de noche, pero aun así se puede ver la mancha en el pantalón de Cathal y el aspecto de recién follada que debo llevar.

—Esta es —me dice abriendo su puerta, y entramos.

Aspiro hondo y lo confirmo, huele a él. Se acerca a una cómoda y me lanza una camiseta, la abro y leo la frase: Si te debo una,

preocúpate. Sonrío.

—Muy tú —le digo.

—Me la regaló Ailis el año pasado, aunque fue mi primo el que la eligió. Póntela para dormir —me ordena en un tono *sexy*, y aunque soy una mujer a la que no le gustan que le manden hacer nada, he de reconocer que cuando Cathal lo pide con esa voz yo solo obedezco.

Me la pongo mientras él se mete al baño. Escucho la ducha y aprovecho para mirar a mi alrededor. Es un poco raro estar aquí, y por otro lado es como normal también. No sé, todo es confuso.

Cuando sale con una toalla enrollada alrededor de la cintura, mi boca se hace agua. Tiene tatuajes que se pierden debajo de la tela y que quiero explorar.

—No me mires así —me advierte.

—Solo estaba admirando tus tatuajes —le miento.

—Me ha gustado «admirar» antes los tuyos —se burla.

—Sabes, me gustaría conocer el significado de ellos —le confieso.

No se lo había dicho a nadie, pero es extraño tener algo en tu piel y no saber por qué decidiste hacerlo permanente.

—Me gusta la frase que tienes en las costillas: No necesito que nadie me rescate. Puedo salvarme sola.

Sonrío y asiento. A mí también. Esta frase me hizo pensar en que mi yo del pasado, la que no recuerdo, no era solo una víctima, sino una luchadora que no había encontrado sus armas.

Se pone unos pantalones de pijama y deja al descubierto su pecho, luego se acerca a la cama y me levanto. Me hago a un lado mientras se mete y me mira.

—Bueno, supongo que estás cansado y eso y…

Vale, si no me quería aquí podría habérmelo dicho, no echarme así.

—Máire, quítate los pantalones y ven aquí —me pide palmeando el sitio a su lado, y mi corazón da un vuelco.

—¿Quieres que durmamos juntos? —pregunto como una idiota.

—Quiero hacer mucho más, pero de momento no es posible —contesta de forma crítica—. Así que sí, a partir de hoy dormirás conmigo.

Me meto en la cama a su lado y me abraza contra su pecho.

—¿Por qué este cambio tan repentino? —pregunto de forma directa.

—La vida es corta. Me gustas, mucho, y te quiero cerca de mí, si te parece bien —aclara como si a él mismo le hubiera sonado demasiado autoritario.

—¿Y si no?

—Tendré que decirlo de otra manera porque no es una pregunta, es solo lo que va a pasar. —Sonríe y me besa.

Lo hace mientras pasa su mano por mi cuerpo y me enciendo. Quiero tocarlo, mi palma sobre su pecho recorre sus músculos y simplemente quiero acariciarlo. Me deja hacerlo hasta que me acerco a su polla, entonces coge mi mano y deja de besarme.

—De momento será mejor que no me toques —me pide, y lo miro confundida—. Quiero que lo hagas, pero será cuando te enamores de mí.

—¿A qué viene eso? —pregunto, queriendo sentir su polla en mi mano y en mi boca, y bueno, en algunos agujeros más.

—Es solo que lo que has dicho antes me ha parecido que tenía sentido y quiero respetarlo.

—¿Y si no quiero que lo hagas?

—Entonces enamórate rápido de mí para que pueda hacerte mía de formas que ni siquiera imaginas que existen.

—Hablándome sucio no ayudas —me quejo.

Me atrae contra su pecho y besa mi pelo.

—Oh, mi preciosa Máire, créeme, esto es más tortura para mí que para ti.

Gruño y él se ríe. Esto es raro de cojones, pero a la vez me gusta. Como si fuera una novela romántica.

Hablamos sobre las chicas, le cuento lo de Molly y me asegura que estará al tanto de lo que pase. También quiere darle una lección al tal Max, pero le aseguro que no es necesario, ya tenemos un plan y las chicas necesitan aprender a defenderse solas.

No sé el rato que pasa, pero noto que cuando se queda callado, su respiración se ralentiza y al mirarlo sus ojos están cerrados. Se ha

quedado dormido y yo respiro hondo antes de apoyarme en su pecho y hacer lo mismo.

Voy en un coche, sentada en el asiento del copiloto. La mujer que conduce está a mi lado, pero su rostro es una sombra difusa, un contorno que se niega a definirse. No sé quién es, pero me siento bien con ella. Segura. Feliz.

Es como si viviera el sueño y a la vez lo viera desde fuera.

Reímos por algo que ha dicho, aunque no sé exactamente qué.

—¿Qué tal con Carlo?

—Es el amor de mi vida, creo que me va a pedir que nos casemos muy pronto.

El nombre me golpea con la fuerza de un puñetazo en el pecho. Carlo.

No sé quién es. No sé por qué mi corazón se acelera al oírlo.

Miro a la mujer a mi lado. Quiero ver su rostro, quiero recordar quién es, quién soy.

Pero el destino no me da tiempo.

El sonido ensordecedor de una explosión rasga el aire. Giro la cabeza justo a tiempo para ver a un hombre en la calle, con la ropa sucia y los ojos enloquecidos. Sostiene algo grande sobre su hombro.

Un lanzamisiles.

—¡No!

El impacto es inmediato. El mundo se vuelve fuego, metal retorcido, un estallido de luz y luego… nada.

Despierto con un grito.

Mi cuerpo se tensa, el pecho sube y baja descontrolado mientras mi mente se aferra a los últimos retazos del sueño. Del recuerdo.

Porque sé que era un recuerdo, o al menos parte de él.

El aire me falta, el sudor frío resbala por mi espalda. Mis manos se cierran en las sábanas como si pudieran anclarme a esta realidad.

Y entonces siento su calor.

Cathal está a mi lado.

Su brazo se extiende hacia mí, su expresión aún somnolienta, pero alerta. Siempre alerta.

—Máire…

El sonido de mi nombre en su voz me calma más de lo que quiero admitir.

Respiro hondo y dejo caer la cabeza sobre la almohada, mirando al techo. Mi corazón sigue latiendo con fuerza, pero el miedo se disipa poco a poco, reemplazado por algo más suave. Algo más peligroso.

Porque, por primera vez, dudo.

Dudo de querer volver a Italia. De seguir buscando respuestas. De encontrar la verdad.

Porque mi pasado me dio un accidente, una explosión y un vacío.

Pero mi presente me da a Cathal.

Me giro hacia él y mis ojos se encuentran con los suyos. No dice nada, solo observa, como si supiera con exactitud en qué estoy pensando.

Como si supiera que estoy cayendo.

No en recuerdos.

En él.

Y por primera vez, en vez de sentir miedo, siento que quizás, por fin, he encontrado un hogar.


PACTOS
peligrosos

Capítulo 22

Cathal

Despertarme con Máire en mi cama es simplemente perfecto. Ella duerme acurrucada en mi costado y la observo mientras parece que el mundo fuera de esta habitación se ha detenido.

Anoche tuvo una pesadilla, no me contó de qué iba, no hacía falta, debe ser del accidente en el que perdió la memoria. Habló de un tal Carlo en sueños. Sé que es el nombre de su prometido.

Conor me contó que no le había pedido matrimonio de forma oficial, sin embargo, sí que le pidió permiso a Nicola para hacerlo, por lo que era algo inminente. Y por lo visto sigue trabajando con los que hubieran sido su familia. Es uno más. Mierda, ¿qué pasará cuando lo vea? ¿Recordará lo mucho que lo quería?

Comienzo a besar su cara despacio, quiero despertarla y disfrutar del tiempo que tengo mientras sea mía. Nueve días hasta que le cuente todo.

No sé por qué elegí esa cantidad de tiempo, solo vino a mi mente. Supongo que el día de mi cumpleaños es tan bueno como otro cualquiera para hablarle de su pasado. Espero que para entonces ella me quiera lo suficiente como para perdonarme por no habérselo dicho antes.

—Vamos, dormilona, las niñas nos esperan —le digo cuando mete su cabeza debajo de la almohada.

—Mierda, ¿qué hora es? ¿Me he dormido? —Se levanta con brusquedad y me río.

—Tranquila, no creo que el jefe te despida.

Mira su reloj y abre sus ojos.

—Es muy tarde, tendría que estar ya con ellas —casi grita, y va hacia la puerta.

Me levanto de un salto y la detengo antes de que salga.

—¿Dónde vas? —pregunto, atrapándola entre la puerta y mi cuerpo.

—A vestirme.

—Si sales de mi habitación así, hazlo sabiendo que cualquiera que te vea solo en camiseta va a acabar ciego —gruño, y ella ruedo los ojos.

—¿Qué hago entonces? ¿Me quedó aquí todo el día?

—Suena bien para mí —me burlo, y ella me empuja—. Iré a por algo de ropa mientras te duchas.

—¿Insinúas que huelo mal? —me pica.

—No, quiero que huelas a mí todo el día. Así que puedes ducharte o dejar que te lama todo el cuerpo, tú decides.

El brillo en sus ojos me dice que se lo piensa, y eso me pone duro. Joder, voy a tener un problema serio de bolas azules con Máire hasta que le cuente todo.

—Vale, pero yo te digo lo que quiero que me traigas. Nada de ponerte en plan macho alfa y vestirme de monja.

—Me gusta esa sugerencia.

—Pruébame, Cathal, y tus hombres verán algo más que mi culo.

Su reto hace que mi polla todavía tenga más ganas de enterrarse dentro de ella, así que respiro hondo y asiento.

Me dice lo que necesita y dónde encontrarlo. Me coloco una camiseta antes de salir porque ella misma me lo ordena. Parece que no soy el único territorial aquí, me encanta.

Para cuando vuelvo. Máire me espera con la toalla enrollada en su cuerpo y yo solo puedo dejarle la ropa y girarme para no ver el espectáculo o romperé mi promesa de ser un buen hombre y me meteré muy dentro de ella durante toda la mañana.

El aroma del café recién hecho flota en el aire cuando entramos en la cocina. Máire y yo estamos de la mano, aunque ella intenta zafarse de mi agarre con una sonrisa divertida.

—Cathal, suéltame —susurra, lanzándome una mirada de advertencia, pero yo niego con la cabeza, disfrutando del momento.

—Ni lo sueñes —le contesto con una sonrisa descarada.

Catriona y Fiona, que ya están sentadas en la mesa con Ailis, nos observan con ojos brillantes de diversión. Catriona es la primera en reaccionar.

—¡Ja! Te tiene atrapada, Máire. —Su risa es contagiosa y Fiona se une enseguida, asintiendo con entusiasmo.

—Totalmente atrapada —añade Fiona con un tono cantarín.

Está claro que han aceptado a Máire.

Máire pone los ojos en blanco, pero no puede evitar sonreír. Ailis, por su parte, está demasiado ocupada metiendo cucharadas de yogur en su boca como para prestar atención a nuestras tonterías de adultos.

Nana, la mujer que me crio y la indiscutible reina de la cocina, se gira desde la encimera con una ceja arqueada.

—Si vais a empezar con cursilerías antes del desayuno, avisadme para irme a otro lado —dice con su característico tono sarcástico, aunque su boca la traiciona con un amago de sonrisa.

—No es cursilería, Nana. Es el futuro —contesto con dramatismo fingido, acercándome a besar a Máire en la mejilla. Ella me da un codazo suave en las costillas, pero no protesta demasiado.

—Sí, sí, lo que tú digas —responde Nana, removiendo su café—. Entonces, ¿qué plan tenéis para hoy?

Fiona salta en su silla con entusiasmo.

—¡Vamos a hacer donuts españoles! —anuncia como si fuera la idea más grandiosa del mundo.

—¿Donuts españoles? —repito, intrigado.

—Sí —interviene Catriona—. Encontramos una receta en internet. Son como rosquillas, pero más blanditas. Y tienen azúcar por encima. —Sus ojos brillan con anticipación.

—Dios bendiga el internet —comento, tomando un sorbo de café.

Máire se ríe y se sacude las manos.

—Bueno, pues si vamos a hacer donuts, mejor empezamos ya. No quiero ver a nadie quejándose si sale un desastre. —Nos lanza una mirada acusadora, claramente dirigida a mí y a las niñas.

Nana resopla.

—Si vais a ensuciar mi cocina, más os vale limpiarla después. —Pero ya está sacando ingredientes de los armarios, lo que significa que en el fondo le gusta la idea.

Nos ponemos manos a la obra. Ailis, sentada en su trona, observa fascinada cómo batimos huevos y mezclamos harina con azúcar. Fiona y Catriona pelean por quién revuelve la masa más veces,

mientras que yo, con un heroico esfuerzo, intento no meter los dedos en la mezcla para probarla.

Máire me da una colleja leve cuando cree que nadie mira.

—¡Eh! ¿Por qué yo y no las niñas? —me quejo.

—Porque ellas no actúan como un crío de cinco años —responde con una sonrisa.

Mientras la masa reposa, nos ponemos a calentar el aceite. Nana se asegura de que nadie se acerque demasiado a la sartén, especialmente Ailis, que está tratando de trepar por mi pierna para ver qué está pasando.

Cuando llega el momento de freírlos, la cocina se llena del sonido chisporroteante del aceite y el dulce aroma de los donuts dorándose a la perfección. Por lo que sé, han pasado tiempo en la cocina y por eso cuando me acerco a Máire huele tan dulce siempre.

Máire y yo trabajamos en equipo: ella da forma a la masa, yo los echo al aceite, y Nana supervisa para que no incendiemos la cocina.

Fiona y Catriona preparan un plato con azúcar y canela para espolvorear los donuts mientras Ailis da pequeños saltitos de emoción.

Cuando el primer donut sale de la sartén y lo pasamos por el azúcar, Ailis lo mira con adoración absoluta.

—¿Ya? —pregunta con ojitos suplicantes.

—Demasiado caliente aún, cariño —le digo, soplando sobre uno para enfriarlo.

Nana decide dejar el plato en la ventana, hace fresco y así ayudará a que se enfríe más rápido. Lo hacía con los pasteles cuando yo era niño y ese recuerdo me saca una sonrisa.

No tarda mucho en estar lo bastante frío y, cuando al fin le damos un trozo a Ailis, su cara se ilumina.

—¡Más, mamá! —exclama con la boca llena.

Miro a Máire, ella y yo somos los únicos que nos hemos dado cuenta de las palabras de mi hija.

Cuando le sonríe y le besa su pequeña cabecita siento que me va a explotar el pecho. No la corrige, no sé si porque no quiere o porque ni siquiera Ailis se ha dado cuenta de su desliz verbal, me da

igual, lo que importa es que Máire empieza a ver que esta es su casa, y no hablo solo de la mansión.

—¡No metas la lengua en el plato de rebozar los donuts! —reprende Nana a Catriona, que ahora tiene la nariz llena de azúcar y canela.

Río y miro a mi alrededor. Fiona y Máire devoran los donuts, Ailis tiene azúcar en la barbilla y Nana, aunque intenta fingir que no le interesa, mastica un donut con expresión satisfecha.

En ese momento, con la cocina hecha un desastre y las risas flotando en el aire, me doy cuenta de lo perfecta que es esta escena. No podría pedir nada más. Esta, aquí y ahora, es mi familia.

Y es todo lo que necesito.

Ahora solo tengo que convencer a Máire de lo mismo, y dispongo de nueve días para ello.


PACTOS
peligrosos

Capítulo 23

Máire

La mañana comienza con lo que debe ser el habitual caos de preparar a tres niñas para la escuela. Ailis corretea por la casa con un zapato puesto y el otro en la mano mientras Fiona y Catriona discuten sobre quién se queda con la última manzana de la cesta. Cathal y yo intercambiamos miradas cómplices; es un milagro que consigamos salir de casa a tiempo. Es todo tan normal que me encanta.

—¡Al coche, todas! —ordena Cathal, con su voz de mando que no deja espacio a protestas.

Las niñas se amontonan en el asiento trasero, riendo y empujándose con la confianza de quienes han pasado días juntas bajo el mismo techo. Mientras nos alejamos de casa, me giro en mi asiento para mirarlas.

—Así que, chicas, ¿todo listo para el regreso a la normalidad? —pregunto con una sonrisa.

—¡Sí! —exclama Fiona—. Aunque todavía falta Molly.

Catriona asiente, con el ceño fruncido.

—Sí, ¿cuánto tardará en volver? —pregunta con un toque de preocupación.

Cathal mantiene los ojos en la carretera, pero su tono es tranquilo cuando responde.

—Un poco más. Tiene un tema médico que solucionar, pero pronto estará de vuelta.

No dice nada más porque, aunque Ailis es pequeña, escucha perfectamente todo y a saber dónde lo suelta después.

—¡Y entonces comenzará la Operación Príncipe Glue! —Fiona agita los brazos con dramatismo.

Sonrío y me giro hacia Cathal con una ceja levantada.

—¿Operación Príncipe Glue? ¿Me he perdido algo?

Él suelta una risa baja, pero es Catriona quien responde con tono conspirativo.

—Es nuestro plan secreto —contesta guiñándome un ojo, y me río por la referencia de Blue y Glue.

Me encantan estas niñas, aunque serán aterradoras de mayor.

El coche se detiene frente a la escuela y las niñas empiezan a recoger sus mochilas. Ailis me lanza una mirada brillante.

—Nos vemos el finde, ¿verdad?

—Por supuesto, cariño.

—Esta semana tenemos algo importante. Es el cumpleaños de papá —me recuerda.

Faltan cinco días y hemos acordado hacerle una tarta entre las cuatro.

—¿Os vais a portar bien esta semana? —pregunta Cathal por la ventanilla.

Las tres sueltan un coro de «¡Sí!» y Catriona añade:

—¿Cuándo no lo hacemos?

—No me gusta cómo suena eso —bromea Cathal, y todos nos reímos.

Las niñas salen corriendo hacia la entrada de la escuela, pero antes de entrar, se giran y nos despiden con la mano.

—¡Nos vemos en casa! —gritan al unísono.

Cuando vuelven a centrarse en el camino hacia la escuela, me quedo mirando cómo desaparecen entre los demás alumnos. Me sorprendo a mí misma con la calidez en mi pecho, como si este caos mañanero fuera algo natural para mí, algo que formara parte de mi día a día. No me siento fuera de lugar. Me siento… en casa.

—Te has quedado mirándolas como una mamá orgullosa —comenta Cathal en tono burlón mientras arranca el coche.

Le lanzo una mirada de advertencia, pero mi sonrisa lo desmiente.

—Cállate.

Cathal se ríe y se pone en marcha. Me ha dicho que tenemos que ir a recoger algo antes de volver a casa.

Es curioso, siento que es así. Mi hogar. No lo sentí de esa manera mientras viví con Roisin. Suspiro.

—¿En qué piensas?

—Echo de menos a mi madre —le contesto, y pone su mano en mi muslo mientras conduce—. Bueno, ya sé que no lo era, pero…

—Es normal. Puedes sentir que la quieres y que fue tu madre además de enfadarte con ella por mentir —me tranquiliza, y asiento.

—Cuando vaya a Dublín le llevaré unas flores.

—Seguro que le gustaría.

Se queda callado un instante y es mi turno de preguntar.

—Y tú, ¿en qué piensas?

—En los días tan increíbles que hemos pasado juntos y en que no quiero que se acaben.

Coincido en que han sido maravillosos. Como una película en la que todo es perfecto y nada puede empañar nuestra felicidad. Eso acojona, lo entiendo.

—¿Por qué se acabarían? —me atrevo a preguntar.

Cathal toma una larga respiración y luego me contesta.

—Estoy a punto de encontrar tu identidad, y cuando lo haga te irás, volverás a tu vida, una en la que es probable que yo no tenga cabida.

Sus palabras son tan tristes que hacen que se me apriete el pecho.

—¿Sabes algo de mí?

—Cosas que tengo que confirmar, espero hacerlo en breve.

—¿Y tan malo es lo que tienes que confirmar?

—Depende de para quién… Sí, lo es.

Sus palabras me dejan algo aturdida. No sabía que estaba buscando sobre mi pasado, para ser sincera, casi me molesta que lo haya hecho, como si no le bastara el aquí y el ahora.

—¿Estás enfadada? —pregunta mirándome mientras estamos parados en un semáforo en rojo y asiento.

Me sorprende lo bien que me conoce a pesar de lo poco que llevamos juntos.

—¿Por qué buscaste sobre mi pasado?

Me mira y sonríe, quiero apartar mi mano de la suya, pero no me deja, nunca lo hace, siempre quiere tener contacto cuando estamos cerca.

—Déjame adivinar —comienza—, esa cabecita elucubradora tuya está pensando que me quería deshacer de ti y por eso he buscado quién eras.

—Tus palabras, no las mías.

Suelta una carcajada y me jode reconocer que amo ese sonido, y a él. Sí, una locura, no sé cómo ha pasado, pero me he enamorado de este hombre. Ese será mi regalo de cumpleaños, decírselo para que podamos por fin pasar una noche juntos porque, aunque voy a reconocer que los orgasmos que me da con su boca y sus manos son geniales, me muero por saber lo que se siente teniéndolo dentro de mí.

—Fue casualidad, no estaba buscando sobre tu pasado, aunque me alegro de que haya ocurrido. Quiero tenerte en mi vida de forma completa, saber que quieres estar aquí conociendo todas tus opciones.

«Que lo elija cuando podría marcharme», termino por él en mi cabeza.

—¿Has matado a alguien cercano a mí? —pregunto, tratando de sonsacarle algo más.

—No que yo sepa, aunque podría ser —se encoge de hombros—, llevo mucho en el negocio.

Comienzo a pensar sobre sus palabras hasta que llegamos a otro semáforo y se gira, agarra mi cara, la gira y me besa hasta dejarme sin sentido.

—Para ya de pensar. Te prometo que son solo unos días más, disfrutemos siendo Cathal y Máire hasta entonces, por favor.

Asiento, aunque no tengo muy claro que pueda hacerlo.

Llegamos a un lugar donde envían paquetes y Cathal recoge uno. No pone nada en la caja, así que no tengo idea de lo que es. Espero que nada que antes estuviera unido a un cuerpo humano.

Sí, he releído demasiado a Neva últimamente.

Volvemos a casa hablando de todo y de nada. Le pregunto por el colegio de las niñas, me preocupa que pase algo como lo de Molly y no tengan constancia. Cathal me asegura que eso no ocurrirá, ya ha tenido una charla con los padres de la niña y van a tomar cartas en el asunto.

Me alegro de que Molly haya encontrado comprensión en su casa, va a ser duro volver a su vida cuando todo acabe.

Me atrevo a preguntarle también por la madre de las mellis. No sabe mucho, solo que un día el hermano mayor de Conor apareció con las niñas en sus brazos y dijo que eran suyas. Supone que la madre no estaba interesada en una familia feliz; por lo que él sabe, su primo le dio dinero y la mujer desapareció. Ese tipo de personas no deberían poder tener hijos.

Cuando llegamos me pide que me adelante. Entro y saludo a Lydia, está discutiendo con Conor sobre algo de unas sábanas que él tiene de duendes irlandeses y arco iris. Me río, pero paso de largo.

Ayudo a Nana a pelar patatas y cuando acabo me doy cuenta de que tengo un mensaje de Cathal, me espera en el invernadero. Me lavo las manos y salgo al jardín para reunirme con él.

No sé qué está tramando, pero la manera en que me mira, con esa media sonrisa que significa que está a punto de sorprenderme, me pone nerviosa y emocionada a partes iguales. Me tiende un paquete envuelto en un papel grueso y elegante, con un lazo sencillo, pero hermoso.

—¿Qué es esto? —pregunto, aunque mi corazón ya late con anticipación.

—Ábrelo y lo verás —responde, con ese tono de satisfacción que usa cuando está seguro de que me va a encantar algo.

Desato el lazo con cuidado y rasgo el papel con dedos temblorosos. Lo primero que veo es una colección de libros, pero no cualquier colección. Al tocar las tapas, me doy cuenta de que no son las originales. Son encuadernaciones artesanales, con filigranas doradas y relieves sutiles en la piel oscura. Paso las yemas de los dedos por los diseños, maravillada.

—Cathal… —susurro, incapaz de apartar la vista de ellos.

—Sigue mirando —me anima, su voz más suave ahora.

Cuando los tomo en mis manos y los acomodo de canto, mi respiración se corta. Han sido pintados a mano y juntos forman la imagen de una montaña, con tonos que varían del azul profundo al brillante amarillo de las estrellas. Al menos los tres primeros, el cuarto tiene símbolos y el último el dibujo es el de una chica.

—Son preciosos… —Mis ojos arden con la emoción, y cuando lo miro, Cathal ya me está observando con una expresión tierna.

—Sé que te encantan los libros, así que quería que tuvieras una edición especial. Única. Como tú —dice, encogiéndose de hombros, como si no fuera gran cosa, como si no acabara de entregarme una de las cosas más hermosas que he visto.

Acaricio los cantos de las páginas con miedo de estropear la pintura. Es tan perfecta, tan delicada. Las filigranas de las tapas parecen casi antiguas, como si estos libros hubieran sido creados siglos atrás solo para llegar a mis manos en este preciso momento.

—Nunca había visto algo tan hermoso —digo con voz temblorosa, y al instante Cathal sonríe con ese brillo en los ojos que me hace sentir que todo está bien.

—Me alegra que te guste. —Su mano se posa sobre la mía, cubriéndola con calidez.

Muevo la cabeza, sin saber cómo agradecerle algo tan especial. Así que, en lugar de palabras, me inclino y lo beso con todo lo que siento en este instante. Con gratitud, con amor, con la certeza de que nadie más en el mundo me conoce tan bien como él.

Cuando nos separamos, apoyo la frente contra la suya y sonrío.

—Esto es lo mejor que me han regalado nunca.

Cathal me abraza y susurra en mi oído:

—Es solo el principio del regalo.

—No necesito nada más.

—Lo sé, pero es más para mí que para ti. Me gustaría que los leyésemos juntos.

Lo miro extrañada. *Una corte de Rosas y Espinas* es un libro de fantasía famoso, no he tenido el placer de leerlo, pero no es algo que recomendaría a alguien como Cathal.

—¿Y eso?

—Solo concédeme el gusto de disfrutar de esta historia juntos.

Sonrío y asiento. Magia, faes *sexys* y Cathal a mi lado. Suena un plan perfecto para mí.

—Con una condición —le susurro, y él me presta atención—. Que me lo leas sin camiseta mientras tengo tu polla en mi boca.


PACTOS
peligrosos

Capítulo 24

Cathal

Me despierto y lo primero en lo que pienso no es en que hoy cumplo un año más, no, lo primero en lo que pienso es en que puede que hoy la pierda y eso no sé si puedo soportarlo.

Qué cojones, no, no lo haré. Le voy a contar todo, aguantaré su enfado, la dejaré que me grite y me pegue, pero estaré a su lado. Y ningún Carlo va a acercarse a ella.

—¿Por qué gruñes tan temprano? —pregunta Máire, despertándose y abrazándome—. Buenos días y feliz cumpleaños.

La beso y dejo que mi boca recorra su cuello. Ella se arquea y decido que la quiero como desayuno de cumpleaños.

Anoche nos dormimos después de acabar el segundo libro de los que le regalé. He de decir que me cayó mal ese tal Tamlin desde el principio, aunque a Máire parecía gustarle. Al menos hasta llegar al segundo libro, donde ha estado cabreada por ser un puto cobarde. Sinceramente, me da igual, cuando leíamos escenas calientes Máire se ponía cachonda y yo recibía una mamada que me ha hecho plantearme que el porno es pura basura comparado con la buena literatura romántica.

Justo cuando salimos de la ducha, las niñas llaman a la puerta y aparecen. Es natural que nos vean juntos, apenas unos días y es como si Máire hubiera estado alrededor toda la vida. Increíble.

—Es hora de ya sabes… —dice Fiona, y Máire se ríe.

Las tres me felicitan, me besan y después se roban a mi mujer. Me encanta pensar en eso. Mi mujer. Al menos hasta esta noche.

Cuando salgo de la habitación, el aroma del chocolate fundiéndose en la cocina flota por toda la casa. Sé perfectamente lo que están haciendo ahí dentro, aunque Máire ha sido tajante esta mañana.

—No te acerques a la cocina, Cathal. Es una orden —me ha dicho con una mirada firme, la misma que usa cuando no piensa negociar. Justo antes de que lamiera su orgasmo en la ducha.

Saber que Ailis, Catriona y Fiona están con ella, conspirando y riendo mientras preparan lo que sin duda será mi pastel de cumpleaños, me llena de una calidez que no suelo permitirme sentir tan a menudo.

Pero no es eso lo que me tiene encerrado en mi despacho, con la mandíbula apretada y el estómago revuelto. Es el otro tema. La conversación que he estado aplazando con Máire durante demasiado tiempo. Hoy es el día, pero después de la fiesta… no podré seguir evitando esto.

Entro a mi despacho y veo a mi primo por el rabillo del ojo.

—Si sigues con esa cara, van a pensar que odias tu cumpleaños. —La voz de Conor rompe el silencio, y cuando levanto la mirada lo encuentro reclinado en el sillón de enfrente, con una copa en la mano y su sonrisa de siempre.

—Tal vez lo odio —murmuro, sin mucho ánimo—. ¿No es demasiado temprano para beber?

—No es el cumpleaños lo que te tiene así. Es lo que vas a contarle a Máire —acierta con demasiada facilidad.

Me paso una mano por la cara y resoplo. Conor me conoce demasiado bien.

—¿Sabes? —continúa él—. Si no tuvieras ese maldito sentido de la responsabilidad tan arraigado, podrías estar ahora mismo espiando en la cocina como un crío curioso, en lugar de encerrado aquí, torturándote.

—No necesito espiar. Sé que están haciendo un pastel para mí —le digo, fingiendo indiferencia.

—¿Y te hace ilusión? —pregunta con burla.

Lo fulmino con la mirada, pero su expresión solo se vuelve más divertida. Se nota que disfruta viendo cómo me retuerzo con este asunto.

—Claro que me hace ilusión. Pero hay cosas más importantes que resolver. —Mi tono es más grave de lo que pretendía.

Conor se incorpora un poco y su expresión cambia, aún relajada, pero con algo de seriedad.

—¿Tienes miedo de que no lo entienda? ¿O de que no te perdone? —pregunta.

No le respondo al instante porque la respuesta es complicada. Máire merece la verdad. Siempre la ha merecido. Pero no puedo evitar preguntarme qué pensará de mí cuando la sepa.

Antes de que pueda seguir hundiéndome en mis pensamientos, un sonido en el pasillo nos interrumpe. Luego, la puerta del despacho se abre con lentitud y ahí están ellas.

Máire está en el umbral con Ailis a su lado, su pequeña mano aferrada a la de ella. La cocina ha dejado marcas en ambas: un poco de harina en la mejilla de Máire y chocolate en los dedos de Ailis. Ambas sonríen, y por un momento todo mi miedo se disipa.

—Venimos a buscar al cumpleañero —anuncia Máire con una ceja arqueada—. Se supone que tienes una fiesta, no un funeral.

Ailis asiente con entusiasmo. Máire me ha dicho que a pesar de que esta noche es la fiesta oficial, debería hacer una con los de la casa, incluyendo a Nana, Killian y los hombres que no estén de servicio.

—¡El pastel está casi listo! —exclama, y su emoción es tan contagiosa que hasta Conor suelta una risa baja.

Máire me mira con esa calidez suya, esa que me hace creer, aunque sea por un segundo, que tal vez todo estará bien.

—¿Vienes? —pregunta con suavidad.

Miro a Conor, quien me da una palmada en el hombro antes de levantarse.

—Vamos, no puedes perderte esto. Aunque después tengas que enfrentarte a lo que sea —dice, y hay un mensaje oculto en sus palabras. «Hazlo bien», me está diciendo sin verbalizarlo.

Asiento y camino hacia la puerta. Máire me espera con paciencia, y cuando paso junto a ella, roza mi brazo con los dedos en un gesto casual, pero que me ancla al presente.

Lo haré. Después de la fiesta le contaré todo. Pero ahora… Ahora solo quiero verla sonreír un rato más.

Las sigo a la cocina y veo a Catriona y a Fiona lamer cucharas.

—Eso no es muy higiénico —las reprendo sonriendo.

—Voy a buscar a Lydia. Id yendo al comedor —dice Máire, y Ailis la sigue.

Es como un patito con ella, siempre va donde mi mujer. Me encanta.

Nos dirigimos hacia allí, Killian y mis hombres nos esperan sentados, todos alrededor de una mesa decorada con lo que parecen los dibujos favoritos de Ailis. *Cocomelon* creo que se llaman. Voy a reconocer que la escena es graciosa.

Conor recibe un aviso y frunce el ceño.

—¿Qué pasa?

—Ha llegado un coche y no sé quién es.

—¿Cómo que no sabes quién es?

—Los hombres dicen que tienen permiso, eso dice la matricula en la base de datos, pero no sé de quién es.

Nos dirigimos hacia la puerta principal cuando veo que Máire la abre. Ailis se agarra a su pierna. Prácticamente corro hacia allí, pero me detengo en seco cuando veo quiénes son y lo que le dicen, solo dos palabras que hacen que mi mundo se vaya a la mierda.

—Hola, Fiorella.


PACTOS
peligrosos

Capítulo 25

Máire

Miro a los dos tipos frente a mí mientras Ailis se agarra a mi pierna. Creo que se equivocan de persona. Cuando voy a decírselo, Cathal aparece, se pone delante y les apunta con un arma a la cabeza, al menos al que ha saludado, al otro le apunta Conor.

—Entrad dentro —ordena Cathal en un tono que denota que algo no va bien, así que no lo cuestiono.

Cojo a Ailis en brazos y me dispongo a volver a la cocina.

—Así que por eso no has vuelto a casa —dice al que apunta Conor, y lo miro.

—Ella está en su casa —sisea Cathal.

—No lo está y lo sabes, irlandés —interviene el otro, que me mira con curiosidad.

Lydia aparece en ese momento y le tiendo a Ailis.

—Llévatela —le pido, y ella lo hace sin preguntar—. ¿Quiénes sois?

—Tus cuñados —suelta al que apunta Cathal.

La confusión está pintada en toda mi cara, no tengo hermanos ni hermanas. Oh, espera.

—¿Sabéis quién soy? —inquiero, y ambos asienten

Miro a Cathal y veo que Conor baja su arma.

—Primo, es momento de hablar —le indica a Cathal, que sujeta con firmeza la pistola.

Me mira, respira hondo, asiente y baja el arma.

—Será mejor que vayamos a otro sitio —dice Cathal, y me coge de la mano.

Killian aparece con cinco hombres, pero Conor los despacha diciendo que está todo controlado. No entiendo nada.

Se escuchan las risas de las niñas y recuerdo que nos esperan para comer el pastel que hemos hecho por el cumpleaños.

Me dejo guiar porque ahora mismo es como un sueño, no puedo dejar de mirar a los hombres que nos siguen y ellos no me apartan

la vista ni un momento, como si fuera irreal que yo estuviera caminando a un paso de su alcance.

Llegamos a una de las puertas del fondo del pasillo y pasamos, Cathal se sienta en un sillón y me coloca encima, ajustando sus brazos alrededor de mi cintura en un tono protector.

La habitación es amplia, con muebles oscuros y pesados que le dan un aire solemne. No he estado aquí antes, y la sensación de estar fuera de lugar es abrumadora. Hay una silla de cuero donde el que tiene pinta de ser de Europa del este se apoya con los brazos cruzados. A su lado, el hombre de aspecto mediterráneo observa con la expresión tensa, y más atrás, Conor, que parece ser la única barrera entre la conversación y el caos que presiento que puede desatarse.

No entiendo por qué estoy aquí. O, mejor dicho, no entiendo por qué el del este me mira como si fuera a soltar algo que cambiará mi vida. Su mandíbula está apretada y sus ojos son dos sombras de acero. Finalmente, respira hondo y dice:

—Soy Lev y este es Roma. Tu nombre no es Máire y no eres irlandesa.

Mi cuerpo se congela.

—¿Perdón? —mi voz es apenas un susurro, pero el silencio en la habitación la hace sonar como un disparo.

Lev aprieta los labios por un momento antes de continuar.

—Te llamas Fiorella Farnese.

Me río. No porque sea gracioso, sino porque mi cerebro se niega a procesar la información. Niego con la cabeza y miro a Cathal, esperando que él intervenga, que me diga que esto es un malentendido, pero su expresión es indescifrable.

—No puede ser —susurro.

—Sí puede —insiste Lev—. Tienes tres hermanas. Nella, Seren y Ori. Hace años tu padre intentó matarte. Te dieron por muerta, pero Nella, mi mujer, nunca lo creyó. Siempre estuvo segura de que te encontraría.

—Eso es un resumen muy resumido —se queja el tal Roma.

El aire parece escaparse de mis pulmones. No puede ser cierto. No puede. Pero algo en la forma en la que Roma me mira, con una

mezcla de lástima y alivio, me dice que esto no es una mentira. Roma, el marido de una de mis supuestas hermanas.

—No… —mi voz se rompe—. Mi padre…

Los recuerdos son un remolino en mi mente. Fragmentos de algo que nunca encajó del todo, voces apagadas, el eco de una mujer gritando. Un disparo. Frío. Oscuridad. Me llevo las manos a la cabeza y cierro los ojos con fuerza, intentando detener la avalancha de imágenes.

—Lo siento, Fiorella. —Lev dice mi supuesto nombre con tanta firmeza que siento que todo mi ser se tambalea.

Sacudo la cabeza con vehemencia.

—¿Estás seguro? —Miro a Cathal, a Conor, buscando una salida, algo que me ancle a la realidad que conozco, pero ellos solo guardan silencio.

—Lo eres —insiste Lev con suavidad—. Y Nella te ha estado buscando todo este tiempo.

Algo dentro de mí se rompe. Una punzada de emoción se cuela entre el miedo y la confusión. Alguien me ha estado buscando. Una hermana que nunca supe que tenía… nunca dejé de existir para ella.

Las lágrimas pican en mis ojos, pero las contengo. Necesito pensar. Necesito respirar.

Lev da un paso hacia mí, pero Roma le pone una mano en el brazo, deteniéndolo. Él entiende. Necesito espacio. Necesito procesarlo. ¿Me conoce así de bien?

Me pongo de pie con las piernas temblorosas y miro a Cathal.

—¿Estás bien? —me pregunta preocupado.

—No lo sé. Quiero saber de dónde vengo, pero…

—Pensábamos que estabas muerta, Fiore —dice con ternura Roma.

Me mira como si fuera su hermana pequeña y siento algo cálido al observarlo.

—¿Nos conocíamos mucho antes? —le pregunto, y él asiente con una bonita sonrisa—. Cuando te miro algo me dice que estábamos unidos, sin embargo, contigo no siento nada.

—Eso es porque este es idiota —contesta Roma, haciéndome sonreír—. Y sí, éramos cercanos, eres mi hermana.

—Yo no soy idiota, solo que no nos conocimos más allá de una leve visita que hicisteis las Farnese a Rusia.

Un dolor atraviesa mi cabeza y me la sujeto. Una imagen de Lev en un trono aparece frente a mí. Es solo un segundo.

Al momento tengo a Cathal a mi lado abrazándome y apartándome de Roma, que ha intentado hacer lo mismo.

—Ni se te ocurra tocarla —le gruñe, y Roma lo mira confundido un instante hasta que entiende que entre Cathal y yo hay algo más.

—Vale, esto acaba de volverse más entretenido —se burla Lev, y le doy una mala mirada.

Creo que es idiota.

—Me parece que deberíamos sentarnos todos a hablar tranquilamente —interviene Conor—, Máire necesita que le expliquemos las cosas con calma.

—Gracias —le murmuro, y decido sentarme en el sofá de tres plazas.

Cathal se pone a mi lado de inmediato y respiro hondo para tratar de entender todo el caos que ahora mismo hay frente a mí.

—Dices que tengo tres hermanas, pero solo una me buscó, ¿tengo mala relación con las otras dos? —comienzo.

—No —contesta Roma—. Ori y Seren te aman, pero creyeron que habías muerto.

—Nella —lo corta Lev— estaba unida a ti de forma especial. Supongo que al ser la más cercana en edad pasasteis más tiempo juntas. Ella iba contigo en el coche.

El recuerdo de mi pesadilla viene a mi mente. Así que con quien hablaba era con mi hermana, Nella.

—¿Por qué no han venido? —inquiero.

—No saben que estás viva —me aclara Lev—. Cuando desapareciste, le prometí a Nella que te encontraría. En un momento dado, pensé que quizás te habías largado, que habías abandonado todo y empezado una nueva vida.

—Sí, lo pensó porque es gilipollas y no te conocía. Si hubiera convivido solo un día en casa con todas habría sabido que jamás te hubieras largado sin decir nada, y mucho menos haber fingido tu muerte para ello —agrega Roma.

—Como sea —lo ignora Lev—. La cuestión es que te investigué, te conozco lo suficiente como para saber que querrías tener tus libros de edición especial pintada a mano de ARCOLAS.

—ACOTAR —lo corrijo.

—Eso —sonríe—. Bueno, tú ya tenías esa edición que te regalaron tus hermanas y que ahora descansa en tu tumba con alguien que no tengo ni idea de quién es. Lo cual es raro —murmura—. Así que le pedí a quien las hace que me mandara los nombres de todas las personas que hicieran un encargo similar. En estos años fueron varias, aunque ninguna era igual, solo parecida. Hasta hace unos días que un tipo con mucha pasta pidió exactamente el mismo dibujo que tenían los tuyos.

Miro a Cathal, él me hizo este regalo.

—Sí, supongo que el tipo rico es este. Solo tuve que tirar del hilo y encontrarte. Decidí que era mejor que viniera solo sin las chicas, en caso de que mi teoría sobre que habías desaparecido porque querías era cierta. Se lo conté a Nicola y a Roma y decidieron que este último me acompañaría.

—¿Quién es Nicola? —pregunto.

—Es mi primo y el marido de tu hermana mayor, Seren. También es el padre de tu sobrina.

—¿Tengo una sobrina?

—Sí, una niña preciosa a la que no has conocido porque nació mientras tú estabas aquí —contesta Roma.

Mi corazón se acelera.

—Y eso me lleva a preguntarte —prosigue Roma—, ¿no recuerdas absolutamente nada?

—No.

Es mi turno de explicarles todo. Cómo Roisin me encontró y me llevó con ella haciéndome creer que era su hija y que había tenido una vida anterior muy diferente. Los más de dos años trabajando limpiando casas y cómo me encontré con Cathal. La muerte de mi supuesta madre y la confesión de Nuala sobre quién podía ser en realidad.

Me escuchan con atención y Cathal no deja de apretar mi mano cada vez que necesito tomar aire. Todo esto es demasiado para mí.

Cuando acabo, y mientras ellos asimilan todo lo que acabo de contarles, vuelvo a pensar en lo que me han dicho. Y es en ese momento en que caigo en la cuenta de algo, la forma en la que me han encontrado, a través de Cathal.

Él pidió el mismo dibujo y lo hizo a la misma persona, y además, ¿cómo sabía que me iba a gustar el *romantasy* si solo leo mafia?

—¿Cómo sabías qué dibujo poner en los libros? —pregunto de pronto, mirando a Cathal.

Él me mira en silencio y sus ojos me dicen lo que su boca calla.

—Lo sabías —murmuro.

—Sí.

—¿Desde cuándo?

—Hace diez días. Keyran te reconoció.

—¿Por qué no me lo dijiste?

Mira a su primo y no entiendo nada.

—Ah, creo que yo tengo la respuesta a eso —interviene Roma, sacando su móvil y enseñándome la foto de un hombre muy guapo, al estilo clásico, moreno de ojos color aceituna y mandíbula cuadrada.

—¿Quién es?

—Carlo DiConte. ¿Lo recuerdas? —contesta, y la conversación de mis pesadillas vuelve a mí

—¿Qué tal con Carlo?

—Es el amor de mi vida, creo que me va a pedir que nos casemos muy pronto.

Entonces miro a Cathal y respondo:

—Es el amor de mi vida.


PACTOS
peligrosos

Capítulo 26

Máire

Cathal me mira con el dolor pintando toda su cara, su respiración es agitada y quiero abrazarlo, pero ahora se siente mal querer hacerlo.

—¿Lo recuerdas? —me pregunta, y niego con la cabeza.

Respira aliviado.

—Es lo que le decía creo que a Nella en mi pesadilla.

Les cuento lo que ha estado en mis sueños desde que desperté del accidente y Roma me confirma que eso es lo que pasó.

Joder, creía que era un sueño porque ¿cómo demonios iba a tener sentido que un vagabundo me disparara con un lanzamisiles en mitad de la calle?

Se escuchan dos golpes en la puerta antes de que Killian asome la cabeza.

—Las niñas están inquietas —dice, y asiento.

Me levanto y salgo de allí. Las tres esperan en la pared muy serias. Cathal sale tras de mí.

—Ey, ¿qué pasa? —les pregunto, agachándome hasta ponerme a su altura.

—La fiesta de papá… —acierta a decir en un murmuro Ailis, y me doy una patada en el culo por no haber pensado en esto antes.

—Lo siento, han venido unas personas y se me ha olvidado por completo.

—Chicas —interviene Cathal—, ahora no es el momento.

Las tres lo miran dolidas.

—Te han hecho un pastel delicioso y creo que deberías ir a probarlo —le aseguro.

—No te voy a dejar a solas con ellos ni de puta coña.

—Eso es una palabrota —interviene Catriona, y Fiona asiente.

—No me va a pasar nada, tengo a Killian aquí fuera y de verdad necesito hablar con ellos.

—¿Qué quieres preguntarles que no puedo escuchar? —inquiere con un tono que demuestra que le ha dolido que le pida que se vaya.

Lo que no ha entendido es que no es tanto lo que quiero saber como el hecho de que las tres niñas han estado entusiasmadas por que él probara su tarta y no van a entender que no lo haga después de todo el esfuerzo.

—No lo sé, eso es lo que quiero averiguar. Así que, por favor, respeta mi decisión y ve con las niñas y con Conor a celebrar tu cumpleaños como habíamos planeado, en familia.

—Tú eres parte de la familia.

—Sí —agregan las tres niñas a la vez.

Sonrío.

—Lo sé, pero ahora mismo necesito resolver algo.

—¿Hemos hecho algo mal? —pregunta Fiona.

—No, claro que no.

—¿Son peligrosos esos hombres? —interviene Ailis.

—Para nada, son personas de mi pasado. Sabéis que no recuerdo nada, que no sabía quién era, ¿verdad? —Las tres asienten—. Ellos sí saben quién soy y necesito que me ayuden a descubrirlo, pero eso no hace que lo que ya sé de mi presente sea menos importante. Os quiero mucho sin importar qué hay en mi pasado.

Las tres me abrazan y me levanto para volver dentro de la sala. Cathal me toma por la cintura y me besa, le dejo que lo haga porque lo necesito. Al igual que un abrazo, y soy yo la que se aferra a él mientras me rodea con los brazos y me entierro en su olor a cedro.

—Te quiero —susurra en mi oído, y estoy tentada a decirle que yo también, pero entonces recuerdo que hay un hombre en mi vida al que llamé amor antes y ahora no sé qué va a pasar con nosotros.

Los veo alejarse y se me encoge un poco el alma. Conor me da un vistazo y un asentimiento, creo que entiende que necesito todo esto mejor que yo misma.

Entro de nuevo y me siento en el sofá con las piernas cruzadas, rodeada por Lev y Roma. Mis manos están frías, las entrelazo sobre mi regazo para evitar que tiemblen. Hay algo aterrador en pedirles esto, en enfrentarme a la posibilidad de que todo lo que digan me

siga sonando ajeno. Pero no puedo quedarme con la duda, no puedo seguir sin intentarlo.

—Quiero recordar —digo finalmente, mi voz firme, pero apenas un susurro—. Lo que sea, cualquier cosa que podáis contarme. Tal vez algo haga que mi memoria regrese.

Lev y Roma intercambian una mirada. Lev es el primero en hablar.

—No sé por dónde empezar. —Se pasa una mano por el pelo, pensativo—. ¿Te cuento sobre la vez que intentaste escaparte de casa y terminaste atrapada en un árbol?

Frunzo el ceño.

—¿Qué?

Roma se ríe, acomodándose en el sillón frente a mí.

—Eras pequeña, tal vez seis o siete años. Tenías una pelea con tu padre, no recuerdo por qué, pero estabas convencida de que podías irte a vivir sola. Así que decidiste trepar por la ventana de tu cuarto. Lograste bajar hasta el jardín, pero cuando intentaste escalar el muro, terminaste atrapada en las ramas de un árbol. Estuviste ahí colgada, pataleando y gritando por ayuda hasta que Nella te encontró. No paraba de reírse.

Intento imaginarlo. Una niña con mi rostro, llena de determinación, atrapada en un árbol, exigiendo libertad. Me sorprendo al notar que la imagen no me resulta tan ajena. Algo en la historia hace eco en mí, como si la esencia de esa niña aún viviera dentro de mí.

Roma sonríe, animado por mi reacción.

—O la vez que decidiste que eras una princesa y obligaste a Seren y Ori a construirte un trono con cojines y mantas. No podían tocarte sin tu permiso. Dijiste que solo los elegidos podían dirigirse a la realeza.

Suelto una risa entre dientes. No sé si son recuerdos o simplemente la forma en que Roma lo cuenta, pero siento algo dentro de mí, una calidez inesperada.

Lev me mira e interviene de nuevo.

—No te conocí entonces, pero Nella sí —dice con suavidad—. Me hablaba de ti todo el tiempo. De cómo te quedabas dormida en su cama porque tenías miedo a la oscuridad cuando eráis pequeñas. De

como eras la más traviesa de las cuatro, la que siempre metía a las demás en problemas y luego se salía con la suya con una sonrisa. Y de cómo dejabas que ella se acurrucara en tu cama después de su secuestro.

Mis labios se entreabren. Miedo a la oscuridad. Algo resuena en mi pecho. No es un recuerdo claro, pero la sensación está ahí.

—Nella decía que siempre sabías cuándo una de ellas estaba triste, aunque no lo dijeran en voz alta —continúa Lev—. Que eras capaz de hacer reír a cualquiera, incluso en los peores momentos. Y que, cuando algo te dolía de verdad, te ibas a esconder, como si quisieras ser fuerte para todos.

Mis dedos se aprietan sobre mi regazo. No sé si estoy recordando o si simplemente quiero creer que lo hago, pero cada palabra me atraviesa. Me veo en esas historias. Me siento en ellas.

Roma inclina la cabeza, observándome con detenimiento.

—¿Algo de eso te suena? —pregunta.

Cierro los ojos por un momento, tratando de aferrarme a las sensaciones. No hay imágenes nítidas, no hay recuerdos completos, pero hay algo. Como si mi corazón supiera que lo que dicen es verdad, aunque mi mente aún no lo recuerde.

—No lo sé —admito con frustración—. No son recuerdos, pero… no me siento ajena a lo que decís.

—Es un comienzo —dice Lev con suavidad.

Roma sonríe de lado.

—Tendremos que seguir contándote más historias hasta que tu memoria decida cooperar.

Asiento, agradecida por su paciencia. No sé si algún día recuperaré mis recuerdos, pero al menos ahora sé que no estoy sola en esto. Y eso es suficiente por hoy.

—¿Podéis contarme algo de Carlo? —les pido, y ambos me miran y asienten.

—Es un hombre genial, uno de los mejores que tenemos en nuestras filas —asegura Roma—. Y te amaba con devoción. Siempre te llevaba flores o te compraba bombones.

—¿Qué pasó cuando me enterraron?

Es una pregunta morbosa, pero ¿cuántas veces en la vida tienes la oportunidad de saber algo así?

—Se desmoronó. Estuvo una temporada bebiendo demasiado. Las chicas no lo abandonaron, las Farnese nunca lo hacéis —dice con orgullo—. Cuidaron de él hasta que pudo recomponerse y decidió que quería ser parte activa de la organización. Ha estado infiltrándose como el padre de Ori para misiones de la *famiglia*.

—¿Tiene novia?

—No, ha estado con otras mujeres, no te voy a mentir —me confiesa Roma—, pero es como si no pudiera superarte. No creo que lo haya hecho.

—Vale.

—¿Sientes algo al pensar en él? —interviene Lev, y niego con la cabeza.

—No.

Y eso me hace dudar de tanto que no sé ni por dónde empezar.

—¿Has podido recordar algo? —pregunta Roma curioso.

—Nada, lo siento.

—Supongo que cuando vuelvas a casa lo harás —asegura Lev.

—¿Cuando vuelva?

—Sí, te vienes con nosotros.

Siento una enorme presión en el pecho porque acabo de darme cuenta de que me tengo que ir del único lugar al que he llamado hogar y alejarme del único hombre del que mi mente recuerda haberme enamorado.


PACTOS
peligrosos

Capítulo 27

Cathal

La risa de Ailis resuena por la sala, clara y feliz, mientras golpea las palmas con emoción al ver a Fiona y Catriona pelearse por la última porción de tarta. Conor, sentado a mi derecha, le da un codazo a uno de mis hombres mientras lanza un comentario burlón sobre mi supuesta vejez, provocando una carcajada general. La sala está llena de voces, de alegría… de una felicidad que no logro sentir.

Fuerzo una sonrisa y finjo estar presente, bebiendo un sorbo de *whisky* y asintiendo a medias a lo que Conor dice. Pero en realidad no dejo de mirar hacia la puerta.

Máire sigue sin aparecer.

Sé que está en el despacho con Roma y Lev. Sé que están hablándole de su pasado, de su familia, de la vida que tuvo antes de que llegara a la mía. Antes de que yo la conociera, antes de que se convirtiera en el centro de todo lo que soy. Y ahora que ella sabe quién es, quién fue, no puedo dejar de pensar en lo que significa.

En lo que puede significar para nosotros.

Apretando la mandíbula, dejo el vaso sobre la mesa con más fuerza de la necesaria. Un par de los hombres que están cerca me miran de reojo, pero ninguno dice nada. Están acostumbrados a leerme, a notar mi humor sin que haga falta que lo exprese en palabras. No obstante, no quiero que lo noten. No hoy. No en mi supuesto día especial.

—Relájate, Cathal —murmura Conor, acercándose un poco para que solo yo lo escuche—. Parece que estás en un funeral en lugar de en tu cumpleaños.

—No estoy en un funeral —respondo en el mismo tono—. Pero si sigues fastidiando, quizás lo organice para ti.

Él se ríe, ignorando la amenaza velada. Sé que solo trata de distraerme, pero ahora mismo eso es imposible.

No puedo disfrutar cuando mi mente está en otro sitio. Cuando mi estómago se revuelve con cada minuto que pasa y Máire sigue sin

aparecer.

Porque ahora que ella sabe quién es… también sabe quién es Carlo.

El hombre al que le perteneció alguna vez. Al que quizás todavía le pertenece. Y si ella decide que lo quiere, si decide que recuperar su pasado significa volver a él…

No, no puedo pensar en eso.

Me levanto con brusquedad, haciendo que la silla raspe el suelo. Algunas cabezas se giran en mi dirección, pero ignoro las miradas y me dirijo hacia el ventanal, buscando algo de aire. Ailis me sigue con la mirada, con esa expresión de niña que sabe que algo anda mal y no sabe qué hacer al respecto. Le sonrío de lado para tranquilizarla y me obligo a respirar profundo.

La puerta sigue cerrada.

La fiesta continúa, pero todo se siente ajeno. Como si yo estuviera atrapado en un maldito cuadro estático mientras todo lo demás se mueve a mi alrededor. Catriona y Fiona ahora están organizando un juego con algunos de mis hombres, y Nana discute con uno de los sirvientes porque ha puesto demasiado azúcar en el café. Todo sigue su curso, como si fuera un día cualquiera. Como si mi mundo no estuviera tambaleándose.

Lev y Roma le están contando cosas sobre su vida. Sobre su familia, sus hermanas, su hogar.

Sobre Carlo.

¿Y si ella decide que quiere recordarlo? ¿Si en cuanto recupere su memoria se da cuenta de que yo nunca fui parte de su historia? Que lo que tenemos ahora no es suficiente comparado con lo que perdió.

Mis puños se aprietan y la ira burbujea bajo la superficie. No contra ella. Nunca contra ella. Sino contra la posibilidad de perderla. Contra el destino que parece disfrutar poniéndome a prueba. Máire ha sido mía desde el momento en que la conocí. No lo supe entonces, pero lo sé ahora. Lo sé con cada maldito latido de mi corazón.

—Cathal —la voz de Conor me saca de mis pensamientos, y cuando giro la cabeza noto que su expresión ha cambiado. Ya no se

burla. Me está observando con una seriedad inusual en él—. Ella no se ha ido.

Frunzo el ceño.

—Todavía no —respondo con aspereza.

Conor suspira y sacude la cabeza.

—No lo hará. No como tú temes. Ella te quiere, se le ve en los ojos cada vez que te mira.

Antes de que pueda responderle, antes de que pueda soltar la ira que me quema la garganta, la puerta finalmente se abre.

Mi mirada se dispara hacia ella como un imán.

Y allí está Máire.

Mi corazón se detiene un segundo.

—¿Nos hemos perdido algo? —pregunta Máire con una sonrisa pequeña, pero real.

La respiración se me escapa en un suspiro contenido. No sé lo que ha decidido. No sé lo que piensa. Pero está aquí. Está conmigo.

Llego hasta ella y la beso. Lev se queda en un rincón mientras Roma se integra como si conociera a todos.

—¿Todo bien? —le pregunto a Máire, y ella suspira en respuesta.

Mierda.

—Luego tenemos que hablar —susurra, y mi corazón se detiene.

No puedo a esperar a luego.

—Vamos —le ordeno en un tono que quizás salga demasiado autoritario.

Ella alza las cejas, pero me sigue.

Nos escabullimos sin que las niñas se den cuenta. Killian no les quita un ojo de encima ni a Lev ni a Roma, sé que no va a pasar nada, aun así, no me gusta que mis chicas estén con desconocidos.

Llegamos a nuestra habitación y cierro en cuanto estamos dentro.

—Tú dirás —le suelto nervioso, sin poder esperar un minuto más.

—Voy a irme con ellos —dice mirándome a los ojos, y trato de asimilar sus palabras antes de contestar.

—Si me das un par de semanas iré contigo.

Ahora mismo no puedo, en unas semanas las niñas habrán terminado el colegio y puedo organizarlo todo. Nunca salgo de Irlanda desde que Ailis está en mi vida, sin embargo, por Máire…

—No puedo esperar tanto, quiero conocerlas —me asegura, y mi corazón se detiene.

—¿No quieres que vaya?

—Es complicado.

—Solo lo que tú quieres que se complique.

—Cathal, intenta entenderme. Aquí soy feliz, tengo todo lo que quiero.

—¿Entonces?

—Que no sé si es lo que siempre he querido, si la que era antes del accidente tenía otros sueños, otras esperanzas o ilusiones.

—¿Es por él?

No puedo reprimirme y necesito conocer la respuesta.

—En parte.

Mi alma se rompe al escuchar su respuesta.

La ira crece dentro de mí, le he dicho que la amo, pero no es suficiente, necesita ir con el imbécil italiano. Bien, que se largue, no la necesito.

—De acuerdo, supongo que he sido un buen pasatiempo. ¿Cuándo te irás?

—Cathal, no es así. Por favor, necesito…

—Sí, ya lo has dicho, necesitas a todos menos a mí. Bien, lo entiendo.

Abro los armarios y saco toda la ropa que hay de Máire y la tiro sobre la cama.

—¿Qué haces? —pregunta confundida.

—La maleta, no quiero que te dejes nada.

—Cathal…

—No, Máire, si te largas no vuelvas, así son las cosas.

Ella me sostiene la mirada, desafiante, y quiero arrodillarme para suplicarle que se quede, pero no lo hago. Me mira de arriba abajo, respira hondo y recoge todo lo que acabo de lanzar en la cama.

—Bien, supongo que hasta aquí llega Máire. La próxima vez que nos veamos recuerda que me llamo Fiorella, Fiorella Farnese.

Se da la vuelta y sale, no solo de mi habitación, también de mi vida, y yo tengo que sentarme para poder respirar porque se acaba de ir el aire de mi mundo.


PACTOS
peligrosos

Capítulo 28

Fiorella

El coche avanza por la carretera mientras las luces de la ciudad van quedando atrás. El cielo, aún oscuro, apenas empieza a teñirse con los primeros matices del amanecer. El motor ronronea en el silencio incómodo que nos envuelve. Roma está al volante, su expresión seria, concentrada en la carretera. Lev, en el asiento del copiloto, observa por la ventanilla sin decir nada. Y yo… yo solo puedo pensar en lo que dejo atrás.

O en quien dejo atrás.

Aprieto los puños sobre mi regazo, sintiendo la tela de mis pantalones bajo los dedos. No quiero llorar. No quiero romperme antes siquiera de llegar al aeródromo. Pero la imagen de Ailis abrazándome con todas sus fuerzas y la promesa rota de que siempre estaría ahí para ella me destroza por dentro. Catriona y Fiona intentando mantenerse firmes, sonriendo para no hacerme sentir peor. Y Cathal…

Él no sonreía.

Sus palabras retumban en mi cabeza una y otra vez. «Si te largas, no vuelvas». Como si todo lo que hemos construido pudiera desmoronarse en un solo instante. Como si no le importara.

Pero sé que le importa. Lo vi en sus ojos, en la forma en que su mandíbula se tensaba, en el modo en que sus manos se cerraban en puños a los costados. Le importo. Y, aun así, me dejó ir en malos términos.

Miro por la ventanilla, observando los campos abiertos que se extienden más allá de la carretera. Pronto estaré lejos de todo esto, de este paisaje que, sin darme cuenta, se ha convertido en mi hogar. El viento frío se cuela por una rendija de la ventana y me abraza con la melancolía de lo que estoy dejando atrás.

Lev es el primero en romper el silencio.

—¿Estás bien? —su voz es baja, cuidadosa.

No lo estoy. Pero tampoco puedo decirlo en voz alta. En su lugar, me encojo de hombros.

—No lo sé —respondo con honestidad.

Roma suspira pesadamente desde el asiento del conductor, pero no dice nada. Sé que no está de acuerdo con cómo han sucedido las cosas. También sé que no va a interferir.

—Es normal —dice Lev tras unos segundos—. Has vivido una vida entera sin recordar quién eras. Ahora, de repente, todo ha cambiado. Es lógico que te sientas… dividida.

Dividida. Sí, es una forma de describirlo.

Mis pensamientos se desvían hacia lo que me espera. Carlo. Ese nombre que debería significar tanto y que, por ahora, no me dice nada. Se supone que lo amaba. Se supone que mi corazón le pertenecía. ¿Será verdad? ¿Recuperaré todo en el instante en que lo vea? ¿Volveré a sentir lo que una vez sentí?

O peor aún… ¿Y si lo miro y no siento nada?

El miedo me atenaza el pecho. No solo al pensar en él, sino al pensar en que, si no recuerdo lo que tenía con Carlo, entonces todo lo que he vivido con Cathal es lo único real para mí.

Y ya lo he perdido.

—Tienes miedo —murmura Roma, adivinando lo que pasa por mi cabeza. No pregunta, solo afirma.

Asiento sin mirarlo. No necesito disimular con ellos.

—No sé qué pasará cuando lo vea —admito—. No sé si recordaré, no sé si volveré a ser quien era. Y si lo hago… ¿qué significa eso para mí ahora?

Lev me observa por el espejo retrovisor. Su mirada es un océano de paciencia.

—Significa que tendrás respuestas. Y, con ellas, podrás decidir qué hacer con tu vida.

Decidir. Suena tan simple. Tan mecánico. Pero nada en mi vida ha sido simple desde que supe la verdad sobre mí.

Miro otra vez por la ventanilla. Las luces del aeródromo aparecen a lo lejos, brillando en la penumbra. Estamos cerca. Respiro hondo y trato de calmar la tormenta dentro de mí.

—¿Crees que él estará esperándome? —pregunto en voz baja.

Roma se encoge de hombros.

—Sé que no ha estado con otra mujer de forma oficial desde que te enterramos. —Me lanza una mirada de reojo—. Pero solo tú y él sabéis lo que teníais, aunque no lo recuerdes.

Eso suena… esperanzador. Y aterrador.

Lev suspira y gira el cuerpo en su asiento para mirarme directamente.

—No importa lo que pase, Fiorella —dice con firmeza—. No tienes que ser la persona que fuiste si no quieres. No estás obligada a nada solo porque ahora no lo recuerdes. Lo importante es que te hemos recuperado, que tus hermanas te quieren y lo harán sin importar cómo seas ahora. Y Carlo, bueno, él es un asunto que puedes resolver más adelante. Ya sabes, un día a la vez y eso.

Asiento con lentitud, pero no respondo.

El coche se detiene junto a la pista privada. La silueta del *jet* resplandece bajo las luces. No hay vuelta atrás. Me desabrocho el cinturón con manos temblorosas y abro la puerta.

Cuando mis pies tocan el suelo, la sensación de despedida se instala con fuerza en mi pecho. Giro la cabeza y dejo que mis ojos recorran el horizonte una última vez.

No sé si regresaré. No sé qué me espera al otro lado del mar.

Lo único que sé es que, sin importar lo que recuerde, una parte de mí siempre extrañará lo que dejo atrás.

Subimos al avión y miro hacia la pista. Una parte de mí espera ver aparecer a Cathal para detener el avión, otra parte de mí sabe que eso no va a pasar, que esas cosas solo ocurren en mis libros y que, de alguna manera, ya nada volverá a ser como antes.

Cuando el avión despega, Roma se desabrocha, coge una copa de vino y me tiende otra a mí. El ruso declina la oferta.

—Este es uno de tus favoritos —asegura el italiano.

Lo pruebo y está bueno.

—¿Hay algo que quieras preguntarnos antes de volver? —interviene Lev.

—¿Estarán felices de verme?

—Sin ninguna duda, aunque a nosotros nos van a cortar la polla por no contarles que veníamos —contesta Roma.

Sonrío, realmente me cae bien este tipo.

—¿Y dónde me voy a quedar?

—En casa —prosigue mi cuñado favorito de los dos—. No tienes habitación, recogieron tus cosas cuando, ya sabes, te enterramos y eso, pero las sacaremos del trastero.

—Va a ser un poco raro —murmuro—. ¿Seguro que no molesto? Puedo quedarme en un hotel o…

—Mira, Fiore —dice Lev, cortándome—, mi mujer va a hacer que nos mudemos aquí una temporada en cuanto se entere de que estás viva, es más, dudo de que le importe si yo lo hago porque va a estar contigo veinticuatro siete. Así que irte a un hotel no es una opción.

—Eso sí, vas a tener que aguantar algunas pataletas de nuestra chica, la pequeña de las Farnese ha salido con carácter. Sabes, se parece un poco a ti ahora que lo pienso —dice Roma, y sonrío.

Pasamos el resto del viaje hablando de tonterías. Sé que lo hacen para distraerme, pero cuando el tren de aterrizaje se despliega y nos abrochamos el cinturón, algo me sube por la garganta.

Tengo miedo y estoy emocionada a partes iguales.

He visto fotos mías en Instagram, de como era antes. No me reconozco. Tengo el pelo rosa y parezco poco más que una adolescente. Ahora me siento una vieja de menos de treinta, supongo que la vida me ha hecho esto.

Aterrizamos y veo que en la pista de aterrizaje hay una limusina. También hay un tipo grande con cara de pocos amigos.

—¿Quién es ese? —pregunto mientras me desabrocho.

—Es Zakrone, un hermano para mí —dice Lev.

—Es un buen tío si no está demasiado cabreado.

—Sí, eso sí —se ríe Lev, y de pronto una imagen viene a mi mente.

Estoy en un avión, hace frío, conmigo hay tres mujeres. Por las fotos que he visto son Nella, Seren y Ori. El avión va a despegar, ese tío aparece y Roma acude a su encuentro.

—¿Estás bien? —escucho de fondo, por el acento creo que es Roma el que acaba de hablarme.

Asiento, pero no lo miro. Mis ojos ahora mismo no enfocan.

La película de mi cabeza sigue. Nella se baja y le entregan unos papeles.

Tengo miedo.

No quiero que le hagan daño.

El ruso es peligroso.

Lev.

El mismo que viene conmigo.

—Creo que no está bien.

Esta vez el acento del que habla es ruso.

Los miro, pero no los veo, un dolor en mi cabeza provoca que me la sujete y un segundo después todo se vuelve negro.


PACTOS
peligrosos

Capítulo 29

Fiorella

Parpadeo con lentitud, tratando de ordenar mis pensamientos, pero mi cabeza es un torbellino de sensaciones y recuerdos inconexos. Mi cuerpo se siente pesado, como si me hubiera desplomado en un sueño profundo y ahora intentara nadar de vuelta a la superficie.

Escucho como están hablando cerca de mí, son voces de mujeres, enfadas, discuten sobre cuánto tiempo dormirán Lev y Roma en el sofá.

No reconozco el techo sobre mí, ni la textura de la sábana que cubre mi cuerpo. Sigo vestida. La habitación tiene un aroma diferente, una mezcla de lavanda y algo más, algo familiar, pero no sé por qué. Trato de moverme, de incorporarme, pero en cuanto lo intento un murmullo contenido llena el aire.

—Fiorella…

La palabra es un susurro ahogado. No uno, sino tres.

Mi mirada vaga por la habitación hasta encontrar los rostros de tres mujeres que están a mi lado. Sus expresiones son una mezcla de incredulidad y emoción contenida. Me observan como si estuvieran viendo un fantasma, como si no pudieran creer que en realidad estoy aquí, respirando, despierta.

Mi corazón late con fuerza.

—¿Quién…? —mi voz sale rasposa, como si llevara días sin hablar.

La mujer que está más cerca, de cabellos oscuros y ojos que parecen demasiado brillantes, se acerca un poco más y se arrodilla junto a la cama. Su mano tiembla cuando la extiende hacia mí, como si temiera que fuera a desaparecer si me toca.

—Fiorella, soy yo… Nella. —Su voz se quiebra al pronunciar mi supuesto nombre—. Dios… no puedo creer que estés aquí. Pensamos que… pensamos que estabas muerta.

Mis labios se separan en un intento de decir algo, pero no encuentro las palabras. No sé qué responder. No sé quién es ella. No

sé quiénes son ellas. Y, sin embargo, algo en la forma en que me miran, en la intensidad de sus ojos, me dice que son importantes, que hay un lazo que nos une, aunque yo no pueda recordarlo.

Otra mujer, con un patito de goma con lo que parecen diamantes en el cuello y un rostro lleno de dulzura, da un paso adelante. Sus manos están entrelazadas, como si intentara controlarse a sí misma para no lanzarse a abrazarme.

—Soy Oriana —dice con una sonrisa temblorosa—. Nosotras… somos tus hermanas, Fiorella.

Mi respiración se corta.

Hermanas.

Fiorella.

Todavía me suena raro ese nombre y a la vez parece correcto.

Mis dedos se aprietan contra la sábana, mi mente gira sin rumbo. Todo esto es demasiado. Demasiado rápido. Demasiado intenso. Quiero creerlas, quiero sentir algo más allá de la confusión, pero mi cabeza es un espacio en blanco.

La última de ellas, Seren, que tiene un rostro que se parece un poco al mío, me observa en silencio. Sus ojos están rojos, como si hubiera estado llorando. Y luego, con voz baja, dice:

—El hijo de puta de nuestro padre nos arrebató a nuestra hermana y la convirtió en otra persona… —Su mandíbula se tensa—. Pero sigues siendo tú. Sigues siendo nuestra Fiorella, aunque ahora te llamen de otra manera.

Siento que el aire se vuelve pesado. Trago saliva y bajo la mirada. Hasta hace unas horas yo era Máire. Esa era mi identidad. Y ahora, de repente, tengo otro nombre, otra historia, otra vida que supuestamente me pertenece pero que no puedo recordar.

—No sé quién soy —admito en voz baja, casi un susurro. Me odio por cómo sueno, como una niña perdida. Sin embargo, es la verdad.

Nella solloza y toma mi mano con suavidad, como si tocara algo frágil.

—Lo descubrirás —dice con una certeza que me asusta.

Oriana asiente y sonríe entre lágrimas.

—No importa cuánto tardes. Solo importa que estés aquí.

El nudo en mi garganta crece. Todo esto es demasiado. Quiero recordar, pero a la vez me aterra hacerlo. Porque, si lo hago, ¿qué pasará con la persona que he sido hasta ahora? ¿Máire desaparecerá por completo? ¿O es posible que ambas existan dentro de mí?

La única certeza que tengo es que estas mujeres, estas hermanas que no reconozco, me miran con un amor que no he sentido nunca de esa manera. Como si fueran capaces de sostenerme incluso cuando siento que me estoy desmoronando.

Trato de incorporarme y las tres me ayudan hasta que quedo sentada apoyada en el respaldo.

—Joder, esto es demasiado extraño —dice Oriana—. Tenerte aquí es irreal.

Busco a Nella con la mirada, ella es la que no desistió y nunca dejó de buscarme.

—Gracias —susurro clavando mis ojos en los suyos, ahora llenos de lágrimas.

—Sabía que no estabas muerta —contesta, entendiendo sin palabras—. Algo dentro de mí lo tenía tan claro que casi parecía que me estaba volviendo loca.

—Si no llega a ser por el pirado del ruso nunca te hubiéramos encontrado —agrega Seren.

—¿Estás bien? ¿Necesitas algo? —pregunta Nella—. Si quieres podemos dejarte espacio, no sé…

—Chicas, esto es raro para mí, pero creo que para vosotras lo es mucho más. Me enterrasteis. Ahora tenéis que entender que eso nunca pasó, he estado bien, me han querido, he tenido una familia, no tenéis que tratarme como a alguien enfermo.

Lo suelto como lo pienso. No voy a cambiar a la espera de ver si recobro la memoria y recuerdo cómo era. Quizás eso nunca suceda, y si es así, quiero que me conozcan de verdad como soy ahora, por si nunca recupero la versión que ellas amaron.

Quiero saber todo lo que me he perdido. Así que pregunto abiertamente.

—Sentaos conmigo —les pido.

Y las tres saltan en la cama como si fuera algo habitual. Me gusta y siento que esto no es algo nuevo.

—Seren, cuéntame algo de ti —digo, intentando aliviar la tensión que flota en el ambiente.

Ella sonríe y se acomoda en su asiento, su mirada iluminándose con un orgullo que no pasa desapercibido.

—Tengo una hija —dice con suavidad—. Gia. Tiene el carácter de las Farnese y es mi mundo entero.

El aire abandona mis pulmones. Seren, una madre. La imagen me golpea con fuerza. Trato de imaginarla con una niña en brazos, cantándole para dormir, acariciando su cabello. Me cuesta, pero al mismo tiempo, la forma en que sus ojos se llenan de amor al mencionar a su hija me dice que es la mejor madre que Gia podría tener.

—Dios… —susurro, con una sonrisa temblorosa—. No puedo creer que me perdí eso. Cuéntame más. ¿Cómo es ella?

—Es una torbellino. —Se ríe—. Tiene mi carácter y mi terquedad. Pero también es dulce y risueña. Cada día con ella es un regalo.

El calor en su voz hace que mi corazón se apriete. Perdí tanto tiempo…

—Oriana —me giro hacia ella—, ¿qué hay de ti?

Ori suspira y se encoge de hombros.

—No quiero hijos —dice sin rodeos—. Nunca lo he querido. Pero… —baja la mirada con una sonrisa tierna—, Irina es otra historia.

Frunzo el ceño.

—¿Irina?

—Es una niña que encontramos cuando fui secuestrada hace unos años —Seren interviene con voz grave—. Estaba conmigo en ese infierno. La salvamos, Nico y yo la adoptamos, pero Ori tiene una relación especial con ella.

Mis labios se separan en *shock*. El simple hecho de imaginar a Seren en peligro es suficiente para hacer que mi pecho se comprima, es como si no pudiera recordar lo importante que es para mí, pero aun así lo sienta de esa manera.

—Es parte de la familia ahora —añade Ori con firmeza—. Y aunque no haya nacido de mí, la amo con todo mi ser.

Trago saliva, asombrada por la fuerza de mis hermanas, por todo lo que han pasado y lo que han construido a pesar de ello.

—¿Y tú, Nella? —pregunto, dirigiéndome a la mayor de nosotras.

Nella sonríe y se remueve en su asiento.

—Me casé —dice con simpleza.

Mis ojos se abren con sorpresa.

—¿No era algo que se esperara de ti? —pregunto porque quiero conocerla como lo hacía antes.

—Ni de lejos, y menos con Lev —responde, y mi sorpresa se convierte en asombro absoluto—. Ahora vivo entre Rusia e Italia. No es fácil, pero es mi vida y la amo.

Cierro los ojos un momento, dejando que toda esta información se asiente. Mis hermanas han seguido adelante. Han encontrado amor, familia, propósito.

—Ahora cuéntanos tú —dice Nella, inclinándose hacia mí—. ¿Qué has hecho todos estos años?

Un nudo se forma en mi garganta. Porque yo no tengo historias de amor, ni hijas que me llenen el corazón, ni vidas salvadas. Solo tengo fragmentos de una vida que no elegí, una identidad que me fue impuesta.

—Fui feliz —admito—. Una mujer me encontró y me trató como si fuera su hija. Pasé los días creyendo que era otra persona. Aprendí a vivir con otro nombre, en otro mundo. Trabajé en una empresa de limpieza, no teníamos demasiado, pero sí lo suficiente, llevé una vida tranquila. Pero algo en mí siempre sintió que algo no encajaba.

Las tres me escuchan en silencio, sus rostros reflejando emociones que no sé interpretar.

—Y luego… —susurro—, conocí a Cathal.

No digo lo que en realidad siento, que lo conocí y sentí que mi vida estaba completa, porque sé que eso podría herirlas y porque el decirlo en voz alta significa también reconocer que ya no lo está.


PACTOS
peligrosos

Capítulo 30

Fiorella

El nombre queda suspendido en el aire. No sé cómo explicar lo que él significó para mí, lo que todavía significa.

—Él fue mi hogar cuando no tenía uno. Pero ahora que sé la verdad… no sé qué hacer con todo esto.

Oriana me toma la mano y la aprieta con suavidad.

—No tienes que decidir ahora. Solo queremos que sepas que estamos aquí para lo que sea que necesites.

—A decir verdad, Carlo está abajo esperando por verte —suelta Nella.

Me gusta que no trate de ocultarme nada, entiendo que me llevara bien con ella de una manera especial.

—No tienes que verlo —asegura Seren en tono protector.

—Lo sé, pero creo que se lo debo, y a mí también. Se supone que estaba enamorada, ¿no?

Las tres asienten.

Escucho el sonido de notificación de mi móvil y miro hacia un lado. Está en la mesita, cargando.

—Como no sabíamos el tiempo que ibas a estar fuera, decidimos ponerlo a cargar —explica Ori.

Me quito la sábana de encima y me acerco a la mesita. Reviso los mensajes y veo que en el grupo que tengo con las mellis y Molly hay un par de mensajes. Los abro y sonrío. Me piden que no me olvide de ellas. Como si eso pudiera pasar. Les escribo asegurando que solo requiero un tiempo para reencontrarme, pero que si me necesitan estoy para ellas cuando quieran, lo mismo que para Ailis. Llega un nuevo mensaje y este no lo contesto, es una pregunta difícil: «¿Y para nuestro tío?».

Escucho la puerta y Roma asoma la cabeza.

—¿Se puede? —pregunta, y mis hermanas me miran.

Qué raro suena decir eso.

Cuando asiento, él entra feliz y se tira a la cama como si fuera una más de nosotras. Me gusta este tipo.

—Gia quiere saber si vas a comer con todos, incluido Carlo —suelta mirándome.

—¿Gia pregunta? —inquiero, sabiendo que solo tiene tres años.

Nella se ríe, Seren frunce el ceño y Ori rueda los ojos.

Roma se encoge de hombros

—Sí, quiero hacer una vida normal para que me pongáis al día —les aseguro.

Me dejan sola para que pueda ducharme, han traído algo de ropa para mí, de la que solía usar. No sé de dónde ha salido, pero me siento algo extraña con ella, así que decido ponerme unos vaqueros y una camiseta que tengo en mi bolsa. La veo en una esquina de la habitación y agradezco que la hayan dejado ahí.

Me meto debajo del agua y pienso en cómo ha cambiado todo en unas horas. Me duele la forma en la que Cathal me ha echado de su vida, pero ahora mismo no puedo centrarme en él, necesito ser mi prioridad, supongo que el destino decidirá qué ha de pasar en el futuro.

Tengo el estómago un poco revuelto por los nervios, solo de pensar en que me voy a encontrar con Carlo, un hombre al que se supone que amo, pero que ni conozco.

Decido dejar mi teléfono aquí y bajo a comer.

Cuando entro al comedor todos me miran en silencio. Reconozco a Nicola, el marido de Seren. Roma me enseñó su foto en el avión. También hay una adolescente preciosa junto a un chico que hace gestos con la mano, hablan entre ellos con complicidad, ¿son pareja?

Y, por último, mis ojos caen en Carlo. Me mira en la distancia. Trato de recordar algo, de sentir ese amor que me hubiera llevado a casarme con él, pero no hay nada.

Veo que se acerca con lentitud, dejándome tiempo para decidir, pero me quedo esperándolo.

—Hola —murmura, cogiendo mi mano y besándola.

Todo un caballero.

—Hola.

Acaricia mi mano con su pulgar y no sé qué hacer, sobre todo cuando en mi mente solo hay un hombre que hace que mi cuerpo se encienda con una mirada.

—¿Te sientas a mi lado? —pregunta con un brillo de esperanza en sus ojos, y asiento.

Todos se disponen en los que supongo son sus sitios. No veo a mi sobrina Gia, así que imagino que estará durmiendo.

Como si Seren supiera lo que pienso, me saca de dudas.

—Está con mi suegra, se la ha llevado para que podamos tener una comida más o menos tranquila. —Sonríe.

—Ok —contesto, un poco triste por no poder conocerla.

—Pero después de comer iremos al parque donde estarán y podrás pasar toda la tarde con ella si quieres.

Sus palabras hacen que mi corazón se acelere por la emoción. ¿Realmente se parece a mí? ¿Sabrá quién soy?

—Te conoce, solo por foto, pero le hemos hablado mucho de ti —dice Nella, y frunzo el ceño.

—¿Cómo podéis saber todo lo que pienso? —pregunto ya algo mosqueada.

—Porque éramos una. Pasamos mucho, hay demasiado que contar y la mayoría no es bueno, pero las Farnese siempre hemos estado unidas y hemos sido un alma en cuatro cuerpos —asegura Ori, y la creo, simplemente sé que es verdad.

La comida transcurre de una forma más o menos normal. Me dicen que Zakrone, el ruso que estaba esperando fuera del avión y que es amigo de Lev, se ha ido con su mujer Lucía de vuelta a su casa. También me cuentan sobre el recuerdo que tuve, por lo visto hicimos una escapada a Rusia. La cara de Nico es de puro enfado y no puedo evitar reírme.

Roma es como un payaso con pistola y Lev adora a Nella, solo hay que ver cómo la mira.

Carlo no dice nada que pueda hacerme sentir incómoda en ningún momento, lo cual agradezco. Debe ser realmente un buen hombre.

Pasamos la tarde en un parque cerca de la casa. Conozco a la madre de Nicola y es una mujer encantadora. Irina la adora como a una abuela. Ella y Artem no se separan en ningún momento, he

preguntado si es que son pareja, pero Roma me ha dicho que ni de lejos. No sé.

Por la noche hemos cenado unas *pizzas* de mi restaurante favorito, por lo visto el *pepperoni* picante de allí era lo que siempre pedía. He de decir que estaba delicioso.

Han estado contándome cosas que parecen sacadas de una de mis novelas de mafiosos. Sé disparar porque soy francotiradora. He matado a unos cuantos malos hombres. Joder, no sé cómo sentirme al respecto. No fui yo, fue la versión anterior de mí. Bueno, a ver, somos la misma, pero a la vez no.

Para cuando acaba la velada, mi cabeza está palpitando. Demasiada información. Necesito algo de silencio. Me despido de todos y quedamos en que el desayuno lo traerá Roma mañana.

Cuando llego a mi habitación, salgo al balcón buscando esa paz que tanto necesito, pero el ruido del ajetreo de la ciudad hace que eche de menos el silencio de Irlanda.

Suspiro.

Cojo el teléfono y veo que hay como cincuenta audios de Cathal. Voy a reproducir el primero cuando se oyen unos golpes en la puerta.

—Voy.

Abro y me encuentro a Carlo frente a mí.

—No quiero molestarte ,es solo que… no sé, todavía me parece irreal que estés aquí.

Le doy una sonrisa tímida porque no sé qué más hacer.

—No todos los días tu ex muerta aparece sin ser un zombi —me burlo para quitarle hierro al asunto.

—Nunca has sido una ex —asegura, y me mira con una intensidad que me abruma.

Da un paso hacia mí y pone su mano en mi mejilla, baja su boca y cuando está a punto de tocar sus labios con los míos retrocedo.

—Lo siento, no quería… es solo que…

—Lo entiendo —lo corto.

—Quiero que vuelvas a conocerme, y quiero conocer a la nueva tú. Si me dejas.

Lo miro y asiento, supongo que es justo.

—Hasta mañana —se despide, y me besa la mano.

Cierro y me apoyo en la puerta.

Me encantaría poder recordarlo, saber por qué me enamoré de él. Me hubiera venido genial ser de las que escriben un diario.

Llego hasta la cama y cojo el móvil. Le doy a reproducir al audio de Cathal.

Una Corte de Alas y Ruina, capítulo 1. Rhysand

Dos años antes del muro

El zumbido de las moscas y los gritos de los supervivientes habían reemplazado el

resonar de los tambores de guerra.

El campo de la mortal batalla era para entonces una extensa maraña de cadáveres,

tanto de humanos como de inmortales, solo interrumpida por alas quebradas que

apuntaban al cielo gris o por el ocasional bulto de un caballo caído.

Con el calor, a pesar de la densidad de las nubes, el olor pronto sería insoportable.

Las moscas se movían lentamente sobre ojos que miraban al infinito sin pestañear.

No diferenciaban entre la carne mortal y la inmortal.

Sabía yo que este tipo me caía bien, es como un hada mafiosa.

Detengo el audio cuando escucho el comentario de Cathal. Miro mi móvil y me doy cuenta de que es el tercer libro de ACOTAR. Lo está leyendo para mí como hemos hecho cada noche desde que me los regaló.

Me pongo el pijama y me acurruco con el teléfono en mi almohada. Cierro los ojos y me imagino que está conmigo, no sé cuándo me duermo, solo sé que sueño con él y no con Carlo, a pesar de que sea a Carlo a quien veré mañana y que probablemente no vuelva a cruzarme con Cathal.


PACTOS
peligrosos

Capítulo 31

Cathal

El vaso de *whisky* tiembla ligeramente en mi mano mientras fijo la mirada en la ventana. Afuera, la lluvia golpea con furia el cristal, pero el frío de la tormenta no se compara con el que llevo dentro. Un mes. Un mes entero sin verla. Sin escuchar su risa, sin sentir su presencia llenando cada rincón de mi vida. Y lo peor es que no hago nada al respecto.

Porque ella se fue. Y yo la dejé ir.

—Tienes que ir a hablar con ella —la voz de Conor irrumpe en la habitación, firme pero calmada.

Ni siquiera me molesto en girarme. Sé que está de pie junto a la chimenea, con los brazos cruzados y esa maldita paciencia que siempre ha tenido conmigo.

—No quiero hablar de esto —gruño, apretando los dientes.

—Y, sin embargo, aquí estás, con cara de querer matar a alguien y bebiendo como si fuera a solucionarte la vida. —Conor suelta un resoplido y se deja caer en el sillón frente a mí—. No puedes seguir así, Cathal. No puedes quedarte aquí, furioso con el mundo, fingiendo que no te importa cuando claramente te está matando.

Lo fulmino con la mirada, pero él no se inmuta. Conor es el único que puede decirme estas cosas sin acabar con un puñetazo en la cara.

—No es tan sencillo —mascullo.

—Sí lo es. Tomas las llaves del coche, vas a verla y hablas con ella. Fin. —Levanta las manos como si todo fuera obvio y fácil.

Abro la boca para responder, pero la puerta se abre de golpe y tres pequeñas figuras irrumpen en la sala como una tormenta mucho peor que la que hay afuera. Fiona y Catriona entran primero, con las manos en las caderas y miradas que harían temblar a cualquiera. Ailis las sigue, abrazando a su osito de peluche contra el pecho.

—Ya es suficiente, papá —dice Ailis con su vocecita firme.

Frunzo el ceño.

—¿Suficiente qué?

Fiona da un paso al frente, señalándome con un dedo.

—Esto. Todo esto. Te vamos a hacer una intervención.

Parpadeo, desconcertado.

—¿Una qué?

—Una intervención —repite Catriona con tono solemne—. Porque eres un cabezón y no vas a por Máire.

Suelto un bufido y me paso una mano por la cara, pero no tengo oportunidad de responder antes de que Fiona continúe.

—Hemos estado hablando con ella por WhatsApp. Bueno, no directamente, pero hemos intercambiado audios. —Su expresión se endurece—. Y hay un hombre.

Levanto la cabeza de golpe.

—¿Qué?

—Un hombre —repite Catriona—. La escuchamos reír en un audio, y un hombre le dijo algo. No sabemos quién es, pero sonaba... cómodo.

El aire se me queda atrapado en los pulmones. El *whisky* en mi estómago se vuelve ácido. Máire… no, Fiorella, como ahora todos la llaman, está con otro hombre. O al menos está lo bastante tranquila con alguien como para reírse. Algo dentro de mí se rompe con un chasquido doloroso.

—Aún estás a tiempo —interviene Conor, observándome con atención—. Pero si sigues sentado aquí, ella seguirá adelante sin ti.

Ailis, que hasta ahora había estado callada, se acerca y me toma la mano con su manita tibia. Sus ojos grandes y serios me observan con más comprensión de la que debería tener una niña de su edad.

—Si la pierdes, te pondrás triste —susurra—. Como cuando yo no cuidé mi osito favorito y se me perdió. Lo buscamos mucho, pero no lo encontramos. Y tú me dijiste que ahora es feliz con otra niña que sí lo cuida y lo quiere mucho. —Sus deditos aprietan los míos—. No quiero que te pase lo mismo con Máire.

Mi pecho se aprieta con tanta fuerza que me cuesta respirar. Porque tiene razón. Porque la idea de que ella esté con alguien más, que encuentre una vida sin mí me resulta insoportable.

Pero lo permití. Le dije que, si se iba, era para siempre. ¿Y si en realidad ya es tarde?

Respiro hondo, mirando a mis hijas, a mi primo, al *whisky* que de repente me parece una salida patética para el dolor que cargo.

Me pongo de pie.

—Dame las llaves del coche —digo.

Conor sonríe y las saca del bolsillo, lanzándomelas con facilidad.

—Ve a por ella, idiota.

Pido que preparen el avión, de camino llamo a Keyran, que me contesta al tercer tono.

—¿Cómo de jodido es que vaya a Italia? —pregunto sin saludar y él suspira.

—Mucho, estoy tratando de calmar a Nicola, te quiere muerto por haber ocultado a Fiorella.

Gruño. No me gusta ese nombre, aunque es el suyo.

—Fueron diez putos días.

—Como si hubieran sido diez segundos, imagina que Ailis se pierde, ¿perdonarías que alguien te lo ocultase?

Sus palabras me joden la cabeza. Sé que tiene razón.

—Entonces tenemos un problema porque voy de camino a Italia con intención de llevarme a mi mujer.

—Joder, Cathal, ¿no puedes hacer nada como un hombre normal? —me recrimina.

—Claro, voy a contratar a unos tarados que secuestren a la mujer que me gusta a ver si con suerte luego quiere casarse conmigo la que la acompaña —le suelto describiendo su historia, y ahora es su turno de gruñir.

—Haré unas llamadas —contesta y cuelga.

Llego al aeródromo y la tormenta no ha amainado. El plan de vuelo exige que disminuya si queremos salir y me toca esperar dos horas hasta que es viable el despegue.

Saco mi móvil y abro el chat con Máire. Desde hace un mes le mando audios leyéndole los libros que le regalé. Se los dejó aquí, no sé si queriendo para no acordarse de mí o con intención de volver. El caso es que cuando los vi la primera noche que ella no estuvo no

pude evitar mandarle esos audios. No ha habido conversación más allá de eso. Sé que los escucha, pero no me dice nada más.

Hoy no va a recibir audios, si quiere que se lo lea será mientras está tumbada a mi lado en la cama.

No he dado ni tres pasos por la pista cuando veo a Roma, Nicola y Lev esperándome. No necesito ser un genio para darme cuenta de que esto no es una cálida bienvenida. Tienen la mandíbula apretada, los brazos cruzados y la misma expresión de «vas a pagar por esto» en sus caras.

—Vaya, qué comité de bienvenida más encantador —comento, ajustándome la chaqueta mientras bajo del avión.

Nicola me echa una mirada asesina y Roma niega con la cabeza antes de sujetarme del brazo.

—Cállate y camina.

Lev se coloca a mi otro lado, como si yo fuera a intentar escapar. Aunque con la forma en que me están escoltando, bien podría parecer que sí. Aun así, decido no resistirme. Todavía.

—¿Vamos a tomar un café primero o vamos directos al «te vamos a dar una paliza por haber mantenido a Fiorella lejos de nosotros»? —pregunto con una sonrisa.

—Vamos directos —responde Roma sin inmutarse.

—Bueno, al menos sois eficientes.

El trayecto hasta el almacén abandonado no es precisamente cómodo. En cuanto entramos, la poca luz que se filtra por las grietas en el techo hace que la escena parezca sacada de una película de mafiosos. Y teniendo en cuenta que los tres tipos con los que estoy encajan a la perfección en ese perfil, la comparación no es descabellada.

—Atadlo —ordena Roma, y antes de que pueda decir nada, mis muñecas ya están aseguradas a una silla vieja y chirriante.

—¿Sabéis que esto es completamente innecesario? —pregunto, moviendo las manos en un intento de encontrar algo de holgura.

—No —contesta Nicola—. Lo necesario es que entiendas que, si vuelves a alejar a Fiorella de nosotros, la próxima vez no será solo una advertencia.

—Ah, ¿esto es una advertencia? —Levanto una ceja—. Qué detalle el vuestro.

—Agradéceselo a las Farnese, por lo visto Fiore te tiene el suficiente aprecio como para sentir pena de tu muerte —se burla Roma.

Lev, que ha estado en silencio hasta ahora, se acerca y me da un puñetazo en el estómago con tal precisión que el aire se me escapa en un violento suspiro. Me inclino hacia adelante, tosiendo, mientras Nicola le da una palmada en la espalda a Lev.

—Buen golpe —comenta.

Lev se encoge de hombros, como si no hubiera sido nada.

—Solo tenía ganas.

Me enderezo con esfuerzo, intentando recuperar el aliento.

—Voy a suponer que esto significa que aún no me habéis perdonado.

Roma suelta un bufido y se cruza de brazos.

—Depende. ¿Vas a alejarte de Fiorella?

—Puedes seguir dándome, eso no va a pasar.

Nicola sonríe de lado.

—No creo que tengas mucho que hacer una vez recupere la memoria —dice el capo italiano con autosuficiencia—. Y, aunque no sea así, Carlo es más que probable que a estas horas esté metiendo su lengua en la boca de Fiore.

—Arg —se queja Roma—, Nico, es como mi hermana, joder.

No presto atención a lo que están diciendo. Se burlan unos de otros, pero mi mente se centra en las palabras de Nicola.

—Ella es mía —gruño y me levanto, me lanzo contra una pared y rompo la silla.

—Joder, con el irlandés —murmura Lev divertido.

—¿Dónde está? —pregunto abalanzándome hacia Roma a pesar de tener las manos atadas.

Me asesta un par de golpes, pero yo llego a darle un par de rodillazos. Su primo interviene y lo sustituye, aguanto hasta que caigo al suelo con la camisa rota, pero trato de levantarme de nuevo.

Roma me agarra y va a darme otro puñetazo cuando mira hacia mi pecho, frunce el ceño.

—No me jodas —murmura.

—¿Qué? —inquieren los otros dos.

—Está enamorado de ella —suelta como si eso fuera la razón de todo.

Realmente lo es.

—¿Cómo lo sabes?

Abre mi camisa y muestra el último tatuaje que me hice, una frase sobre mi corazón que es solo por y para ella.

—«Ahí estás. Te he estado buscando» —lee en voz alta—. Es una frase de su libro favorito. Ella me dijo una vez que la gente se centra en una famosa de unas estrellas que hablan y sueños que se cumplen, pero que la verdadera frase del libro, la que hace que te explote el alma cuando lo entiendes es esta.

—Vale, eso es que está tan jodido como nosotros —murmura Lev.

—¿De verdad estás enamorado? —pregunta Nicola, y le soy totalmente sincero.

—Ella es como una pieza de Lego, una de esas que parecen igual que el resto, pero que encaja a la perfección en el mundo que estás construyendo, que logra que todo tenga sentido y mantenga el equilibrio. Eso es ella, la pieza que me faltaba en mi vida.

Oigo que Roma silba mientras Lev y Nicola se miran entre ellos.

—Me jode porque Carlo es parte de la familia, pero Fiorella se merece poder decidir —dice Roma.

—Estoy de acuerdo —agrega Nicola.

—Supongo entonces que vamos a ir a interrumpir una cita, ¿no? —concluye Lev divertido.


PACTOS
peligrosos

Capítulo 32

Fiorella

El espejo me devuelve una imagen que me resulta familiar y extraña al mismo tiempo. He pasado el último mes tratando de encajar en una vida que se siente como si me perteneciera, pero que al mismo tiempo no reconozco del todo. Esta habitación, esta casa, esta ciudad… Se supone que todo esto es mío, pero aún hay piezas que no encajan, recuerdos que se resisten a volver. Y luego está Carlo.

Él ha sido paciente, atento, dulce. Me ha acompañado en cada paso, recordándome lo que éramos, lo que significábamos el uno para el otro. Nunca ha intentado forzar nada, aunque a veces veo en su mirada la esperanza de que un día despierte y lo recuerde todo, que lo mire y sienta lo que solía sentir por él. Y quizá, si lo intento lo suficiente, si dejo que me lleve a esos lugares que solían ser nuestros, la memoria volverá. Quizás entonces podré sentir algo más que esta gratitud confusa.

Aliso el vestido que elegí para hoy, uno azul de tela suave que se amolda a mi cuerpo sin esfuerzo. No recuerdo haberlo comprado, pero cuando lo encontré en mi armario, algo en mí me dijo que debía usarlo. Como si la Fiorella de antes hubiera querido que me sintiera bonita hoy. Me calzo unas sandalias cómodas y dejo mi cabello suelto, en ondas suaves que caen sobre mis hombros. Maquillaje ligero, apenas un poco de color en mis labios y rubor en mis mejillas.

—Carlo ya ha llegado —dice Nella, asomándose a mi habitación sin llamar.

No me molesta, se siente natural que lo haga.

—Gracias, ahora bajo.

—Estás preciosa —dice sonriendo.

Pasa dentro y se sienta en mi cama. Juguetea con un colgante de bola que tiene algo dentro que según me dijo puede usar para crear una bomba.

Me fascina que cada una sepamos hacer algo diferente, yo con las armas, Nella las bombas, Seren los cuchillos y Oriana los venenos.

—¿Crees que está bien que salga con Carlo? —le pregunto directamente.

—Si no sientes que esté bien lo saco de casa en tres segundos —me asegura, y me río.

—No es eso. Lo que pasa es que…

—Cathal —me corta, y asiento—. ¿Por qué entonces lo intentas con Carlo?

—Supongo que porque tengo miedo de que, si no lo hago, si me quedo con Cathal sin pensarlo más y un día recobro la memoria…

—Te des cuenta de que te has equivocado.

—Algo así —admito.

—Te contaré algo, con Lev todo es complicado. Siempre me apoya y me ayuda, pero hay días en que lo mataría. Sin embargo, hace que me sienta viva, ¿te hace sentir eso Carlo?

—Supongo que lo averiguaré hoy —suspiro.

—¿Cuál es el plan?

—Quiere recordarme los lugares a los que íbamos juntos.

—Bueno, con suerte recordarás algo.

—No sé si eso sería buena o mala suerte.

Nella me mira y sé que quiere preguntarme algo, pero algo la detiene.

—¿Qué pasa por tu cabeza? —inquiero y ella sonríe.

—Me gusta que sigas sabiendo que ocurre algo solo con mirarme —confiesa–. Quiero preguntar algo, pero no sé si tenemos esa confianza.

—No te recuerdo —comienzo—, aunque sé que puedo confiar en ti con mi vida. Así que adelante, dispara.

—Cuando estuviste con Cathal... él…¿hizo algo inapropiado?

Suelto una carcajada.

—Muchas cosas, pero nada que no quisiera que pasase —le aclaro —. ¿por qué lo preguntas?

—Cuando era niña me secuestraron, hasta que fui a terapia no pude sanar esa parte de mí y no quería que te ocurriera lo mismo en caso de…

—¿Qué te pasó a ti? Aunque si no quieres contestar.

—Quiero, ahora ya puedo hablar de ello. No me violaron, no llegaron a eso, pero sí que me desnudaron y se masturbaron delante de mí, me salpicaba su semen y me grabaron para enviárselo a papá.

—Eso es horrible.

—Lo fue, pero ya está todo superado y enterrado. Literalmente.

Se ríe y no tengo claro de qué quiere decir.

—Bueno, es momento de ver si tu príncipe azul sigue del mismo color o a desteñido.

«O si ahora lso prefiero verdes, del color de Irlanda…».

Ambas nos reímos. Me despido de ella cuando entra al cuarto de Gia a despertarla, por lo que he visto este último mes eso no va a ser divertido.

Cuando bajo las escaleras, encuentro a Carlo en la puerta, vestido con una camisa clara y pantalones oscuros. Su sonrisa es cálida, genuina.

—Estás hermosa —dice en cuanto me ve.

—Gracias. Tú también. —Mi sonrisa es automática, educada. Intento que se sienta real.

Él me ofrece el brazo y, después de una pequeña vacilación, lo tomo. Su contacto es firme, seguro. No debería ser extraño para mí. Se supone que lo amaba.

La primera parada es el puerto. Caminamos junto al mar mientras el sol brilla con fuerza sobre las aguas azules de Palermo. Carlo me cuenta historias de nuestras visitas pasadas, de cómo solíamos venir aquí a tomar café y observar los barcos. Me sorprendo riendo con él, sintiéndome ligera, cómoda. Me gusta su compañía, su sentido del humor y la manera en que me mira sin esperar nada a cambio.

Después de un almuerzo improvisado en una pequeña *trattoria* con vistas al mar, Carlo me lleva a un parque donde, según él, solíamos venir a ver películas antiguas juntos. Nos sentamos en un banco de piedra bajo la sombra de un árbol centenario, al parecer proyectan esta noche una sobre Hepburn que dice que me encanta. No recuerdo haber visto ninguna sobre ella.

Más tarde, recorremos el mercado de Ballarò. Me deja probar distintos quesos y aceitunas, y cuando encuentra un puesto con mis dulces favoritos, me compra uno sin dudar. Es fácil estar con él. No hay presión, solo momentos compartidos, como si fuéramos dos personas que se están conociendo de nuevo.

Decidimos visitar el Teatro Massimo, un lugar icónico de Palermo. Carlo me dice que una vez nos escabullimos tras bambalinas durante una función y que terminamos atrapados hasta que un empleado nos ayudó a salir. Me río con él, aunque no recuerde la anécdota. Su entusiasmo es contagioso, y por primera vez siento que puedo ser parte de estos recuerdos sin la angustia de no tenerlos.

La tarde transcurre entre paseos por la ciudad, visitas a sitios históricos y una parada en un pequeño café donde probamos granita de almendra. Cuando llega la hora de la cena, Carlo me lleva a un restaurante italiano famoso, uno de esos lugares tradicionales con mesas de madera y lámparas de luz tenue. El aroma de la pasta recién hecha inunda el aire.

—Solíamos venir aquí siempre que había algo que celebrar —dice Carlo mientras el camarero nos sirve una copa de vino.

—Entonces es un buen lugar para celebrar que he pasado un día increíble contigo —respondo con sinceridad.

Brindamos y disfruto de la comida más relajada que he tenido desde que llegué. La conversación fluye con naturalidad y, por primera vez en mucho tiempo, siento que quizás no estoy tan perdida como pensaba.

Todo es simplemente perfecto, hasta que un grito ahogado de una mujer hace que gire la cabeza para ver a Lev, Roma y Nicola entrar al restaurante, pero lo que más me llama la atención no es eso, es que Cathal viene con ellos. Y tiene pinta de que le han dado una buena paliza.

—¿Qué ocurre? —pregunta Carlo al ver la escena.

Yo todavía estoy sin palabras.

Los ojos de Cathal me atraviesan con una intensidad que hace que se me seque la boca.

—Carlo, te quiero, tío —comienza Roma—, pero la quiero más a ella, y necesita ver algo antes de continuar con la cita.

Frunzo el ceño.

Roma abre la camisa y miro hacia donde señala.

—«Ahí estás. Te he estado buscando» —murmuro.

—¿Tú le has dicho que te gusta esta frase? —pregunta Roma, y niego con la cabeza.

Sé qué frase es, me encanta, lo hablamos cuando leímos el libro, pero nada más allá de eso.

—¿Estás segura? —pregunta Nicola.

—Sí. ¿Podéis explicarme qué está pasando? —pregunto sin entender nada de esta escena ridícula.

Si esto hubiera ocurrido hace un mes hubiera tenido claro que iban a avisar a la Policía, pero ahora sé que los que nos miran en el restaurante saben con exactitud quiénes son y no van a hacer nada más que fisgonear.

—Tenías que ver esto —contesta Roma.

—¿Y no podía esperar a mañana? —interviene Carlo enfadado.

—No, porque la conozco y puede que esta noche te hubiera dejado hacerle el amor, cosa que no puedo imaginar porque es nuestra niña —murmura con dramatismo—. Y si mañana le hubiera dicho que él podría haber sido el tipo de hombre del que se hubiera enamorado antes del accidente…

—Te hubiera pateado el culo —concluyo por él.

—Así es —asiente Roma, mirándonos con cara de «ves, tenía razón»

—Nadie va a tocar a Máire —gruñe Cathal.

—Fiorella —lo corrijo.

Puede que esté enamorada de este hombre, pero no olvido cómo me trató y que me echó de su vida. Por mucho que adore oír su voz leyéndome un libro o me corra tocándome en las escenas eróticas mientras escucho que él se masturba.

—Creo que será mejor que nos vayamos —murmuro.

Carlo agarra mi mano y de pronto Cathal está sobre él, lo lanza contra una mesa y tienen que retenerlo Lev y Roma.

—Vuelve a tocarla y te corto la mano —sisea.

—¿Ahora vas a arrastrarme a la cueva? —pregunto indignada.

Me doy la vuelta y salgo del restaurante. Siento las lágrimas picar en mis ojos. No quiero llorar, pero estoy a punto de hacerlo.

—Vamos, yo te llevo —escucho a Nicola.

Lo miro y él me envuelve en un abrazo, me tenso esperando que Cathal haga algo, pero veo que no es así, nos observa, no obstante, siento que no es un hombre el que me toca, sino mi familia. Desearía poder recordar, ahorrarnos esta mierda a todos.

Quiero saber quién soy, quién era y descubrir quién seré. Si amo a Carlo, si el amor por Cathal es mayor. No lo sé. Solo necesito que todo esto acabe.

—Vete, vuelve a Irlanda, cuando ella esté preparada te llamará —ordena Nicola, conmigo todavía debajo de su brazo.

—No lo haré, quiero hablar con ella.

—No —gruñe Roma, y Lev se posiciona a su lado. Carlo al de Nicola.

Cathal nos observa un instante, no puedo evitar que mi corazón lata a toda prisa. No he sentido esto en todo el día.

—Una cita —suelta de pronto—. Él ha tenido la oportunidad, yo también quiero la mía.

—¿Quieres una cita con Fiorella? —pregunta Nicola.

—Sí, después me iré y la dejaré en paz. Si es lo que quiere.

Lo observo un momento y me doy cuenta de lo mucho que quiero estar en sus brazos y no en los de Nicola, así que asiento.

—Está bien, pasaremos un día juntos, como he hecho con Carlo, y después te irás —le digo.

Cathal me mira y sonríe, una sonrisa de las que sabe que me gustan, de las que me da justo antes de recorrer mi cuerpo con sus labios.

Esto no va a ser buena idea y, sin embargo, es la primera vez desde que llegué que siento que puedo respirar.


PACTOS
peligrosos

Capítulo 33

Cathal

El motor de la camioneta ruge mientras tomamos el camino de tierra que lleva al campo de tiro. Miro de reojo a Fiorella, quien está sentada en el asiento del copiloto con los brazos cruzados y una ceja arqueada. Su expresión es una mezcla de sospecha y diversión.

—¿En serio? —pregunta al fin, girándose hacia mí—. ¿Esta es tu idea de una cita?

Sonrío de lado y aprieto el volante con una mano.

—Sí, de una contigo, primero haremos esto, que es lo que creo que le hubiera gustado a la antigua tú, y luego iremos a una cata de donuts españoles, que es lo que sé que adora mi mujer. No necesito verte con vestidos bonitos para lucirte.

Ella suelta una carcajada, sacudiendo la cabeza, pero en sus ojos veo algo que me hace tener esperanza.

—No puedo creer que me estés llevando a un campo de tiro en medio de un bosque. ¿Acaso esto es una prueba?

—Algo así —respondo con una mirada traviesa—. Quiero ver qué tan buena eres con un arma. Amo a la mujer que conozco y sé que también a la que no.

La camioneta se detiene frente a una caseta de madera, donde un hombre con una gorra de camuflaje nos recibe con un gesto de la cabeza. Bajo del auto y rodeo el vehículo para abrir la puerta de Fiorella. Ella me observa con los labios fruncidos, pero finalmente acepta mi mano y baja.

Dentro de la caseta, el hombre nos entrega dos monos de camuflaje y gafas de protección. Fiorella sostiene el suyo con una mirada incrédula.

—No me pondré esto.

—Claro que sí —le digo con una sonrisa divertida—. A menos que quieras ir de blanco y que te vean a kilómetros de distancia.

Resopla, pero toma el traje y entra a uno de los cubículos para cambiarse. Cuando sale, me cuesta no sonreír. Le queda grande en

algunas partes, pero aun así luce increíble.

—No digas nada —advierte, señalándome con un dedo.

—No he dicho nada… aún.

Ella bufa y se pone las gafas antes de seguirme fuera de la caseta. Nos adentramos en el bosque, donde las estaciones de tiro están distribuidas estratégicamente. El aire huele a tierra húmeda y madera. Los pájaros cantan en la distancia y todo el escenario parece sacado de una película de acción.

—Aquí tienes. —Le entrego un rifle de aire comprimido—. Es ligero y fácil de manejar.

Fiorella lo toma con cautela y observa el arma con curiosidad.

—¿Cómo se usa?

—Ven, te enseñaré.

Me coloco detrás de ella y acerco mis manos a las suyas para guiarla. Su cuerpo se tensa por un segundo antes de relajarse. Le coloco los dedos en el gatillo y le muestro cómo alinear la mira con el blanco.

—Exhala y aprieta el gatillo suavemente.

Fiorella sigue mis instrucciones y dispara. El sonido seco del impacto contra el blanco nos indica que ha acertado.

—¡Joder! —exclama, girándose con los ojos brillantes—. ¡Le he dado!

—¿Ves? Sabía que te gustaría.

Durante la siguiente hora, avanzamos de estación en estación. Fiorella mejora con cada disparo, su confianza creciendo con cada acierto. Se mueve con una agilidad natural y no puedo evitar sentir orgullo al verla tan concentrada y determinada.

—Creo que me estás engañando —digo mientras caminamos hacia la última estación—. ¿Estás segura de que no recuerdas haber hecho esto antes?

Ella sonríe con suficiencia.

Llegamos a la última estación, donde el objetivo está más lejos y en movimiento. Le paso el rifle y ella se coloca en posición. Contiene la respiración, se concentra… y dispara. El blanco cae al suelo.

Fiorella suelta un grito victorioso y levanta los brazos en el aire.

—¡Sí! ¡Soy increíble!

—Lo eres —admito, acercándome.

Ella me mira con una sonrisa desafiante.

—¿Y ahora qué? ¿Vas a besarme como recompensa?

Me río bajo y acerco mi rostro al suyo.

—Podría hacerlo. O podríamos apostar algo para la próxima ronda.

Sus ojos destellan con emoción.

—¿Qué tipo de apuesta?

—Si gano, tendrás que aceptar salir conmigo de nuevo. Y si ganas tú…

—Harás lo que yo diga —completa ella con una sonrisa traviesa.

—Trato hecho.

Nos damos la mano para sellarlo y nos preparamos para la siguiente ronda. La adrenalina corre por mis venas, pero no tiene nada que ver con el juego. Es Fiorella. Su risa, su energía, la manera en que sus ojos se iluminan cuando disfruta algo nuevo.

Esto no es solo una cita. Es una prueba. No de su puntería, sino de lo que hay entre nosotros.

No fallo ninguno de mis disparos, me juego algo muy importante, sin embargo, ella no solo no falla, sino que hace unos tiros perfectos que me descalifican.

Mierda.

—Supongo que no habrá otra cita —le digo, tratando de no sonar triste.

Sé que me podía ganar, he visto los trabajos que ha hecho y es jodidamente buena con un arma, es por eso que le di la opción de la cita si perdía. Quería saber si ella me dejaba ganar para volvernos a ver.

Supongo que esta es mi respuesta.

Estamos solos y rodeados de bosque, al final del camino de la derecha hay una camioneta con las llaves puestas para regresar al punto de partida. El viaje es corto, pero se me va a hacer eterno sabiendo que no ha querido que yo gane.

—Bien, me debes un premio. —Se ríe divertida y yo trato de no parecer idiota.

—Claro, ¿qué quieres? ¿Una cita?

Rueda los ojos y deja el rifle apoyado en el suelo.

—No cuela.

—Tenía que intentarlo —contesto, encogiéndome de hombros.

—Lo que quiero es que me folles.

La miro pensando que no lo he oído bien.

—¿Qué has dicho?

—Que quiero saber lo que se siente teniéndote dentro de mí.

No ha terminado de repetirlo cuando yo ya estoy sobre ella besándola. Agarro su coleta y tiro con suavidad, haciendo que gima. Busco la cremallera del mono y se lo bajo. Solo lleva ropa interior a juego y creo que me voy a correr mirándola.

—Tu turno —murmura, bajando mi cremallera.

Me quedo en calzoncillos. Ella se tira al suelo y saca mi polla.

Antes de que pueda darme cuenta, comienza a chuparme y mi gemido sale como un gruñido que deben de haber oído a kilómetros de aquí.

La cojo del pelo y tiro para que se levante.

—Si te dejo hacer eso es probable que no lleguemos ni a los preliminares —le aseguro, mordiendo su cuello.

Se trepa por mi cuerpo y busco un árbol para apoyarla. Cuando lo hago meto mi mano en sus bragas y está jodidamente empapada.

Las rasgo y froto su coño, haciendo que ella grite de placer. Le arranco el sujetador y mientras prosigo abajo comienzo a morder sus preciosas tetas.

—Joder, eres perfecta —susurro a la vez que doy lametazos a sus pezones.

—Cathal, te necesito —gime mientras no deja de moverse contra mi mano.

Me bajo el calzoncillo del todo y me alineo con su entrada.

—Mírame —le ordeno.

Lo hace y me detengo un instante a disfrutar del momento. Poco a poco bajo su cuerpo sobre mi polla, está apretada. Voy lentamente, una tortura para ambos. Me deslizo un poco más en su interior y entonces toco algo que no debería estar ahí. Frunzo el ceño.

—¿Qué pasa? —pregunta.

—Eres virgen.


PACTOS
peligrosos

Capítulo 34

Fiorella

Me quedo paralizada ante sus palabras. ¿Virgen? ¿Cómo es posible? ¿No estaba enamorada de Carlo? ¿No iba a casarme con él?

Noto que Cathal comienza a deslizarse fuera de mí y aprieto mi centro. Me mira con el ceño fruncido.

—Quiero esto —le aseguro.

—¿Y si cuando recuperes la memoria te arrepientes?

Sus palabras suenan seguras, pero la tristeza de sus ojos me abruma.

—Te amo, Cathal.

—Dilo otra vez —suplica.

Sonrío y lo hago.

—Te amo, Cathal.

Baja su boca sobre la mía y su lengua me hace estremecer. Siento que vuelve a penetrarme, pero se detiene.

—¿Estás segura? —pregunta de nuevo.

—Sí.

—No sé si podré renunciar a ti una vez que seas mía, Fiorella, quiero que seas consciente de ello —me asegura, y siento que mi alma le pertenece.

Que da igual quién era, que es quien soy ahora la que lo elige, la que sabe que con él a mi lado voy tener mi final feliz. Amo cada parte de él, de lo que me ofrece, de lo que me hace sentir.

Viva.

Sí, esa es la palabra, como me dijo Nella.

Carlo es un buen hombre, uno que no dudo que merezca el amor, pero uno que ya no me conoce, que ya no sabe quién soy.

Miro a Cathal, que espera paciente mi respuesta, y lo beso tiernamente.

—Lo digo en serio, Fiorella —insiste.

—Entonces no lo hagas, no renuncies nunca a mí porque no creo que yo pudiera renunciar a ti jamás, Cathal.

Mis palabras hacen que el brillo de sus ojos cambie de triste a posesivo, y sin más, con un gesto firme, se clava dentro de mí.

Un dolor agudo me recorre. Joder, no sabía que dolía tanto. Cathal no se mueve, solo me abraza. El árbol tras nosotros me sostiene.

—¿Estás bien? —pregunta en un susurro, y asiento.

Comienza a moverse y sigo notando el dolor, pero puedo aguantarlo. He leído suficientes novelas como para saber que esto solo es un momento.

Y así es, el placer comienza a ganar al dolor. Mis gemidos pronto llenan el aire a nuestro alrededor. El golpe de nuestras caderas mientras aumentamos el ritmo es un sonido que no voy a olvidar jamás.

—Joder, Máire —jadea, y no lo corrijo. Porque soy tan Máire como Fiorella.

Mete su mano entre nuestros cuerpos y cuando frota mi clítoris siento que voy a estallar, grito sin importarme si alguien nos oye, él gruñe como si fuera un animal salvaje. Y cuando ya no puedo más, muerde mi cuello y mi orgasmo explota en mi interior, al igual que él, haciendo que por un instante se me nuble la vista.

Me abraza y acabamos sentados en el suelo, yo sobre él, que ahora apoya su espalda en el árbol. Y me acurruco en el calor de su pecho mientras pasa su mano por mi espalda.

—Te amo —me dice, y mi corazón se enciende.

—Eres lo más real de mi vida —le aseguro mirándolo a los ojos.

—Y tú eres mi vida.

Nos besamos como adolescentes hasta que escuchamos el ruido de un coche.

—Mierda —gruñe Cathal y coge el mono que está tirado a un lado. Saca el teléfono y teclea.

—Que nadie llegue hasta la última base o están muertos —sisea, y cuelga.

—Eres muy dulce —me burlo.

—Si alguien ve a mi mujer desnuda se va a quedar sin ojos —me asegura.

—Si alguien ve a mi hombre desnudo se va a quedar sin ojos —concuerdo con él, y su respuesta es una carcajada en mi cuello

seguida de un mordisco que va a dejar marca, pero no me importa.

Pasamos el resto del día en la cita que me había preparado. Y me doy cuenta de que ahora mismo, en mi vida, es el único que me conoce de verdad, y es el único al que no le importa si vuelvo a recordar alguna vez, solo me quiere a su lado.

Le escribo a Nella para saber si están en casa. Me avisa de que están todos, incluido Carlo. Supongo que tendré que hablar con él, se merece que lo haga. Ahora que tengo claro que incluso cuando recobre la memoria, si es que lo hago, no puedo haberlo amado como lo hago con Cathal.

El aire fresco de la noche se cuela por la puerta cuando Cathal y yo cruzamos el umbral de la casa. Aún puedo sentir la calidez del día en mi piel, el eco de nuestras risas flotando en mi mente. Ha sido una de esas citas que se sienten como un sueño, donde el tiempo se desliza entre los dedos y el mundo exterior deja de importar. Pero ahora, al regresar a la casa familiar, la realidad me envuelve con una calidez distinta, una que no esperaba encontrar.

Las risas resuenan desde la sala de estar, burbujeantes y despreocupadas. Al doblar la esquina, veo a Carlo en medio de la habitación, agitando las manos mientras trata de representar algo que nadie parece adivinar. Mis hermanas y cuñadas están alrededor, gritando títulos de películas con entusiasmo. Su expresión es concentrada, pero hay una chispa de diversión en sus ojos, y no puedo evitar quedarme quieta, observándolo.

Me sorprende lo familiar que se siente la escena, como si perteneciera a ella sin saber cómo ni por qué. Carlo se ve tan natural en su papel, su risa fácil, sus gestos encantadores. Un hombre bueno. Un hombre en el que cualquiera podría confiar. Por un instante me pregunto si no debería ser él a quien mire de esa forma, si no sería más fácil sentir lo mismo que ellos esperan que sienta.

Pero no lo siento.

Porque junto a mí, Cathal gruñe en voz baja, su celosa presencia anclándome a la realidad con la misma intensidad con la que lo hace siempre. Puedo sentir la tensión en su cuerpo, cómo sus músculos se endurecen mientras observa la escena con el ceño fruncido. Giro

la cabeza para mirarlo y encuentro su mandíbula apretada, sus ojos clavados en Carlo con una sombra de irritación que me hace sonreír.

—¿De verdad? —murmuro divertida.

—¿Qué? —responde en el mismo tono, pero sin apartar la mirada de Carlo.

—Estás gruñendo —le señalo, inclinándome apenas hacia él.

Cathal me mira entonces, sus ojos oscuros encendidos de algo más que simple molestia. Es una chispa voraz, un fuego contenido que parece arder solo para mí. Su cercanía es un imán, una atracción peligrosa que hace que me olvide de todo lo demás. Y lo sabe. Lo veo en su sonrisa ladeada, en la forma en que su brazo roza el mío de manera intencionada.

—No me gusta cómo lo miras —confiesa, su voz grave y baja, apenas un susurro entre nosotros.

—¿Y cómo lo miro? —pregunto con una sonrisa.

—Como si fuera una opción.

Su sinceridad me desarma, y por un instante me pierdo en él, en la manera en que su presencia lo llena todo, en cómo mi cuerpo reacciona a su cercanía. Cathal no es el hombre perfecto, no en el sentido en el que Carlo lo es. Pero me hace sentir viva. Tan viva que a veces asusta. Es mi imperfecta perfección.

—No lo es —respondo al final, más para mí que para él.

Su sonrisa se amplía, satisfecha, y sin necesidad de más palabras, me toma de la muñeca y me guía hacia la sala. La conversación sigue fluyendo entre los demás, ajenos a nuestra pequeña guerra silenciosa.

—¡No vale, lo estás haciendo fatal! —protesta Oriana entre risas cuando Carlo se rinde y deja caer los brazos.

—No era tan difícil, por Dios —se queja, sacudiendo la cabeza mientras los demás siguen riendo.

—Vamos, Roma, es tu turno —dice Seren, y mi atención se desvía hacia mi cuñado favorito.

—De acuerdo, necesito una pluma —anuncia, y los demás comienzan a quejarse sobre que no quieren ver su polla de nuevo.

Entonces, siento algo en mi cabeza. Un dolor sordo, como si me hubieran golpeado con un bate de béisbol.

Cathal me sostiene, creo que no puedo hacerlo por mí misma.

—¿Fiore? —pregunta en un tono asustado.

No puedo contestarle, millones de imágenes pasan por delante de mí como una película. De niña, de adolescente, cuando conocí a Carlo, cuando nos tatuamos, la frase de Nesta, la boda de Seren, el accidente. Todo.

Siento que me alzan en el aire y luego noto algo blando debajo de mí. Cuando todo termina, veo que Cathal está arrodillado delante de mí, mis hermanas, mis cuñados y Carlo están detrás. La preocupación bañando el rostro de todos.

—¿Llamo un médico? —pregunta acunando mi cara, y sonrío mientras niego con la cabeza.

—Está todo bien, por fin lo está —murmuro.

—¿A qué te refieres? —pregunta Cathal, y mis hermanas jadean casi a la vez antes de decir Nella lo que me acaba de pasar.

—Creo que Fiore ha recuperado la memoria.


PACTOS
peligrosos

Capítulo 35

Fiorella

Asiento para confirmar que es eso lo que acaba de ocurrir. Todo ha vuelto de un plumazo.

—¿Cómo te sientes? —pregunta Cathal mientras un vaso de agua aparece ante mí.

—Como si hubiera acabado con todo el tequila de México —me burlo.

—¿Qué ha pasado para que hayas recuperado la memoria? —pregunta Seren, y miro a Roma.

—Ha sido cuando has pedido una pluma.

—Veis, mi polla es mágica, mira que os lo he dicho veces, pero no me creéis nunca. Ha logrado que Fiorella recupere su memoria —suelta Roma como si hubiera descubierto oro.

Me río mientras Ori rueda los ojos.

—Mierda, Fiore, ahora lo va a recordar toda la vida —se queja mi hermana, y siento algo cálido dentro de mí.

Mi hermana.

La misma que me ha curado los raspones cuando aprendía a conducir.

Ahora puedo decirlo y sentirlo a la vez.

—¿Qué te duele? —inquiere Cathal, preocupado al ver lágrimas en mis ojos.

—Nada, soy feliz.

Me levanto y mis hermanas vienen a abrazarme, como cuando vuelves de un viaje largo, uno que no estaba previsto, pero que no has podido eludir.

Las cuatro lloramos. Roma y Nicola se unen, también lloran, aunque de una forma más controlada que nosotras, que ahora mismo somos un lío de ojos rojos y mocos.

Cathal se queda apartado observando todo. Carlo también. Uno en cada lado de la habitación. De pronto, me quedo mirando entre ambos.

Mi teléfono vibra en el bolsillo, es una de las mellis, tengo una vibración específica para cada una de ellas. Tengo un mal presentimiento, y mientras deciden si brindar con champán o irnos a celebrarlo fuera, saco el teléfono y lo leo.

El teléfono vibra en mi mano y el nombre de las mellis aparece en la pantalla. Algo dentro de mí se tensa. No es normal que me escriban a esta hora. Deslizo el dedo para abrir el mensaje, y al leerlo, el mundo entero se detiene.

Se la han llevado. Ailis ha desaparecido.

Siento un golpe en el pecho, un vacío que se abre bajo mis pies. Levanto la mirada hacia Cathal, que nota mi expresión al instante.

—¿Qué pasa? —pregunta con la voz grave, afilada por la urgencia.

Le paso el teléfono sin decir una palabra. Su rostro se endurece al leer el mensaje y, en menos de un segundo, está sacando su móvil, llamando a alguien. Se pone de pie de golpe, moviéndose con la furia contenida de un depredador a punto de atacar.

—Contesta, joder —gruñe entre dientes.

Pero no hay respuesta. Intenta con otro número. Nada. Su mandíbula se tensa y el músculo en su cuello late con violencia.

—No me jodas…

El resto de la familia ya nos está mirando. La energía en la habitación cambia, como si todos sintieran la tormenta que se avecina. Me obligo a reaccionar.

—Ailis ha sido secuestrada —digo en voz alta.

El silencio es absoluto por un segundo. Luego, el caos.

—¿Quién se la ha llevado? —pregunta Nella, su expresión pasando de la incredulidad a la furia en un parpadeo.

—No lo sé —responde Cathal, todavía tratando de localizar a alguien de la casa. Sigue sin éxito. Patea una silla con frustración—. Nadie contesta. Nadie.

—No vamos a esperar a que nos llamen —dice Roma, poniéndose en pie. Su mirada está afilada como un cuchillo—. Nos vamos ahora mismo.

—Voy con vosotros —interviene Carlo, su tono firme.

—Yo también —dice Nico, sacando un arma de su chaqueta.

—Y yo —agrega Lev con su expresión de hielo.

—Todos vamos —sentencia Oriana, su mano apretando la de Seren con fuerza.

El consenso es inmediato. No hay dudas, no hay preguntas. Solo acción.

Tomamos el avión familiar sin perder un segundo. Roma se pone a los mandos con una seguridad feroz en su mirada. Antes del accidente me dijo que aprendería a pilotar, pero no sabía que ya lo había logrado. Lo descubro cuando despegamos sin problemas, deslizándonos por la noche con la precisión de alguien que ha nacido para esto.

El vuelo es tenso, silencioso. Cada uno de nosotros se prepara a su manera. Reviso mis armas, asegurándome de que todo esté cargado. Cathal está a mi lado, su presencia como un ancla en medio de esta tormenta. Son cinco horas en las que Cathal se está volviendo loco y yo trato de calmarlo. Sé que es la primera vez que se va de Irlanda, que lo ha hecho por mí, si le pasa algo a Ailis no podré vivir con ello.

—Vamos a encontrarla —dice sin necesidad de que se lo pregunte.

Asiento. Porque no hay otra opción.

Cuando descendemos sobre Irlanda, Roma maniobra el avión con una habilidad impresionante. No aterriza en una pista de aterrizaje. No. Se lanza directamente sobre el camino de entrada, convirtiéndolo en una pista improvisada. El impacto es brusco, el avión rebota, pero Roma lo controla con maestría hasta que se detiene en seco.

—Bueno —dice con una sonrisa feroz—. Ya estamos aquí.

—Quédate detrás de mí —me pide Carlo antes de que se abran las puertas.

Cathal lo mira mal.

—Te agradezco que vengas a ayudarme con mi hija, pero ella es mi mujer, y deberías saber algo, es totalmente capaz de defenderse sola y, si necesita ayuda, me tiene a su lado para ofrecérsela, a su lado, no delante. Ella no necesita ir detrás de nadie.

La forma en la que lo dice hace que me dé cuenta de que tenía razón. Ahora que lo recuerdo puedo decir que quise a Carlo como una adolescente, pero a Cathal lo amo como una mujer.

Estoy preparada para correr, para pelear, para quemar Irlanda si hace falta, pero algo en el ambiente se siente... raro.

Entonces los veo.

Apenas distinguibles en la penumbra, un grupo de hombres armados surge entre las sombras, formando una línea junto al avión. No es una emboscada, no es un ataque, pero tampoco una bienvenida. Se mantienen firmes, las armas apuntando, la tensión en el aire es palpable.

—Mierda —gruñe Cathal, y al girarme hacia él, veo su mandíbula apretada y su expresión endurecida por la furia.

Reconozco a Killian antes de que dé un paso al frente. Es imposible no hacerlo. Su postura tranquila, su rostro inescrutable, la forma en que su sola presencia parece hacer retroceder la oscuridad. Es de los hombres más leales a Cathal, y si está aquí significa que algo no tiene sentido.

—¿Qué demonios está pasando? —exige Cathal, bajando del avión de un salto.

Los demás nos preparamos para seguirlo, pero su mano se alza en un gesto brusco que nos ordena esperar. Me muerdo la lengua, los músculos en tensión mientras lo veo encarar a Killian.

—¿Por qué nadie ha contestado mis llamadas? —pregunta Cathal con el filo de un cuchillo en la voz—. ¿Dónde está Ailis?

Killian no parpadea. No vacila. Solo lo mira con una calma calculada antes de responder:

—En la casa. Durmiendo.

Mi corazón da un vuelco. El aire se siente demasiado denso, como si me faltara oxígeno.

—No —escupe Cathal, su ira transformándose en incredulidad—. No me jodas, Killian. Hemos venido porque secuestraron a Ailis. Recibimos el mensaje de las chicas.

—Las chicas también están en la casa —responde Killian, con el tono de quien intenta calmar a una bestia—. Todo el mundo está en la casa. Ailis está durmiendo. No ha pasado nada.

No. No puede ser.

Miro a Oriana, a Nella, a Roma, a Lev, a Seren y a Carlo. Nadie se mueve. Nadie habla. Todos estamos atrapados en la misma maraña

de confusión. No puede ser un error. No puede haber sido una mentira. Pero entonces..., ¿qué es?

—No me lo creo —dice Cathal, su cuerpo rígido, sus manos cerradas en puños—. Si Ailis está en la casa, lo veré con mis propios ojos.

Killian asiente una sola vez.

—Sígueme.

No esperamos más. Nos movemos como una avalancha, cada uno con el arma lista, los pies golpeando el suelo húmedo mientras avanzamos a toda velocidad hacia la mansión. Mi respiración es un torbellino en mis oídos, mi corazón bombeando a un ritmo frenético. Todo esto es una locura. Nada encaja. Si Ailis está en la casa, ¿qué significan los mensajes? ¿Por qué nadie contestó? ¿Qué demonios está pasando?

El portón se abre antes de que lleguemos, como si ya nos esperaran. Killian entra primero y nosotros lo seguimos, los pasos resonando en el suelo de mármol, el eco amplificándolo todo. No hay alarma, no hay señales de lucha. Todo está en su sitio, impoluto, inalterado. Como si nada hubiera pasado.

Subimos las escaleras de dos en dos, guiados por la certeza de que solo hay una verdad que importa: ver a Ailis con nuestros propios ojos.

Killian abre la puerta de su habitación sin vacilar y se aparta para dejarnos mirar.

Y ahí está.

Ailis duerme profundamente, su pequeño cuerpo acurrucado bajo las mantas, su respiración tranquila. Todo mi cuerpo se tambalea ante la imagen, mi mente luchando por procesarlo. No está secuestrada. No está en peligro. Está aquí, en su cama, como si nada hubiera sucedido.

Mis piernas ceden y tengo que apoyarme en el marco de la puerta. Mi estómago está hecho un nudo. Siento un peso insoportable en el pecho, una mezcla de alivio, confusión y rabia. Porque si esto no es real… entonces, ¿qué diablos nos han hecho creer?

Cathal se queda paralizado junto a la cama, con los puños aún cerrados, su pecho subiendo y bajando con respiraciones irregulares. Luego se gira con brusquedad hacia Killian, su ira ardiendo otra vez.

—¿Quieres explicarme qué mierda ha pasado?


PACTOS
peligrosos

Capítulo 36

Cathal

Ailis respira tranquila, su pecho subiendo y bajando con un ritmo pausado. La observo en la penumbra de la habitación, sintiendo como la adrenalina que me ha mantenido en pie hasta ahora empieza a desvanecerse. El peso de las horas, del miedo, de la ira, todo desaparece cuando la miro dormir.

Está aquí.

Sana. A salvo.

Mis rodillas ceden antes de darme cuenta y me dejo caer junto a su cama, apoyando los codos en el colchón. Un nudo aprieta mi garganta, uno que no sé cómo deshacer. Porque durante todo el camino hasta aquí en mi mente solo existía una posibilidad: encontrar su cama vacía. El terror a que fuera real lo que pensábamos, a que le hubieran hecho daño, a no volver a verla…

Pero está aquí.

Y el alivio es demasiado abrumador.

Cubro mi rostro con una mano, intentando contener la avalancha de emociones, pero es inútil. El primer sollozo escapa de mis labios antes de que pueda evitarlo. Luego otro. Y otro. El aire se siente espeso, mis pulmones arden y las lágrimas empiezan a caer sin control.

Fiorella está a mi lado en un instante. No dice nada. No necesita hacerlo. Solo se arrodilla junto a mí y envuelve su brazo alrededor de mis hombros. Su calor me sostiene, su simple presencia me mantiene anclado mientras mi corazón sigue desbordándose.

Tomo la pequeña mano de Ailis entre las mías, con un cuidado casi reverencial, como si temiera romperla. Es tan diminuta, tan suave, tan cálida. Me inclino hacia ella y la envuelvo en mis brazos con delicadeza, sintiendo su pequeño cuerpo contra el mío. No se despierta, pero se acomoda entre mis brazos, confiada, segura. Y eso solo hace que las lágrimas corran con más fuerza.

Fiorella también la abraza, su mano acariciando con ternura el cabello de Ailis mientras nos envuelve a ambos en su calor. No sé cuánto tiempo pasamos así, sosteniéndonos los tres, pero no quiero soltarla. No quiero que este momento termine.

Entonces, un ruido en la puerta nos hace levantar la mirada.

Catriona y Fiona están ahí, las dos quietas en el umbral, con una expresión en sus rostros que me pone en alerta de inmediato. No es miedo. No es alivio. Es culpa.

Mucha culpa.

Me enderezo, limpiando el rastro de lágrimas con la manga. Mi corazón aún late con fuerza en mi pecho, pero el instinto me dice que algo no encaja.

—¿Qué hicisteis? —pregunto en voz baja, sin soltar la mano de Ailis.

Las chicas intercambian una mirada rápida antes de entrar con pasos cautelosos. Fiona se muerde el labio, y Catriona se cruza de brazos como si quisiera armarse de valor antes de hablar.

—No es para tanto —murmura Fiona, su tono más culpable que desafiante.

—Depende de lo que consideres «para tanto» —le espeto, mi paciencia colgando de un hilo.

Fiorella también las mira con una expresión mezcla de desconcierto y sospecha.

—¿Qué hicisteis? —repite ella, esta vez con más firmeza.

Las niñas suspiran al unísono. Es Catriona quien habla primero.

—Verás… Conor hizo un comentario. Dijo que Fiorella probablemente no volvería.

Mi mandíbula se tensa. Solo de imaginarme a ese cabrón diciendo algo así delante de ellas me hierve la sangre. Pero no digo nada. Las dejo continuar.

—Así que pensamos… —Fiona retuerce las manos, mirando a su hermana en busca de apoyo.

—Que teníamos que hacer algo —termina Catriona—. Algo que asegurara que Fiorella regresaría.

Un mal presentimiento me recorre la espalda. Fiorella parece tener la misma sensación porque su expresión se endurece.

—¿Qué hicisteis exactamente? —insisto, cada palabra pesada.

Las mellizas se miran otra vez, como si estuvieran en medio de una partida de ajedrez mental decidiendo quién suelta la bomba.

—Compramos un inhibidor de señal —confiesa Fiona al fin, casi en un susurro.

Mi cuerpo se queda rígido.

—¿Un qué?

—Un inhibidor de señal —repite Catriona, encogiéndose de hombros—. Uno potente. Para que ningún teléfono funcionara. Si no podías llamar, tenías que venir. Y sabíamos que Fiorella no nos abandonaría.

No sé si quiero gritarles o echarme a reír de la locura que acaban de soltar. Porque después de toda la maldita pesadilla que acabamos de vivir, después de pensar que habíamos perdido a Ailis, después de venir preparados para hacer arder Irlanda…

Todo fue por un maldito truco.

Me paso una mano por el rostro, incapaz de procesarlo todo a la vez. Fiorella se ha quedado sin palabras, sus ojos abiertos como platos.

—¿Sabéis lo que habéis hecho? —pregunta, su voz un poco temblorosa—. ¿Os dais cuenta de lo que hemos pasado por vuestra idea de mierda?

—Bueno… funcionó, ¿no? —dice Fiona, con una sonrisa nerviosa.

No sé si quiero abrazarlas o estrangularlas. Lo único que sé es que jamás voy a olvidar esta noche. Porque entre todo el caos, entre la rabia, el miedo y la desesperación, solo hay una verdad absoluta que me reconforta.

Ailis está aquí.

Y Fiorella también.

—Volved a la cama, mañana hablaremos de todo esto —les ordeno.

Ellas me miran preocupadas, deberían estarlo, van a estar castigadas hasta los cuarenta.

—¿Te quedarás? —preguntan mirando a Fiorella y ella sonríe.

—Mañana hablamos. No ha dicho que sí, ni que no.

No hemos hablado desde que ha recuperado la memoria, no hemos tenido tiempo, solo podía pensar en llegar a Ailis.
Ahora todo cae de pronto en mí, ¿seguirá creyendo que merezco la pena? ¿Que soy mejor que Carlo?

Espero que sí, porque si de algo estoy seguro es de que ella no va a regresar a Italia, y si para eso tengo que enterrar a Carlo en el jardín estaré más que feliz de ponerme a cavar ahora mismo.

Bajamos a la sala donde todos nos esperan. Killian se ha encargado de servirles café. Conor está en pijama sentado en una silla mirando a cada uno de los invitados.

—¿Todo bien? —pregunta la mayor de las Farnese.

—Sí, gracias, ha sido solo una broma de mis sobrinas.

Todos me miran extrañados menos Roma, él sonríe. Es un cabrón pirado.

Les cuento lo que ha ocurrido y pienso en cómo disculparme, pero antes de que pueda hacerlo todos se ríen y bromean. Como una familia.

—¿Puedo usar la sala de la última vez? —pregunta Fiorella a mi lado, y asiento.

De pronto, se acerca a Carlo y lo coge de la mano. Doy un paso, pero Lev, Nicola y Roma están ahí para detenerme. Las Farnese han sacado sus armas. Conor también.

—Dales un momento —me pide Seren, y asiento conforme.

No me gusta, pero tengo cámaras. Miro a Conor y este hace un pequeño gesto con la cabeza. Está grabando.

—Podemos aprovechar el viaje y hablar sobre que formes parte de la Élite —dice Nico cuando todos tomamos asiento.

—¿En serio? —inquiere Seren—. ¿Crees que es el momento?

—No veo por qué no. Acaba de darse cuenta de que va a necesitar ayuda con su familia.

—En eso tiene razón —interviene Roma—, parece que te vas a hacer viejo antes de tiempo con esas dos.

—¿Tú estás bien siendo parte de eso? —Me giro hacia Lev.

—Voy a decir que el nombre es ridículo.

—Oye —se ofende Roma, y todos se ríen.

—Pero sí, sé que mi mujer estará protegida y el día de mañana mis hijos también. Además, mi hermano parece haberle encontrado el gusto a Italia y lo han tratado como a uno más.

Entiendo lo que dice, no solo se trata de mí, tengo una familia en la que pensar.

—Toma ahora la decisión, Cathal —me pide Nicola—. Quiero saber si estás dentro a pesar de que puede que Fiorella no te escoja.

—Estoy dentro, pero ella me va a escoger —le aseguro.

—No pinta a eso, amigo —se burla Roma–. Y no empieces con mierda de que te la vas a quedar quiera o no porque puedes aparecer en un vertedero con una polla pintada en la cara.

Una amenaza velada tras una broma hace que todos nos quedemos en silencio.

—¿Cómo te atreves a amenazarlo en nuestra casa? —gruñe Conor enfadado.

—Tranquilo, lo entiendo, lo que él no sabe es que me puede comer la polla que quiere dibujar en mi cara porque Fiorella no se va a ningún lado.

—No la vas a obligar —me asegura Seren.

—No está sola —agrega Ori.

—No va a obligarla nadie a nada, ella ha decidido —dice Nella antes de que Fiorella aparezca sola en la sala.

—Carlo está yendo hacia el avión —nos avisa Fiore.

—¿Todo bien? —pregunta Roma, y ella le sonríe.

—Sí, puedes guardar tu rotulador —se burla.

No sé el rato que llevaba ahí escuchando, pero me da igual, tiene que saber que irse no es una opción.

—Y tú, Cathal, si me quisiera ir lo haría. Por muy hombre de las cavernas que te pusieras, a una Farnese no se la retiene en contra de su voluntad.

Me levanto y llego hasta ella.

—Entonces quédate porque quieres hacerlo.

—¿No quieres saber qué he hablado con Carlo?

Me encojo de hombros. Está grabado, puede que lo vea más tarde.

—Le he dicho que me haces sentir viva, que me has regalado volver a leer mis libros favoritos, que me he entregado a ti, que has sido el primero y…

—Y el último, Fiore, quiero ser el último. Dormirme cada noche leyendo juntos, que veas a las chicas crecer y ellas te tomen de ejemplo.

—Entonces hagámoslo, seamos todo el uno del otro.

—Te amo.

—No más que yo a ti, Cathal, gracias por dejarme ser y no solo estar.

—No, Fiorella, gracias a ti por hacerme vivir la vida y no solo mirarla pasar.

5 Años después...

Epílogo 1

Fiorella



Mi mente va a mil por hora. Debería estar yendo a recoger a Nuala y a su hija al aeropuerto. Van a pasar unos días con nosotras. Desde que se recuperó de la operación nos hemos hecho muy buenas amigas y, de alguna manera, ahora también son familia. Aoife me ha hecho el favor de ir a recogerlas.

Acelero con el todoterreno por las calles de Cork y preparo en los semáforos en rojo la pistola con el silenciador.

Sé que Cathal no va a estar nada contento, pero es algo que tengo que hacer. Me quito el cinturón de embarazada y bajo del coche. Me dirijo hacia una tienda de lencería en la que la madre de Ailis está comprando mierda hortera, porque ya solo con ver el cuero combinado con tonos neón de los conjuntos del escaparate me dan una clara idea de lo que me puedo encontrar dentro.

Paso al interior, al menos es pequeña, del tipo no va a haber muchos testigos.

—Todo el mundo fuera —ordeno y las clientas me obedecen enseguida—. ¿Dónde está tu jefa?

La chica de apenas veinte años me mira sin saber cómo reaccionar, me ha reconocido. Señala lo que imagino es la trastienda mientras tiembla como una hoja.

—Cuando salga la dueña, quiero que cerréis por fuera y no entréis, ¿entendido?

La dependienta asiente y yo entro en el almacén dispuesta a acabar con las tonterías de una vez por todas.

—Tú, fuera —ordeno a una mujer de unos cincuenta.

Lo de detrás es como una tienda privada, supongo que para clientas de dinero.

La cabeza de Bridget asoma por el vestidor y me mira horrorizada.

—Vístete —le gruño, y no sé si me hace caso porque primero tengo que hacerme cargo de la dueña, que está tratando de llamar a la Policía.

—¿En serio? —pregunto cabreada—. Mírame bien, ¿sabes quién soy?

Ella se para por primera vez y me observa, sus ojos se amplían y sonrío.

—¿Y bien? ¿Quién soy?

—La mujer del señor Cathal…

—No —la corto—. Soy Fiorella Farnese, así que lárgate ahora mismo de aquí si no quieres que tatúe mi nombre en tu cara para que no lo olvides.

La mujer no lo piensa y se larga. Una vez me quedo sola y escucho que la puerta se cierra con llave, me dirijo hacia donde está Bridget. Trata de llamar a alguien por teléfono, cuando veo que es a Cathal me cabreo todavía más. La agarro del pelo y la saco de ahí, la lanzo al suelo y ella grita asustada.

—¿Qué quieres? —pregunta asustada, pero tratando de mantener algo de dignidad.

—¿Qué quiero? —repito, dándome unos golpes con el silenciador en la boca—. Pues creo que ya te lo dije, que llevo años haciéndolo. Quiero que te alejes de Ailis, que no te acerques a ella jamás.

—Es mi hija.

—No, es MI hija, no te equivoques. Tú solo fuiste un polvo de mal gusto de Cathal.

—Fue más que eso.

—Ya te gustaría. Lo sé todo, no tenemos secretos, fuiste un error, uno que acepto que haya cometido porque gracias a eso tengo a una niña maravillosa en mi vida que me llama mamá.

—Ya tienes todo entonces. ¡¿Qué quieres de mí?! —grita enfurecida.

Llevamos años de peleas de gatas, ella cree que por ser la madre de Ailis es intocable. Está cegada por el poder que tiene Cathal, uno que la enamoró de manera obsesiva, no de él, sino de lo que es, y eso la ha hecho tomar malas decisiones, como la de ir al colegio de Ailis y darle una bofetada delante de todos cuando ella le dijo que no era su madre.

—Quería que entendieras que Ailis es intocable, y, aun así, ha aparecido con la mejilla roja y tus dedos marcados en ella. Sabes, pensé en cortártelos para que no pudieras volver a hacerlo —le cuento, y ella se guarda las manos—. Pero luego me di cuenta de que da igual porque tú eres el problema, no solo una parte de ti, sino toda tú.

—Me iré, me largaré lejos y nunca volveréis a verme —asegura temblando.

Sonrío, levanto el arma y le disparo en la frente.

Ni siquiera le ha dado tiempo a procesar que la acabo de asesinar cuando su cuerpo sin vida cae en el suelo.

Saco mi teléfono y un rotulador marrón. Marco a Killian, que me contesta en el primer tono. Me coloco el móvil en la oreja y lo sujeto con el hombro mientras hablo.

—Necesito que vengas a limpiar algo, te mando ahora la dirección.

—¿Qué has hecho? —escucho la voz de mi marido y me doy cuenta de que deben ir en el coche juntos.

—Nada, solo encargarme de la basura.

—Fiore… ¿Estás dibujando una caca con ojos del wasap en la cara de alguien?

Sonrío mientras le pongo unas moscas dibujadas en las mejillas de la ahora fría Bridget.

—Puede... ¿Estás enfadado?

No hace falta que le diga mucho más, sabe con exactitud a quién le estoy dibujando en la cara, un guiño a mi cuñado favorito.

—Solo preocupado, te queda menos de un mes para dar a luz, no puedes exponerte así.

Le cuelgo por pesado. Siempre igual.

«Fiorella, no puedes irte a una misión porque estás embarazada».

«Fiorella, debes dejar de disparar porque el bebé lo oye todo».

«Fiorella, cuidado con tu tripa, no la uses de apoyo para tus disparos con la mira de francotirador».

Ufff, estoy embarazada, no en estado vegetal.

Me siento en el taburete que hay en el vestidor, tengo una sensación extraña.

Escucho la puerta de fuera abrirse, las voces de Cathal y Killian.

—¡Aquí atrás! —les grito

Cuando aparecen, Killian es el primero en hablar.

—Gracias a Dios que esta perra loca no va a dar más problemas.

—Nunca me cuelgues —sisea Cathal, viniendo hacia mí.

Sé que me espera una charla enorme acerca de lo peligroso que es respirar estando embarazada, así que le digo lo único que sé que

lo hará olvidarse de eso.

—Deja de enfadarte y llévame al hospital, creo que estoy de parto.

Epílogo 2

Seren



Gia juega a mi alrededor con unos cuchillos que le hemos comprado. Nicola no estaba muy de acuerdo, dice que es muy pronto para ello, pero yo sé que no falta tanto para que empiecen a tratarla como a un objeto solo por ser mujer y quiero que sepa defenderse.

Por supuesto, los cuchillos son de entrenamiento, no cortan, pero me fascina ver la habilidad que tiene para dar en el blanco.

Irina entra junto con un chico que creo que trabaja en los camiones. Basile se llama, me parece.

—Nos vamos al cine —anuncia, y asiento.

—¿Quién te ha dado permiso para llevarte a mi hija al cine? —pregunta Nicola, apareciendo por detrás y poniendo una pistola en la nuca del chico.

Veo que de manera literal se mea encima y ruedo los ojos.

—Papá, lo he decidido yo —se queja Irina.

—Pues has hecho una elección de mierda —le suelto.

—¿Has dicho mierda, mamá? —pregunta Gia sonriendo, está en la fase de usar palabrotas—. ¿Puedo decirlo yo también? Mierda, mierda, mierda.

—No —le gruñe Nicola—. A tu madre le voy a lavar la boca con jabón por tenerla tan sucia.

La mirada que me da me calienta por dentro, estamos pensando en lo mismo: cuando esta mañana tenía su polla en mi sucia boca.

Irina sigue mi mirada y ve el bochornoso aspecto del chico a su lado.

—¿Te has meado encima? —le pregunta incrédula.

No obtiene respuesta e Irina sale de la sala farfullando sobre que el mundo se va a acabar por falta de huevos.

—Lárgate, y si te veo cerca de mi hija no volverás a tener polla —lo amenaza Nicola en un tono sereno.

El chico corre y suelto una carcajada.

—Ve a buscar a tu hermana —le pido a Gia—. Dile que si quiere podemos ir a por batidos.

Gia deja todo emocionada, amamos ese lugar, tiene los mejores batidos de fresa del mundo.

Nicola se acerca a mí y me tiende la mano Me levanto y me pega contra su cuerpo.

—Necesito comprar más balas, *ma perle* —se queja.

—No te hace falta, ellas saben defenderse.

—No me preocupa que puedan defenderse, sino que tengan que hacerlo.

Es algo que hemos hablado mucho. Hemos tratado de cambiar las cosas, pero el machismo arraigado en la mafia no va a desaparecer de un día para otro.

—Para eso tienen a su madre y a sus tías, les enseñaran cómo manejarse en un mundo de hombres.

Nicola me mira y sonríe, luego me besa y muerde mi labio inferior mientras escucho como nuestras niñas revolotean en la planta de arriba. La vida es perfecta.

—Te amo, Seren.

—Eres mi aire, Nicola.

Epílogo 3

Oriana



Cojo los mandos con firmeza. Sonrío, lo estoy haciendo, lo estoy logrando yo sola.

—¡Estoy pilotando! —grito de alegría.

Roma a mi lado sonríe conmigo. Le pedí que me enseñara, me dijo que cuando él lo dominara sería mi instructor, no iba a dejar a nadie darle la oportunidad de pasar tanto rato conmigo a solas.

—No tenía ninguna duda. Lo único que hay algo que te falta saber —dice, haciendo que frunza el ceño.

Compruebo todo lo que me ha dicho que haga. Está bien. No hay nada en el radar de proximidad, todos los niveles son correctos y hace un buen día.

—¿El qué?

—Este pulsador de aquí —contesta, abriendo una tapa y presionando un interruptor—. Hace que te mantengas en el aire firme, como si estuvieras al mando.

—Ok.

—Y ahora suelta las manos.

Lo hago y me fascina que el avión vaya como si lo estuviera agarrando. Es aterrador ver lo grande que es y lo alto que estamos.

La adrenalina me recorre por completo.

—Es momento de que vengas aquí y me montes —dice con la sonrisa que tanto amo, y lo hago.

Se desabrocha los pantalones y saca su polla, que está ya dura, como siempre. Me subo a horcajadas y en cuanto me dejo caer ambos gemimos.

—No dejes que nos caigamos —le aviso.

—Nunca.

Y sé que no lo hará, confío en él a ciegas. No ha habido un día en el que no haya sido feliz a su lado, y eso es mucho decir con el mundo en el que vivimos.

Me folla de una forma salvaje, entre nosotros no hay nada suave. Tampoco es que podamos recrearnos durante horas como nos gusta.

—Joder, chica del patito, vas a acabar conmigo —murmura contra mi pelo cuando ambos nos corremos.

Lo miro y entrecierra los ojos.

—¿Qué me ocultas? —pregunta, demostrando lo mucho que me conoce.

Suspiro y trato de bajarme de él antes de que ambos nos manchemos, pero no me deja, me sujeta en el sitio, con él dentro de mí.

—Habla.

—Hace tiempo que pienso en que no es justo que tú quieras hijos y yo no.

—No seas idiota, ya te lo he dicho muchas veces, no es que quiera hijos, es que si los quisiera sería contigo.

—Es en eso en lo que he pensado. Que a mí nunca me ha hecho especial ilusión tener hijos, son monos y eso, pero no sé.

—Ori, ¿por qué hablamos ahora de esto? —me corta.

Respiro hondo y me tumbo sobre su pecho. Él me acaricia la espalda como tantas otras veces y dejo que el sonido de su corazón me envuelva unos segundos.

—Me estás asustando —susurra, y el tono de su voz hace que sonría.

Puede manejar asesinar, pero no el no saber qué me pasa.

Me estiro y cojo del bolsillo de la chaqueta que he dejado en el respaldo del asiento un par de rotuladores. Uno grande y otro que es como la mitad del primero.

Se los tiendo y me mira confundido.

—¿Recuerdas cuando estuve mala y tuve que tomar antibióticos? —pregunto, y él asiente.

—Estuviste jodida.

—Sí.

Y entonces cae en la cuenta. Mira ambos rotuladores, de la misma marca que usa él para pintar pollas en las caras, y luego a mí.

—¿Estás?

Asiento.

Respira hondo, la emoción conteniéndose en sus ojos. He visto como trata a Gia, a Sasha y a Aleksei. Ama a esos niños y ellos a él.

—¿Qué quieres hacer? —pregunta, y eso es lo que amo de mi marido.

Siempre antepone mis necesidades. Sé que es mi cuerpo y todo eso, pero también es su bebé.

—¿Y tú?

—Quiero que seas feliz, yo lo soy contigo.

—Cuando dio positivo me asusté, llamé a Seren, ella fue conmigo al médico y estuvo a mi lado hasta que me entregaron los análisis —le explico, y sé que le duele no haber estado ahí, pero necesitaba hacerlo por mi cuenta—. Ella me dio el resultado, negativo.

—¿Negativo? ¿Era falso?

—No, me hizo un Rachel. —Me río recordando *Friends*, una serie que hemos visto juntas muchas veces—. Me hizo creer que no había un ser dentro de mí que era parte de nosotros.

—¿Y?

—Sentí un vacío raro, como si me faltara algo. Estaba triste.

—Mi chica del patito, te juro que como no hables ya me va a dar un puto infarto y aún no sabes aterrizar este trasto.

Sonrío.

—En resumidas cuentas, parece que vas a ser padre.

—¿De verdad?

—Sí, no quería hijos, no los hubiera tenido, pero no podía imaginar sacando una parte de ti de dentro de mí.

—Así que…

—Así que la familia crece y en unos meses habrá un pequeño Roma correteando por ahí.

—¿Es niño?

—No lo sé, pero creo que el mundo no podría con una pequeña Roma —me burlo.

Sonríe y me besa, me abraza y, aunque estoy aterrada de no saber ser madre, tengo claro que desde que lo conocí quiero vivirlo todo con él.

Epílogo 4

Nella



Carlo me ayuda a tirar dentro del contenedor al tipo que acaba de morir. Al menos las partes que hemos encontrados. El fuego azul ha consumido lo demás.

—Tenemos que dejar de encontrarnos así —comenta mientras tira un pie con una bota.

—Sí —concuerdo.

Mi teléfono vibra y lo miro, es un mensaje de Lev, Fiore está de parto.

—¿Qué pasa? —pregunta cuando ve que me cambia la cara.

—Fiorella está de parto —contesto, y él sonríe.

Han pasado años desde que mi hermana le dijo que había sido su primer amor, pero que no iba a ser el último. Ha tenido algunas novias, pero ninguna le dura. Supongo que las compara a todas con Fiorella y es un listón demasiado alto para llegar.

—Supongo entonces que debemos darnos prisa, no querrás perdértelo. Si quieres acabo yo —me sugiere.

Miro a Artem, que no para de teclear en su teléfono, y le lanzo lo que antes debía ser un fémur. Le da en el culo y me río.

—Mueve tu culo y ayuda, tengo que irme con mis hermanas a Irlanda —gesticulo.

Se guarda el teléfono y recoge junto a nosotros.

Cuando terminamos, el padre de Ori nos recoge. Carlo y él han estado trabajando juntos desde hace años, casi parecen padre e hijo. Apenas los vemos, pero creo que es lo mejor. Supongo que no es casualidad que cuando Fiore viene a vernos él nunca esté.

—¿Va a ir Irina? —signa Artem, y yo asiento.

Gruñe y me queda claro que entre estos dos algún día pasará algo, lo que no tengo claro es si será una boda o un funeral.

Cuando llegamos a la mansión Lev nos está esperando en la puerta. Zakrone y Lucía a su lado.

—Toma, le he tejido esto al bebé —dice la mujer del que ahora es uno de mis mejores amigos.

De verdad, no sé cómo alguien tan dulce está con el tarado de Zakrone.

Sasha y Aleksei salen de la casa, mis hombrecitos, mellizos con el carácter ruso de su padre.

—Mamá, ¿te vuelves a ir?

—Nos vamos todos, la tía Fiore va a tener a su bebé.

—Jo, no quiero ir a Irlanda, Ailis es una pesada —se queja Sasha.

—Sí, y Fiona y Catriona solo hablan de chicos.

Me río porque mis sobrinas están en una etapa complicada.

Lev me agarra por detrás y besa mi cuello.

—Podríamos probar a ver si nos sale la niña, otra pequeña hada de la pólvora.

—¿Crees que podrías soportar una mujer más en esta casa?

—Zakrone dice que su niña lo adora, yo quiero que me adoren, estos dos solo te buscan a ti.

—¿Celoso?

—Un poco —reconoce, y me río.

Sasha y Aleksei son como una extensión de mí.

—No quiero volver a pasar por un embarazo —le digo, y algo se apaga en sus ojos. Fue muy duro perder el primero—, pero hay otras opciones.

Eso llama su atención.

Coge mi cara entre sus manos y me besa.

—Aún no te he dicho las opciones.

—Esto es porque te amo. —Y me besa de nuevo—. Y esto es porque siempre me das opciones.

Sonrío.

—¿En qué has pensado, mi preciosa hada de la pólvora?

—Podemos adoptar.

Lev alza las cejas.

—Sé que no serán nuestros, pero hay niños y niñas que necesitan que los amen.

—Shhh, serán tan nuestros como Sasha y Aleksei, pero te advierto que quiero al menos dos niñas para igualar el partido.

Me río porque mi ruso está loco.

—Entonces, ¿quieres que adoptemos? —pregunto para asegurarme.

—Quiero todo lo que te haga sonreír, te amo.

—Y yo a ti.

Escenas extra

Seren

Serenella



No debería estar aquí. Lo supe en el momento en que crucé la puerta y vi a los hombres que me esperaban en el salón, sentados con la calma calculada de los depredadores que creen tener a su presa atrapada.

Luciano, el medio hermano mi esposo, está apoyado contra la chimenea, con esa sonrisa petulante que me irrita más de lo que debería. Es alto, de constitución similar a la de Nicola, pero donde mi marido tiene presencia, él solo tiene una sombra de arrogancia barata. A su lado, su padre se acomoda en el sillón como si fuera el dueño del mundo. Su postura es relajada, pero sus ojos grises, tan parecidos a los de Nicola, me recorren con un juicio silencioso.

—Serenella —dice el viejo con una voz untuosa—. Me alegra verte. Aunque debo decir que no esperaba que fueras tan testaruda.

—Testaruda no es la palabra correcta —interviene Luciano, deslizándose con la despreocupación de quien cree tener el control —. Diría que es… leal. Y es una lástima, porque su lealtad está mal dirigida.

Me mantengo en el centro de la habitación, con la espalda recta y las manos relajadas a los lados. No voy a darles el gusto de parecer asustada, aunque por dentro mi rabia burbujea como un volcán a punto de estallar. Esta no es una simple reunión familiar. Es una encerrona.

—¿Para qué me habéis traído aquí? —pregunto con una dulzura medida, como si de verdad no supiera las razones detrás de este encuentro. No soy estúpida. No necesito que me las digan.

—Queremos hacerte ver la realidad —responde el padre de Nicola, entrelazando los dedos sobre su regazo—. Mi hijo es terco. Siempre lo ha sido. Pero tú, Serenella, tienes una oportunidad de arreglar las cosas. Tienes influencia sobre él.

—Oh, ¿de verdad? —ladeo la cabeza, fingiendo inocencia—. Qué halagador. Y yo que pensaba que solo era su esposa para la sociedad.

Luciano suelta una carcajada, pero no es divertida, es burlona.

—Eres mucho más que eso, cariño. Eres la llave para traer a Nicola de vuelta a donde pertenece. Él es un hombre de negocios, lo

entiende mejor que nadie. Y lo que está haciendo ahora, alejándose de nosotros, es simplemente un error que puede corregirse.

Me muerdo la lengua para no soltar una carcajada. Si creen que puedo convencer a mi marido de algo, entonces no conocen a Nicola. La única persona más terca que yo es él, y estos dos imbéciles creen que puedo doblegarlo para que vuelva con ellos a hacer el teatro de la familia feliz.

—A ver si lo entiendo —digo con voz serena, cruzándome de brazos—. Me traéis aquí con engaños, me rodean vuestros hombres en una habitación cerrada, y me pedís que convenza a mi marido de que os acepte de nuevo. ¿Eso es todo? —Dejo escapar una risita y me llevo una mano al pecho—. Qué educados. Y yo que pensaba que ibais a amenazarme.

Los ojos del viejo se oscurecen. Ahí está, la verdad detrás de su máscara de cortesía.

—Nicola necesita recordar a quién le debe todo —espeta con un deje de impaciencia—. Es un buen chico, solo está… confundido. Y tú puedes ayudarlo. O podrías hacer todo esto mucho más difícil para ti misma.

Luciano se mueve, rodeándome como un lobo que mide a su presa. Está claro que no conocen a Nicola, si lo hicieran sabrían que el hecho de que me estén haciendo esto es motivo suficiente para degollarlos.

—Eres lista, Seren —susurra a mi espalda, y cada fibra de mi cuerpo se tensa—. Sabes cómo funciona este mundo. ¿De verdad quieres que Nicola se convierta en un enemigo de su propia familia? Porque si sigue por este camino… no vamos a tener elección. Y eso significa ponerte en peligro a ti y a tus hermanas.

Me giro hacia él con lentitud, encontrándome con sus ojos oscuros. La furia que hierve en mi interior es sofocante, pero no la dejo salir. No aún.

—Voy a ver si puedo ser clara ya que no he traído las marionetas para explicarlo —digo en un tono bajo, peligroso—. No tengo miedo. No de vosotros. Si Nicola ha decidido que su familia no vale la pena, ¿por qué creéis que yo pensaría diferente?

Los músculos de Luciano se tensan, pero es el viejo quien reacciona primero. Se pone de pie con la dignidad de un hombre que cree que el respeto le pertenece por derecho.

—Tienes agallas, muchacha. Pero recuerda algo: las mujeres como tú solo tienen dos opciones en este mundo. O están del lado correcto… o son descartadas.

Siento una chispa de satisfacción recorrer mi cuerpo. Ha dejado de fingir. Esto es una amenaza abierta. Y eso significa que están desesperados.

—¿Y qué lado es el correcto? —pregunto, alzando la barbilla.

El padre de Nicola sonríe. Pero es Luciano quien responde.

—El que vive para ver otro día.

Sus palabras cuelgan en el aire entre nosotros. Silencio. Tensión. Los miro uno por uno, asegurándome de que vean la determinación en mis ojos.

—Haced algún curso para intimidarme mejor la próxima vez —susurro, inclinándome levemente hacia ellos—. Porque hasta ahora, solo habéis conseguido cabrearme.

Y con eso, me doy la vuelta y camino hacia la puerta, sin prisa, sin miedo.

—Tú lo has querido, llorarás de rodillas ante la tumba de una de tus hermanas —amenaza mi suegro.

Lo miro por encima del hombro un segundo antes de salir de allí. Me meto en el coche, respiro hondo y marco el número de Oriana.

—¡Hola!

—Hola, ¿estás ocupada esta noche?

—Depende, ¿qué me ofreces?

—Comprobar el color de la sangre de mi suegro y mi cuñado.

Suelta una carcajada.

—Claro, dime hora y lugar. ¿Necesitas que lleve algo?

—Palas y bolsas de basura —contesto sonriendo.

—Entonces es en serio.

—Tanto que voy a comprarme un nuevo conjunto de ropa interior para contarle a mi marido cuando volvamos que he matado a su padre y su hermano.

ORIANA

Oriana



El teléfono suena dos veces antes de que él descuelgue. Su voz es cálida, relajada, y en cuanto la escucho, sonrío. Es un sonido familiar, reconfortante, algo que nunca pensé que llegaría a sentir. Todavía es raro, llamarlo así, pero también se siente correcto.

—Hola, papá —saludo con una sonrisa en los labios.

—Oriana —responde con ese tono paternal que todavía me sorprende. No hay distancia, no hay frialdad, solo la voz de un padre hablando con su hija.

Me acomodo mejor en la cama, estirando las piernas y dejando que la sensación de normalidad me envuelva. Quién me iba a decir a mí que un día estaría así, llamándolo sin miedo, sin resentimiento.

—¿Cómo va todo? —pregunta con interés.

—Bien, muy bien. ¿Qué tal con Carlo?

—Es un gran hombre, aunque le va a costar superar lo de Fiorella.

—¿Y cómo lo convenciste para trabajar contigo? Pensé que después de lo de Fiore intentaría desaparecer del mapa.

—No tuve que convencerlo —responde con calma—. Fue su idea. Necesitaba alejarse de ciertas cosas, tomar distancia, pero no perder contacto con la familia. Y aquí está aprendiendo a manejar el negocio de verdad. No es solo un niño rico jugando a ser mafioso.

—Así que lo tienes trabajando en serio. ¿Y cómo lo está haciendo? —pregunto con curiosidad, porque me cuesta imaginar a Carlo tomándose las cosas como lo harían Roma o Nicola, es demasido... ¿soso?

—Lo está haciendo bien. No me ha decepcionado hasta ahora. Es más listo de lo que muchos creen.

Me sorprende escuchar eso de él, pero no lo comento. Si Carlo está con mi padre y ha logrado ganarse su respeto, entonces significa que realmente está tomándose esto en serio.

—¿Y tú? ¿Cómo te va? —desvío el tema, sintiéndome genuinamente interesada en lo que pueda decirme.

—Trabajando, como siempre. Ocupado con asuntos que requieren mi atención —dice con ese tono de siempre, el de quien nunca deja de moverse. Pero hay algo más en su voz, una ligera inflexión que me hace sospechar.

—Ajá. ¿Y qué hay de cierto en los rumores de que has estado acompañado? —inquiero con tono burlón, dejando caer la bomba con total descaro.

Se hace un silencio breve, como si estuviera evaluando qué responderme. Luego, suelta una risa baja y grave que me dice todo lo que necesito saber.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Tengo mis fuentes —replico con diversión—. Me han contado que has estado disfrutando de la compañía de un par de viudas irlandesas.

—Exageraciones. Sólo han sido conversaciones agradables.

—¿Conversaciones? Claro, papá. Porque estoy segura de que tú disfrutas pasando las noches discutiendo sobre política o el clima con mujeres hermosas y misteriosas.

—No sé de dónde has sacado que son misteriosas —dice, pero puedo notar la sonrisa en su voz. Y no se ha dado cuenta de que no ha negado que sean hermosas.

—Porque si te gustan, seguro que lo son. Te conozco, papá. No eres precisamente un hombre al que le atraiga la gente aburrida.

Su risa se vuelve más fuerte y genuina. Me encanta esto. Me encanta que podamos hablar así, sin tensión, sin miedo a lo que viene después.

—¿Y qué tal son? —pregunto con auténtica curiosidad.

—Interesantes. Inteligentes. No pierden el tiempo con tonterías.

—Es decir, que no buscan casarse contigo.

—Exactamente —confirma, y sé que está sonriendo.

—Y eso te encanta, ¿verdad? Poder ir a tu ritmo, sin que nadie te presione.

—Me hace la vida más fácil, Oriana. Lo último que necesito es una mujer exigiéndome estabilidad.

Ruedo los ojos con cariño. Aún nos queda mucho por descubrir el uno del otro, pero este tipo de conversaciones hacen que todo valga la pena. Me hace sentir que, por fin, somos lo que debimos ser desde el principio. Padre e hija, sin miedos, sin barreras.

—Cuando vuelvas podríamos ir a ver esa peli de la que me hablaste.

—Claro, pero nada de palomitas de colores, eso es una porquería.

Me rio y él se une.

—¿Todo bien por allí entonces? —curiosea.

Sé que estará pensando que ocurre algo malo y por eso lo llamo, la vida de mierda que hemos llevado nos provoca estos pensamientos.

—Solo te echaba de menos —le confieso.

—Y yo a ti

—Entonces acabad pronto el trabajo y regresad a casa.

—Lo haremos.

—¿Solo Carlo y tú? —me burlo.

—Ríete, pero es probable que uno de nosotros no vuelva como se fue: soltero.

NELLA

Brunella



El silencio en la habitación es denso, como si el aire se negara a moverse. Mis hermanas están aquí, las dos, y me miran con la misma mezcla de preocupación y miedo. No sé cómo decirlo. No sé cómo convertir en palabras este vacío que me consume por dentro.

Respiro hondo y cierro los ojos un segundo, intentando calmar el temblor de mis manos. Cuando los abro, Oriana da un paso adelante, como si pudiera sostenerme solo con su cercanía.

—¿Nella? —pregunta con suavidad, su voz llena de esa ternura que siempre ha intentado esconder bajo su coraza de acero.

Trago saliva y obligo a mi boca a formar las palabras.

—Lo he perdido —susurro. Mi voz apenas es un hilo de sonido, pero en esta habitación se siente como un grito.

Serenella se mueve primero, acercándose a mí con pasos lentos y calculados, como si tuviera miedo de que me rompiera en pedazos si lo hacía demasiado rápido.

—¿Qué has perdido? —Su voz es cuidadosa, pero sé que en el fondo ya lo ha entendido.

Me abrazo el vientre sin darme cuenta, como si aún pudiera aferrarme a lo que ya no está.

—El bebé.

El aire se corta de golpe. Puedo ver cómo la noticia las golpea, cómo cada una reacciona de forma diferente. Oriana deja escapar un suspiro tembloroso y aprieta los labios con fuerza, como si intentara contener sus propias emociones. Serenella cierra los ojos un instante y cuando los abre están llenos de una tristeza infinita.

—¿Cómo? —Es Ori quien rompe el silencio, su voz apenas más alta que un murmullo.

Aprieto los puños sobre mi regazo y dejo escapar una risa amarga.

—Fue un embarazo ectópico —digo al fin—. No tenía ninguna posibilidad desde el principio.

Noto cómo Oriana toma aire y Serenella se cubre la boca con una mano. Yo ya no tengo lágrimas que derramar. Ya pasé por eso cuando me lo dijeron, cuando me explicaron que no había opción, que mi propio cuerpo había convertido ese milagro en una amenaza.

—Lo siento tanto, Nella —susurra Seren, arrodillándose frente a mí y tomando mis manos entre las suyas. Sus dedos están tibios, pero yo solo siento frío.

—Yo también lo siento —respondo, y mi voz se quiebra al final.

Ori se agacha junto a Seren y me mira fijamente. Hay algo en sus ojos, algo que no había visto en mucho tiempo. No es solo tristeza. Es enfado.

—¿Por qué no nos lo dijiste antes? —pregunta, su voz teñida de rabia contenida.

—Porque no quería preocuparos —admito—. Y porque… porque creo que es mi culpa.

Seren frunce el ceño.

—¿Tu culpa? ¿Por qué dices eso?

Miro a cada una de ellas y siento cómo el dolor se me atora en la garganta, haciéndome imposible respirar con normalidad.

—Porque me faltaba Fiore —digo en un susurro.

El impacto de mis palabras es inmediato. Oriana se pone de pie de golpe, su rostro una mezcla de incredulidad y enfado. Seren me sujeta con más fuerza.

—Nella… —comienza Oriana, pero yo la interrumpo.

—No. Déjame decirlo —susurro, cerrando los ojos un instante—. Desde que ella se fue, siento que algo dentro de mí está roto. Y ahora esto… Es como si mi cuerpo lo supiera, como si supiera que no estoy completa sin ella. ¿Cómo iba a traer una nueva vida al mundo si la persona que me completaba ya no está aquí?

Serenella me abraza antes de que pueda decir algo más, antes de que el nudo en mi garganta me asfixie. No me dice que estoy equivocada, no intenta convencerme de que esto no es mi culpa. Solo me sostiene, y en este momento eso es lo único que necesito.

Oriana se acerca de nuevo y me rodea con sus brazos también, mientras Seren se queda quieta, pero con los ojos llenos de lágrimas.

—No estás sola —dice Serenella contra mi cabello—. Nunca lo has estado y nunca lo estarás.

—Lo sé.

Las tengo a ellas y tengo a Lev. Él en ningún momento me ha culpado. Solo se ha limitado a dejarme claro que me ama y que mi cuerpo nos dará un hijo cuando esté preparado. Y si no lo está nunca, buscaremos opciones.

Cuando mis hermanas se van me quedo sola y Zakrone se me acerca, estaba ilusionado con la idea de ser tío y ahora por mi culpa no podrá.

—Deja de poner cara de que has matado alguien —suelta y sonrío.

Me conoce muy bien. Se ha convertido en mi mejor amigo.

—En realidad…

—Si acabas esa frase te voy a patear el culo tan fuerte que vas a sentir el sabor de mi bota en la boca.

Me abraza y dejo que lo haga.

—¿Te ha dicho algo Lev? —pregunto tratando de averiguar si lo que me ha dicho mi marido es lo que realmente piensa.

—Sí, que te quiere y que le importa una mierda tener hijos porque tu llenas su vida.

Sonrío por lo cursi que ha sonado. Lucía tiene suerte de tener a Zakrone.

—Mi mujer me ha dicho que si vas a ir por casa pronto.

—Cuando esté preparada.

Verlos felices y en familia es duro en estos momentos.

—Nella, te quiero, y no voy a dejar que sigas pensando que es tu culpa. A veces simplemente las cosas no se dan. No has hecho nada para que ocurriera, solo es que no era el momento, pero piénsalo, estás en el partido, solo es cuestión de ver cuando quieres volver a poner la pelota en juego.

Lo miro y asiento.

—Sabes, hay algo dentro de mí que no me deja de decir que si Fiore hubiera estado aquí esto no hubiera pasado —alza la ceja y me rio—. Sé que es estúpido pensar así, pero no sé, es como si mi cuerpo dijera que no puede hacer algo tan increíble como ser madre si ella no va a estar aquí para verlo.

—¿Estabais muy unidas?

—Las cuatro, pero es verdad que con ella tenía una conexión que solo nosotras entendemos.

—Lev me dijo que no crees que haya muerto.

—Una parte de mí se niega a aceptarlo, hay algo aquí dentro —le digo golpeándome encima del corazón—, que me grita que no pare de buscar.

—Pues no lo hagas, sigue tu instinto hasta que te convenzas de una cosa o de otra. Será entonces cuando puedas tener paz mental y ser madre.

Sonrío, lo abrazo y asiento.

—Tienes razón, voy a decírselo a Lev.

—¿El qué? —pregunta confundido.

—Que intentaremos ser padres de nuevo cuando Fiore aparezca.

FIORE

Fiorella



Aparco frente a la casa y respiro hondo antes de salir del coche. Me ajusto el abrigo, más por costumbre que por frío, y camino hasta la puerta. Apenas llamo, cuando se abre y me encuentro con Nuala, radiante como siempre. Detrás de ella, su hija, toda una mujer, nos observa con una sonrisa tranquila.

—¡Fiore! —exclama Nuala con una sonrisa sincera.

—¿Me extrañaste? —bromeo, aunque la verdad es que yo sí lo hice.

Ella me abraza con fuerza y yo le devuelvo el gesto, sintiendo ese alivio que solo se obtiene cuando alguien que quieres está realmente bien.

—Entra, anda. Te estábamos esperando —me dice, haciéndose a un lado para que pase.

Cruzo el umbral y el calor del hogar me envuelve. Es una casa modesta, pero acogedora. Su hija se cruza de brazos y me estudia con curiosidad. Ha crecido tanto. Ya no es aquella joven frágil, sino una mujer con mirada aguda y firmeza en su postura. No puedo evitar sonreírle.

—Te ves bien —comento.

—Y tú sigues igual, Fiore —bromea ella.

Nos dirigimos al salón y es entonces cuando noto que no estamos solas. Callum está de pie junto a la chimenea, con un vaso en la mano, y a su lado está Luna, su mujer, observándome con atención. No los esperaba aquí, pero tampoco me sorprende.

—No sabíamos si vendrías —murmura Callum, con su habitual tono neutro.

Como uno de los jefes de la mafia irlandesa sabe imponer con tan solo hablar.

—Lo haré más seguido si voy a encontrarme con una bienvenida tan cálida —respondo con una media sonrisa.

Luna se ríe suavemente y se acerca con un gesto cordial. Me da un abrazo y la estrecho sin dudar.

—Le conté a Callum que necesitabas nuestra ayuda —dice con voz serena—. Nos pusimos a trabajar en ello.

Mi estómago se aprieta. Les pedí que investigaran sobre el padre biológico de la auténtica Máire. Quería respuestas. Quería saber qué fue de él después de todo lo que pasó. El destino hizo que conociera a Luna en una de sus estancias en nuestro lado de Irlanda y nos hemos hecho grandes amigas.

—¿Encontrasteis algo? —pregunto sin rodeos.

Callum intercambia una mirada con Luna y deja el vaso sobre la repisa de la chimenea antes de girarse hacia mí.

—Sí. Y no sé si te gustará lo que tenemos que decirte.

Trago saliva y me cruzo de brazos, preparándome para lo peor.

—Dilo de una vez.

—El padre biológico de la verdadera Máire fue asesinado —dice Callum sin rodeos.

Mi mente se queda en blanco por un segundo.

—¿Quién lo mató? —pregunto, aunque algo en mi interior ya conoce la respuesta.

—Cathal —responde Luna, con voz suave pero firme—. Lo hizo cuando se vengó por el ataque del clan de los McKenna el día del zoológico.

El mundo parece inclinarse bajo mis pies. Me tambaleo un poco, pero me obligo a mantenerme firme. No es que ese hombre me importara, pero era la última conexión con la niña que debió haber crecido y a la que sustituí un par de años.

—¿Estás segura? —pregunto, aunque sé que lo están.

Callum asiente.

—Investigamos los registros. Él mismo me confirmó que atacó a ese clan. Cathal no dejó supervivientes.

—Supongo que es un merecido final para él —murmuro.

—¿Puedo preguntarte por qué te interesa ahora? Ha pasado ya un tiempo —inquiere Callum.

—Hace un par de meses logré reunir el cuerpo de la autentica Máire con su madre. La que fue la mía casi dos años, y me surgió la duda. Ahora que ya está esta historia enterrada supongo que no volveré a pensar en ello.

Luna me abraza y veo a Nuala soltar alguna lágrima. Aún la echamos de menos. Sé que hizo mal al separarme de mi autentica

familia, pero todo eso me llevó a mi presente y no lo cambiaría por nada del mundo.

—¿Qué tal las mellis? —curiosea la hija de Nuala y miro a Luna.

—Pues hablan de un apuesto irlandés que veranea cerca de nosotras y que tiene unos ojos verdes como los tréboles.

—Voy a matar a ese pequeño trol —gruñe Callum y nos reímos—. No es gracioso, si Cathal descubre que mi hijo está tonteando con alguna de ellas…

—Oh, no te preocupes por eso —le interrumpo—, por lo que sé no tontea con una de ellas.

—¿Estás segura?

—Sí, no tontea con una porque lo hace con las dos.

Luna y yo nos reímos porque sabemos de qué va toda la historia; su hijo no está engañando a ninguna de las chicas, creo que les he enseñado bien a detectar imbéciles, es más al revés, ellas están divirtiéndose con él.

—Tengo que llamar a Cathal —suspira Callum.

—Yo me esperaría, ahora mismo trata de no matar a mi cuñado. Roma puede ser algo intenso y lo tenemos en casa una temporada.

—Oh, mierda, ¿van a empezar a aparecer cadáveres con pollas pintadas en la cara? —pregunta Callum en un tono de queja infantil.

—Puedes apostar Irlanda a que sí.

Agradecimientos

Es raro pensar que ya se acaba y que no volveremos a saber de ellas, pero es lo bueno del Mafiaverso, que en algún momento aparecerán en otro libro y sabremos cómo les ha ido la vida a nuestras Farnese, sus maridos (sí, a Roma lo tenemos que ver más porque se ha robado el protagonismo de la serie) y, por supuesto, a la siguiente generación.

Así que solo queda decir MUCHAS GRACIAS por haber leído estos libros, disfrutado y comentado a cada paso, gracias a las creadoras de contenido que con sus redes sociales me han ayudado a llegar a más lectoras. A mis cero por decirme cómo hacer que cada libro sea más bonito, a mi correctora y amiga (ella es única) y, sobre todo, gracias a las lectoras porque sin vosotras no soy, solo estoy.

Nos vemos en la siguiente… Y sí, pasa la página y sabrás a qué me refiero.

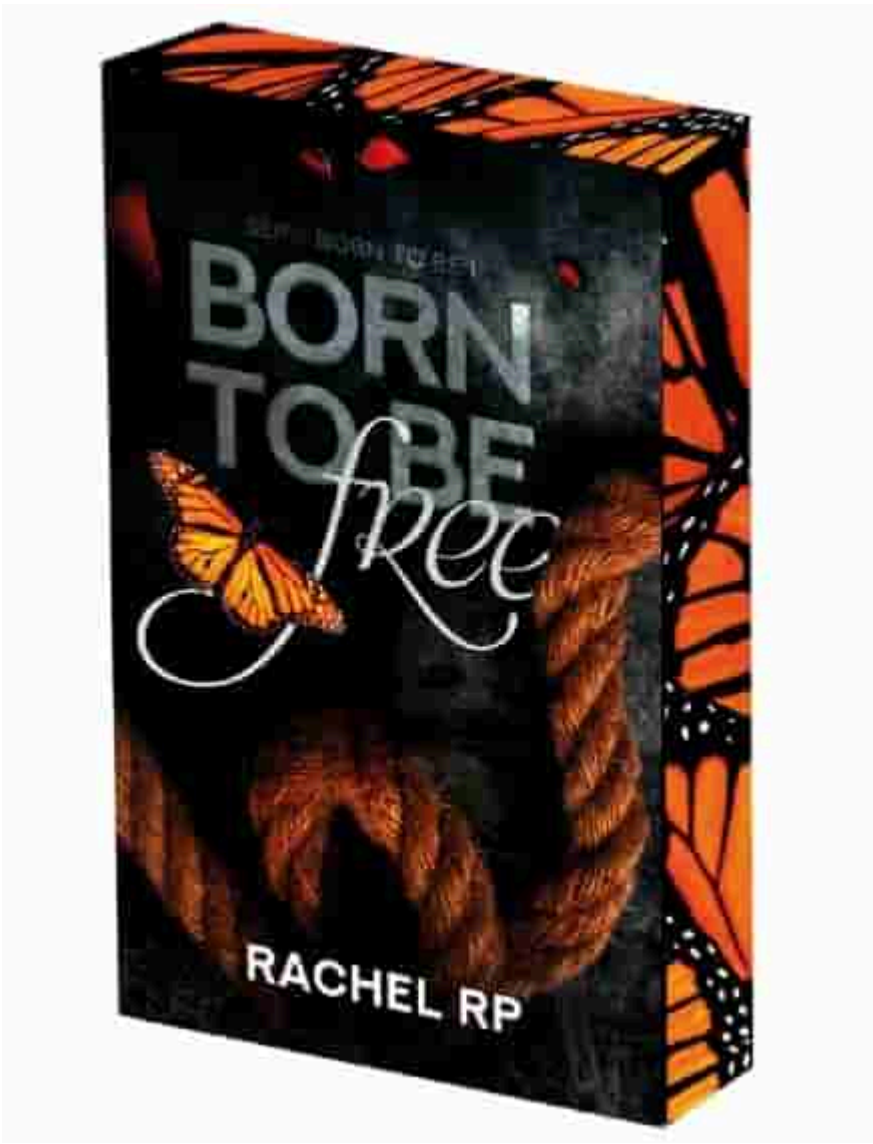
¿Y ahora qué?

Pues ahora es el turno de que conozcáis a Keyran y Keanan, habéis sabido un poco de ellos en este libro, pero es momento de que entren en el Mafiaverso.

El libro de Keyran es Born to be free, que saldrá de nuevo en junio, lo he reeditado y dado el mimo que esta historia merecía. Os cuento de qué va:

Keyran se ha obsesionado con una mujer a la que ha visto una vez, como buen irlandés no tiene paciencia y decide contratar a un grupo para que la secuestren y así la lleven a su casa y enamorarla. Es un romántico, ¿verdad? Jajajaja. Esta premisa es una de las que me gustan como lectora, la cosa es que cuando llega a su casa, la chica no es como esperaba, es una perra que no le atrae, al menos no como la otra a la que tuvo que comprar por capricho de la primera…

Ah, por cierto, esta última no se ha dejado secuestrar, no, ella necesitaba el dinero para algo importante y decidió venderse ella misma. Sí, los tiene muy bien puestos…



Saldrá a la venta en junio, os iré contando cositas en redes y, sobre todo, en mi newsletter (a la cual si apuntáis tenéis una novela completa de regalo). Podéis inscribiros AQUÍ

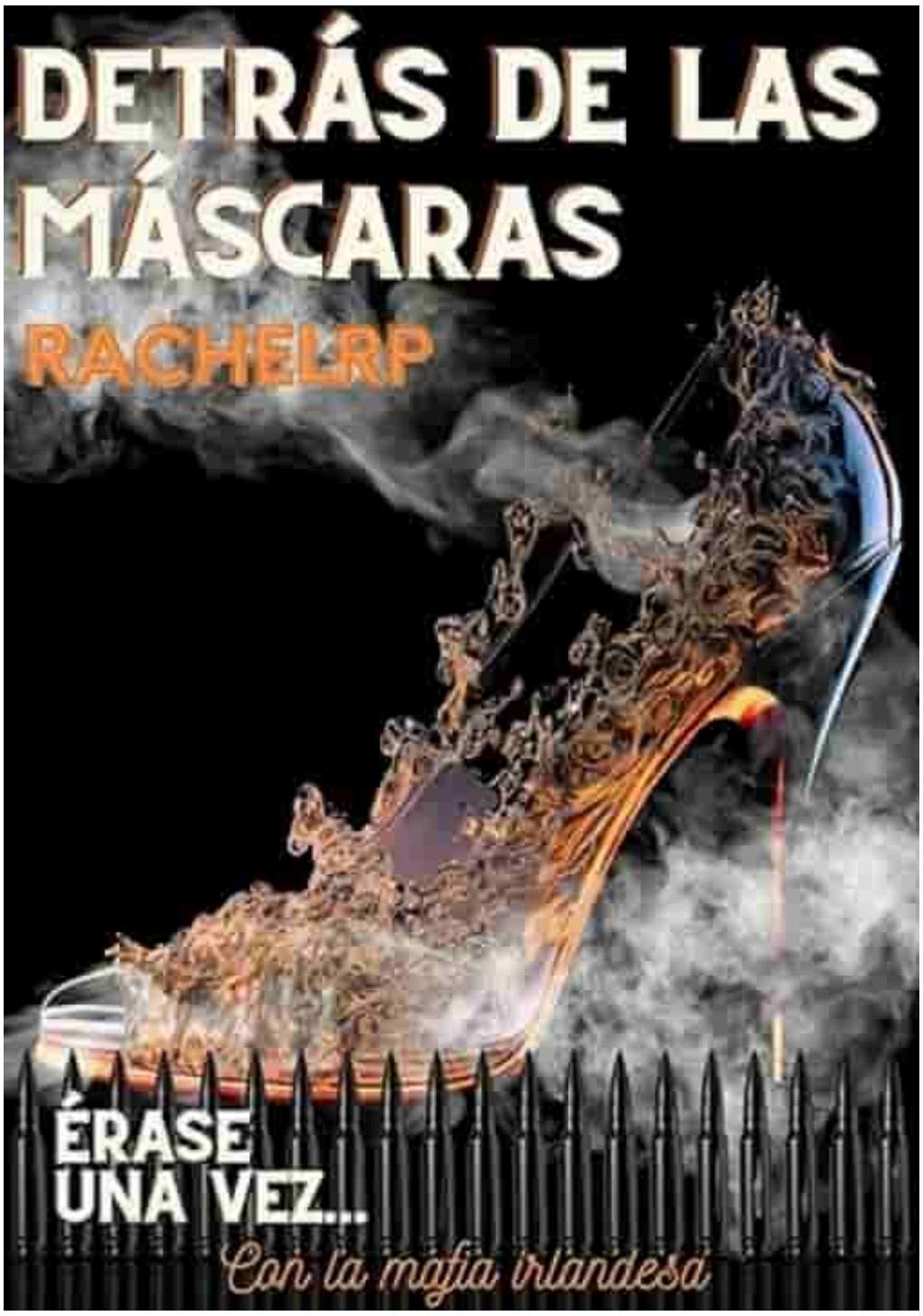
Os adelanto que será una bilogía cuyo segundo libro es el mafia cowboy romance que ya os comenté.

Si no queréis quedaros sin vuestro ejemplar en breve en mi perfil de Insta tendréis el formulario como siempre.

Y, por último, que ya me estoy poniendo pesada, si queréis seguirme en Amazon es gratis, os llegarán las preventas digitales antes que a nadie y además le diréis a Amazon que molo y yo os querré un montón jejejejeje

Mientras salen estos libros

Podéis leer sobre personajes que han aparecido en este:



En la cautivadora novela Detrás de las máscaras, el clásico cuento de hadas de Cenicienta se transforma en una historia contemporánea llena de peligro y pasión. En un inesperado giro, la protagonista Luna, una joven mexicana que reside en la encantadora Irlanda, se ve atrapada en un oscuro entramado entre el amor prohibido y la peligrosa mafia irlandesa.

Luna lleva una vida marcada por la opresión de su madre, una mujer implacable y avariciosa que hace todo lo posible para hacerle la vida imposible. Sin embargo, un encuentro fortuito con Callum, el temido jefe de la mafia irlandesa, cambiará el rumbo de su existencia para siempre.

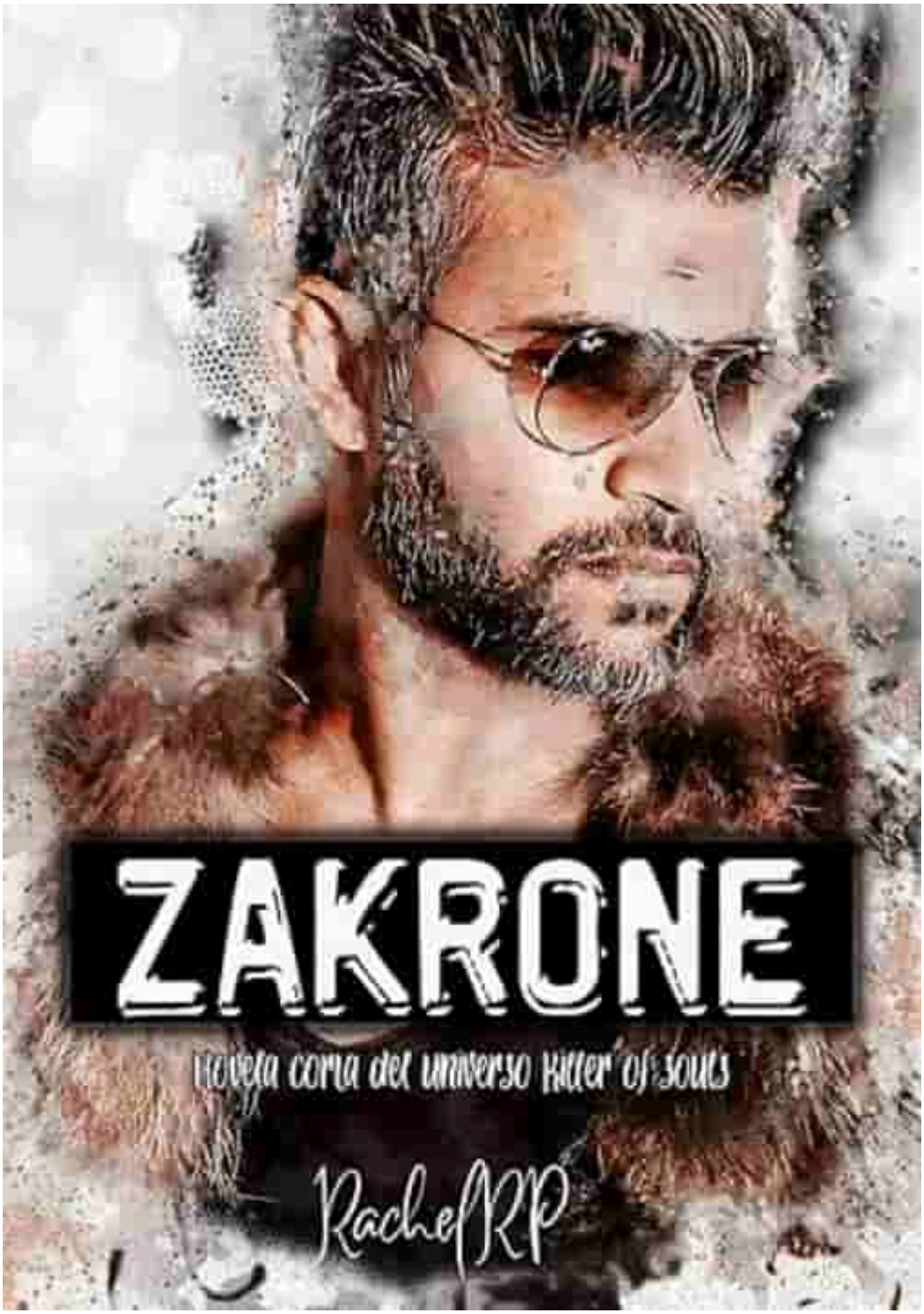
Detrás de las máscaras es una oscura reinvención del clásico cuento de Cenicienta, donde la fuerza del amor se enfrenta al poder siniestro de la mafia.

¿Podrán Luna y Callum superar los obstáculos que amenazan con separarlos o se perderán en las sombras de un destino implacable?

Sumérgete en esta emocionante y apasionada historia de amor, peligro y redención que te mantendrá en vilo hasta la última página.

Todos los libros de esta serie de novelas cortas son independientes y pueden leerse en el orden que quieras.

CONSÍGUELA AQUÍ



Vladimir Zakrone supo que Lucía era especial desde la primera vez que la vio.
Ahora solo tiene que conseguir que ella no corra cuando descubra quién es porque, si hay algo que el jefe de la Bratva tiene claro, es que ella es suya.

Novela corta del ruso de Black Soul, descubre quién ha logrado derretir su frío corazón.

CONSÍGUELA AQUÍ